

JUAN JAIME ESCOBAR VALENCIA, SCH.P.

MEDI- TACIO- NES

EN TIEMPOS
DE PANDEMIA



MEDITA- CIONES

EN TIEMPOS DE PANDEMIA

JUAN JAIME ESCOBAR VALENCIA, SCH.P.

**BOGOTÁ, D.C.
2023**

Meditaciones en tiempo de pandemia

Autor

Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P

Editor

Orden Religiosa de las Escuelas Pías o Escolapios

Diseño y diagramación

Coordinación Provincial de Comunicaciones

Portada

Archivo Colegio Calasanz Medellín

Imágenes internas

by Shutterstock

Impresor

Publicación digital

Primera Edición 2023

Bogotá - Colombia

ISBN: 978-628-96127-5-2

@Reservados todos los derechos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta publicación solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Consulte o diríjase a ORDEN RELIGIOSA DE LAS ESCUELAS PIAS O ESCOLAPIOS, para cualquier tipo de reproducción de esta obra.

Índice

	<i>Pág.</i>
Meditación 1 ¡Vive!	9
Meditación 2 ¿Dónde está tu Dios?	17
Meditación 3 Partían el pan por las Casas	27
Meditación 4 La luz que nos hace ver La Luz	37
Meditación 5 El valor de lo olvidado	45
Meditación 6 Volver al nosotros	55
Meditación 7 - El valor de lo olvidado Considerar a los demás	63
Meditación 8 - El valor de lo olvidado Aceptar nuestra fragilidad	73
Meditación 9 - momento extraordinario de oración en tiempo de epidemia ¿Por qué tienen miedo?	83
Meditación 10 - El valor de lo olvidado Los ancianos, un tesoro inadvertido	91
Meditación 11 - V Domingo de Cuaresma La resurrección y la vida	101

Meditación 12	
<i>Para acompañar a nuestros adolescentes</i>	111
Meditación 13	
<i>Aprender de los tiempos de crisis</i>	123
Meditación 14	
<i>Acerca de un 4 de abril</i>	141
Meditación 15 - Domingo de Ramos	
<i>Era un burrito</i>	151
Meditación 16 - Para preparar el corazón para la Semana Santa	
<i>El Salmo Miserere: un camino de conversión</i>	159
Meditación 17 - Jueves Santo	
<i>El día del amor</i>	195
Meditación 18 - Viernes Santo - Via Crucis	
<i>Jesús, los niños y los jóvenes: una cruz compartida</i>	207
Meditación 19 - Sábado Santo	
<i>El gran sábado</i>	253
Meditación 20 - Pascua	
<i>No busquen entre los muertos al que Vive</i>	257
Meditación 21 - Para nuestros estudiantes	
<i>Dar Gracias cuando no dan ganas de dar gracias</i>	277
Meditación 22 - Para nuestros papás en el día del padre	
<i>Recuerdos de un amor de padre</i>	289
Meditación 23 - Para nuestra fiesta calasancia	
<i>Una vez más Calasanz</i>	293



Durante el primer trimestre del año 2020, el P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch.P., dedicó su tiempo a escribir una serie de reflexiones con el propósito de aliviar los corazones y llevar esperanza a las familias calasancias que vivían el encierro y la incertidumbre provocados por la pandemia del COVID-19.

Estos escritos, veintitrés en total, fueron recopilados y organizados con la única intención de compartirlos y conservar en la memoria colectiva de nuestra demarcación un periodo de la historia marcado por el miedo, la resistencia y el dolor ante la pérdida de tantas personas cercanas a nuestras comunidades educativas.

Presentamos aquí estas reflexiones en el orden en que fueron compartidas, con la esperanza de que puedan seguir siendo alimento espiritual, motivo de oración y guía en el camino para quienes buscan renovar su fe y sembrar esperanza en sus familias y en los espacios donde cada día se vive y se sirve.

PRE SEN TA CIÓN

Con gran alegría presentamos esta serie de escritos y reflexiones realizados por nuestro querido hermano, el P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch.P, durante el tiempo de la pandemia. Estos textos, nacidos en momentos de incertidumbre y desafío, han sido para muchos una luz en la oscuridad, un faro de esperanza y una fuente inagotable de sabiduría.

El estilo del P. Juan Jaime, caracterizado por su profundidad espiritual y su aguda capacidad de observación de las realidades humanas, se hace evidente en cada una de estas meditaciones. Sus palabras, llenas de amor, compasión y objetividad, nos invitan a reflexionar sobre nuestra vida cotidiana y los grandes desafíos que la realidad nos presenta. Estas reflexiones no solo fueron útiles e iluminadoras durante la pandemia, sino que continúan siendo una fuente de inspiración para todos aquellos que se acercan a ellas.

Cada meditación es un viaje interior, una oportunidad para detenernos y contemplar lo que realmente importa. Desde la invitación a vivir plenamente en medio de la incertidumbre en “¡Vive!” hasta la reflexión sobre el amor paternal en un día de los papás en “Recuerdos de un amor de padre”, estos escritos tocan temas universales que resuenan en el corazón de cada lector, encendiéndolo para querer vivir.

El índice temático que acompaña esta serie muestra la variedad y profundidad de los temas abordados.

Reflexiones sobre la presencia de Dios, la comunidad, la luz espiritual, el valor de nuestros ancianos, y la fragilidad humana se entrelazan con meditaciones sobre las celebraciones clave de nuestra vida cristiana (Semana Santa). Cada escrito nos ofrece una oportunidad para crecer, aprender y encontrar consuelo en tiempos difíciles.

Destacamos la facultad del P. Juan Jaime para conectar las “cosas de Dios” con lo humano, para encontrar lo sagrado en lo cotidiano y para recordarnos que, incluso en los momentos más oscuros, siempre hay luz y esperanza. Su habilidad para considerar a los demás, aceptar nuestra fragilidad y valorar lo olvidado nos desafía a ser mejores personas y a vivir con más empatía y gratitud.

Les invitamos a sumergirse en estas meditaciones con el corazón abierto, permitiendo que cada palabra ilumine su vida y les brinde la sabiduría necesaria para enfrentar los desafíos diarios. Que estos escritos sean una fuente de luz, una guía espiritual y un contenido de inspiración para todos.

Agradecemos de corazón el esfuerzo y dedicación del P. Juan Jaime durante los días de pandemia para plasmar en estos escritos las palpitaciones de su alma en momentos muy complejos para todos. Gracias por este valioso aporte.

P. Juan Carlos Sevillano Gutiérrez

Prepósito Provincial 2010-2022

Meditación #1

¡Vive!

“

**Vive Cristo,
esperanza nuestra,
y Él es la más hermosa juventud de
este mundo.
Todo lo que Él toca se vuelve joven,
se hace nuevo,
se llena de vida.
¡Cristo vive
y te quiere vivo!»**

(Papa Francisco – Exhortación Apostólica postsinodal
Christus Vivit N° 1).

Cuando culminaba el año anterior pensábamos en un bello mensaje que acompañara este año 2020 en nuestros colegios; un mensaje que nos sirviera de estímulo y propósito, sobre todo en una época en que muchos, especialmente muchos jóvenes, tienen dificultades serias para encontrarle sentido, valor y entusiasmo a la vida. Las palabras que el Papa Francisco dirigió a toda la juventud en su Exhortación Apostólica postsinodal *Christus Vivit*, nos dio el mensaje perfecto, la conciencia del Cristo Vivo que invita a vivir: ¡VIVE! Y, entonces, pusimos esa bella palabra, ese hermoso imperativo, en todos los lugares que pudimos, para decir una y otra vez que había que vivir, que teníamos que vivir, que era necesario vivir, que éste era el año para convencernos del valor de vivir y atrevernos a hacer todo el esfuerzo posible por vivir a pesar de todo y contra todo. ¡Quién nos iba a decir que la vida, justamente la vida, iba a estar en tan alto riesgo y que íbamos a tener que hacer tantos sacrificios para cuidar y preservar la vida!

Tal vez en esto de la vida nos ha pasado como con tantas cosas que no valoramos y hasta despreciamos mientras las tenemos en abundancia, y empezamos a querer intensamente sólo cuando corremos el riesgo de perderlas. Damos por hecho la vida, nos parece lo más normal y hasta lo más abundante, creemos que la poseemos y que podemos disfrutar de ella a placer y según nuestros caprichos. Y justamente porque la vemos tan obvia y evidente, cuando llegan las penas o las dificultades o los cansancios, la maldecimos, la malqueremos, la vemos como una carga y un peso, y empezamos a idealizar lo contrario

a la vida —la muerte—, como si ésta, que no es nada y que es la misma nada, fuera una oportunidad para algo.

La vida es un milagro, una maravilla, una excentricidad del cosmos, y nuestra vida, la vida humana inteligente y espiritual, es la más preciosa rareza del universo. A pesar de toda nuestra ciencia, no sabemos con certeza cómo surgió la vida y, sobre todo, somos absolutamente incapaces de producirla o crearla. Estamos vivos; pero no sabemos hacer la vida. Podemos protegerla, defenderla, conservarla, incluso salvaguardarla; pero no podemos crear ni un pequeño aliento de vida. La vida nos ha sido dada y nosotros no somos sus dueños, somos únicamente sus administradores. Nos la dieron para cuidarla, y cuidarla es lo único que está a nuestro alcance.

Y aquí estamos ahora. En la misma época de todos los que reniegan del hecho de estar vivos y tener que vivir, en el mismo tiempo de los que levantan su voz exigiendo el pretendido derecho a negarle la vida a una criatura que no ha nacido, en los mismos años en los que se han multiplicado insensatamente los casos de suicidio, en la misma etapa de la historia en la que se quería reclamar la posibilidad de interrumpir la vida de los que estorban por viejos o por enfermos, estamos ante un virus que nos puede quitar la vida, la nuestra, o la de nuestros seres más queridos. Se trata de un virus que no mata a los animales ni a las plantas, que no envenena el mundo, que no destruye las cosas materiales que tanto apreciamos. Es un virus que mata personas, sin distinción de país, cultura, ideología, credo o clase social y, aunque es más agresivo con los adultos mayores, sin

distingo de edad. Es verdad, no mata a todos; pero ese porcentaje que mata (5%, 10%...) podría golpear cerca de nosotros, nos podría golpear a nosotros. Al fin de cuentas, algún día todos podemos hacer parte de alguna estadística.

Quizá lo más frustrante para esta humanidad arrogante del siglo XXI, es que en estos pocos meses en los cuales ya hay casi doscientos mil infectados en unos ciento cincuenta países y en los que la cifra de muertos ha ido creciendo de día en día, el virus ha resultado inmune a los millones de dólares de los pudientes y a las políticas laicas del hemisferio del bienestar. Sólo nos ha quedado como recurso confinarnos en nuestras casas, protegernos detrás de nuestras puertas como alguna vez se protegieron los israelitas en Egipto mientras pasaba el ángel exterminador, rodearnos únicamente de nuestros seres queridos para resistir con ellos, y apenas con ellos, esta hora de riesgo.

Entonces, en este momento que nos ha tocado vivir, resuena aún más proféticamente el mensaje que quisimos acuñar como lema para este año:

¡VIVE!

Y ahora habría que añadir algo más:

¡VIVE Y PROTEGE LA VIDA!

Quédate en casa: ¡vive y protege la vida!

Cuida de todos los miembros de tu familia, especialmente de los más mayores:

¡vive y protege la vida!

Sigue las normas de higiene y salubridad: ¡vive y protege la vida!

Aprovecha cada día que aún estás vivo y que aún tienes vivos a los que amas:

¡vive y protege la vida!

Piensa con responsabilidad en los demás, sobre todo en los que se han consagrado a seguirnos cuidando mientras nosotros aguardamos el paso de la crisis: ¡vive y protege la vida!

Y entra en tu corazón y date cuenta de que esa llamita temblorosa y vulnerable que Dios te dio y que llamamos “vida”, es un milagro y te la dieron como la más grande y maravillosa oportunidad. Y por eso, justamente por eso, ¡vive y protege la vida!

Es verdad, tal vez dentro de unos meses habrá vacunas y medicinas poderosas que venzan este virus y lo conviertan en una anécdota del pasado remoto, como aquella peste negra de los tiempos medievales. Pero hoy, por este día de hoy y por los próximos largos días, la única oportunidad que tiene la vida

de subsistir somos nosotros mismos. Por eso, aunque hayamos sufrido mucho en el pasado y aunque aún nos falte mucho por sufrir, aunque hayamos tenido antes horas de amargura y duda, aunque quizá en otras ocasiones nos hayamos deseado la muerte, y aunque a veces nos hayamos quejado dolorosamente de nuestras propias familias, hoy es la hora de superar todo eso y comprometernos con el valor de vivir. Dios nos regaló la vida y es nuestro más alto deber defenderla hasta el final. Así pues:

**¡Vive y protege
la vida!**



La vida es una oportunidad, aprovéchala.

La vida es belleza, admírala.

La vida es bienaventuranza, saboréala.

La vida es un sueño, hazlo realidad.

La vida es un desafío, Afróntalo.

La vida es un deber, cúmplole.

La vida es un juego, juégalo.

La vida es preciosa, cuídala.

La vida es riqueza, consérvala.

La vida es amor, gózala.

La vida es un misterio, devélalo.

La vida es promesa, cúmplela.

La vida es tristeza, supérala.

La vida es alegría, celébrala.

La vida es un himno, cántalo.

La vida es un combate, lúchalo.

La vida es una tragedia, véncela.

La vida es una aventura, encárala.

La vida es felicidad, merécela.

La vida es la vida, defiéndela.»

(Santa Teresa de Calcuta).

Meditación #2

¿Dónde está
TU DIOS?

“

**Como busca la cierva corrientes
de agua,
así mi alma te busca a Ti, Dios mío;
tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro
de Dios?
Las lágrimas son mi pan noche y
día,
mientras todo el día me preguntan:
“¿dónde está tu Dios?”
¿Por qué te acongojas, alma mía;
por qué te me angustias?
Espera en Dios, que volverás a darle
gracias.»**

(Salmo 42 - 41 - 2- 4.6).

Darí la impresión de que Dios es para las horas buenas, para los tiempos de abundancia, para los momentos de salud y plenitud, para las alegrías fáciles, para aquellos instantes en que nos parecería que Él tendría que estar presente y en los que, sin embargo, justamente porque no hay ni penas ni dolor, solemos olvidarlo infinitamente y prescindimos de Él por irrelevante e innecesario, ya que, por faltarnos, no nos falta nada. Y por esto mismo, da la impresión de que cuando llega el sufrimiento y nos visita la tragedia, es la hora de su ausencia, la de la certeza de que nos ha dado la espalda o, peor aún, de que nunca estuvo con nosotros y que estamos abandonados a nuestra suerte.

Perdí la cuenta de las veces en que, estrenando intelecto y capacidad de abstracción, los muchachos me dicen que si Dios existe por qué permite el sufrimiento y el dolor. A esto suelen añadir experiencias personales que les han dejado rencor o resentimiento en el alma: si Dios existe por qué la enfermedad de la abuela, por qué la muerte temprana de la madre, por qué los problemas familiares, por qué las deudas, por qué la pobreza de los pobres y las penas de los apenados, por qué el sentimiento opresivo de la soledad, por qué la angustia o la ansiedad o la tristeza inmensa que no se pasa jamás. Esta aporía que parece lógica pretende vender la imagen de un Dios que tiene como misión vivirnos la vida, arreglar nuestros desastres, enderezar lo que hemos torcido y dedicarse a sobreprotegernos como si fuéramos incapaces, como si no pudiéramos crecer en las desgracias y transformar los dolores en oportunidades. Es verdad

que todo momento de sufrimiento es un desafío para nuestra fe, no sólo para nuestra fe en Dios, sino también para nuestra fe en la vida, en los demás, en nosotros mismos. Pero, justamente por ser un desafío, estos momentos son los que hacen que la fe sea realmente fe y no un simple accesorio prescindible de la existencia. Nunca maduramos tanto en la fe, como cuando ésta es sometida al reto de creer en medio del infortunio.

Las páginas de la Sagrada Escritura están llenas de reflexiones hechas en medio del dolor. Mirándolo bien, Israel conoció pocas alegrías. Abraham, el padre del pueblo, vio cómo pasaban los años y se hacía un anciano sin el consuelo de tener un hijo. Jacob tuvo que huir de la ira de su hermano, perdió a su amada Raquel cuando ésta dio a luz a Benjamín y creyó que su hijo José, a quien tanto quería, había sido devorado por una fiera. José, a su vez, fue vendido como esclavo por sus propios hermanos quienes lo miraban con envidia. A la muerte de Salomón la nación se dividió en dos países, el del Norte y el del Sur, y un tiempo después éstos fueron invadidos por Asiria, primero, y por Babilonia, después. ¡Cuántas pérdidas, cuántas amarguras, cuántos muertos por la violencia o el hambre, cuánta libertad perdida, cuánto doloroso destierro, cuántas soledades en las ciudades destruidas y en los campos arrasados! Y fue ahí, ahí en esos momentos de dolor, mucho más que en los pocos años de felicidad y bonanza, cuando Israel descubrió a fondo la fe en el Dios de la misericordia que se mantiene siempre fiel a su alianza.

No faltarán hoy los profetas de desastres que pretendan hacer aparecer esta crisis como un castigo divino —como si Dios, el Dios del amor, castigara—. Tampoco faltarán los oportunistas que se burlen de nuestra fe y nos quieran demostrar con esto la ausencia de Dios, su olvido de nosotros, su pretendida traición. Otros hablarán de la manera como el planeta se está defendiendo de esta humanidad predadora que lo ha explotado hasta la extenuación. Y, con todo, nada de esto es verdad. Esta crisis, esta tragedia que estamos viviendo, como la mayor parte de las tragedias de la historia, es obra de la insensatez humana, justamente de nuestro estilo de hacer las cosas a nuestro modo y no de la manera decente, inteligente, compasiva y considerada que nos pide Dios. Fue la insensatez humana la que, a pesar de las lecciones dadas por los virus anteriores, mantuvo abiertos en Oriente Lejano los mercados de animales salvajes y exóticos, sólo por aquello de que eran un placer al que no se quería renunciar. Fue la insensatez humana la que tardó en activar las medidas de contención en Italia, España y Francia y la que permitió que ni siquiera Estados Unidos tomara las prevenciones oportunas. La insensatez humana ha llevado a la gente a saltarse la cuarentena como si ésta fuera un chiste, la que ha permitido que muchos jóvenes sigan de rumba como si no hubiera una amenaza para todos, la que explica que se haya saturado la línea 123 con llamadas para hacer bromas. No. Este desastre no es obra de un Dios castigador o vengativo o ausente o inexistente. No nos vengan ahora con la pregunta retórica de “¿dónde está tu Dios?”. Este

desastre es nuestro desastre y lo seguirá siendo mientras no asumamos que somos nosotros —nosotros sus causantes—, los que tenemos que asumir los más grandes esfuerzos para remediarlo.

Eso sí, para intentar sanar lo que hemos enfermado nosotros, necesitaremos todo eso que sólo Dios da en abundancia:

- *Sabiduría*, para tomar decisiones prudentes y no según conveniencias egoístas ni por intereses individuales;
- *Compasión*, para sentir como propio el dolor de los demás y, por ello, hacer todo lo posible no sólo por protegernos, sino para proteger a todos;
- *Abnegación*, para aceptar todas las privaciones de este momento sin caer en la amargura, y, en cambio, deseando dar lo mejor de nosotros a los demás;
- *Gratitud* hacia todos los que trabajan por nuestra salud, por nuestra seguridad, por nuestra alimentación y bienestar, aún en esta hora de tanto riesgo y desafío;
- *Sentido de comunidad*, para no olvidar que, es en horas como éstas, en las que tiene que ser aún más cierto el mandamiento de amar a los otros como Cristo nos amó;
- *Capacidad de sacrificio*, para dar mucho de nosotros mismos, aunque cueste y cueste más de la cuenta, con tal de buscar el bien común, con tal de cuidar a los más vulnerables, con tal de salvar muchas vidas;
- *Valentía*, para asumir todo lo que tengamos que asumir,

- por difícil que ello sea, sin afligirnos ni angustiarnos;
- *Esperanza*, para no caer en la angustia, para tener cada día la confianza puesta en que esta vez, como tantas otras veces, saldremos adelante si permanecemos unidos, si actuamos con bondad;
 - *Paz*, para cuidar en lo más profundo de nosotros la presencia del Amor Divino que no nos deja desfallecer, que nos alienta a seguir adelante sin darnos por vencidos, que saca de nosotros la mejor versión de nosotros mismos;
 - *Alegría del alma*, que es la alegría del día de la resurrección, la alegría de la muerte vencida por la vida, del infortunio vencido por el amor;
 - *Amor de misericordia*, para mirarlo todo y mirar a todos con la benevolencia, la ternura y la mansedumbre de Dios;
 - *Y Fe*, para confiar en la genialidad de la mente humana que hallará una solución, para confiar en el valor de quienes lo están dando todo y lo darán todo por sacarnos de este momento difícil, para creer en nuestras familias como lugar de crecimiento y seguro refugio, para creer en el sentido de nuestras vidas, para saber que cuando todo esto pase, todos nosotros, con nuestras vocaciones, tendremos una cita con la historia.

No olvidemos que Israel descubrió plenamente su fe en el Dios de la alianza en medio de las muchas penas que como

pueblo tuvo que vivir. No olvidemos que los primeros cristianos confesaron la fe en la resurrección siendo perseguidos y ofreciendo su vida como mártires. Y, sobre todo, no olvidemos que el triunfo y la victoria de Cristo sucedieron en el patíbulo de la cruz. Y es que Dios no es para los momentos fáciles, para los días de solaz. Dios es para acompañarnos en las horas más oscuras, en las penas más amargas, en los sufrimientos más profundos, en esos momentos en los que tomamos conciencia de vivir desterrados “en este valle de lágrimas”. Por esto, justamente por esto, vuelve los ojos hacia el Señor, busca su rostro y ora a tu Padre que está en lo secreto... Y tu Padre que habita en lo secreto, te recompensará con su presencia.

Por allá en tiempos de un profeta llamado Habacuc (sería quizá el año 400 a.C.), cuando Israel estaba destruida y arrasada, se escribió este hermoso y desgarrador poema:

“ Aunque la higuera no echa yemas
y las cepas no dan fruto,
aunque el olivo ya no tiene aceitunas
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas en el redil
y no quedan vacas en el establo,
yo cantaré al Señor, yo me gozaré con Dios mi salvador.
El Señor es mi fuerza, Él me da piernas de gacela,
y me hace caminar por las alturas.»

(Habacuc 3, 17-19).

Éste podría ser hoy también nuestro canto: aunque un virus viaje en nuestros aviones y entre en nuestras ciudades, aunque ya no haya fiestas ni reuniones, aunque estemos confinados en nuestras casas y temiendo no poseer todo lo que necesitamos, aunque se hayan cambiado nuestros planes y quizá nos aguarde una penuria económica, nosotros confiamos en el Señor, Él es nuestra fuerza y nuestra energía, Él nos hará volver a volar por las alturas.

PARTÍAN EL PAN POR LAS **casas**



Meditación #3

“

***Los creyentes vivían todos unidos
y lo tenían todo en común.
Eran constantes en escuchar la
enseñanza de los apóstoles
y en compartir la vida,
partiendo el pan por las casas
y haciendo oración.»***

(Hechos 2, 44.42).

Era el domingo 15 de marzo al caer la noche. Yo salí a la puerta de nuestra casa en el barrio popular en el cual vivimos en Bogotá. Una niña de unos ocho años que a esa hora jugaba con unos amigos, se me acercó y me preguntó si al otro día habría clases en el colegio. Yo le respondí que no, que el Presidente acababa de decir que las clases quedaban suspendidas hasta el 20 de abril y que, además, mandaba que los niños y jóvenes permanecieran en sus casas. “¿En mi casa?” —dijo la niña—. Y añadió: “¡Es el último lugar donde quiero estar!”.

Nos han mandado a todos a nuestras casas a pasar unos días de confinamiento, a algo que han llamado “una cuarentena por la vida”. Pero la dolorosa verdad es que, para muchos, sobre todo para muchos niños, niñas y adolescentes, sus casas han sido lugar de penas, maltratos, recuerdos traumáticos, abusos y violencia. La casa, el lugar donde habitan los seres queridos, no siempre es un refugio. A veces, es el lugar donde habita el dolor. Yo, que trabajo con niños, niñas y adolescentes, sé cuánto sufren por realidades de sus casas. Sus familias son su primer amor —aunque no siempre lo digan o lo expresen—; pero también son su primera preocupación y el lugar de sus primeras penas. Por eso, no es extraño que aunque amen ese lugar, huyan de él para estar en su colegio, o en el parque del barrio, o con amigos y amigas, o con el novio o la novia que les promete un amor mejor, o metidos en redes sociales, o absortos en sus juegos de video, o protegidos detrás de esos audífonos que les permiten abstraerse de las peleas y gritos que hay fuera, o encerrados en sus habitaciones o en sus sueños o en sus fantasías

o en sus ganas de no vivir más y darse por vencidos. Y justo los envían a quedarse ahí. Lo que tendría que ser el lugar del amor incondicional, es para muchos el lugar del sufrimiento. En palabras de una niña de barrio: “¡El último lugar donde quiero estar!”

En este momento pienso en las niñas manoseadas por quienes tendrían que protegerlas, en los muchachitos usados por quienes tenían la obligación de conservarlos sanos y alegres, en las chicas que tienen que escuchar de labios de sus propias madres frases tan duras como “usted es el problema de esta casa, usted es lo peor, usted es el mayor error de mi vida”. Pienso en los niños que oyen destruirse el hogar de pelea en pelea, de discusión en discusión, de golpe en golpe, de borrachera en borrachera y de amenaza en amenaza de que esta vez sí nos vamos a separar. Pienso en quienes ven impotentes cómo es golpeada su mamá o humillada a fuerza de gritos e insultos, o cambiada por la otra que está más joven y a la que se le da más plata. Y no son sólo los niños y los jóvenes. ¡Cuántos padres y madres sufren la indiferencia o el maltrato de sus hijos, o cargan con el inmenso peso de los vicios tempranos en los que los muchachos se meten sin calcular cuánto daño harán! Y pienso en el dolor de los ancianos arrinconados e ignorados o tratados como material de descarte. En fin, ¡cuánto dolor pasa por las casas! Y justo ahí nos han mandado a confinarnos.

En los primeros tiempos de la vida cristiana, cuando no había templos ni santuarios, el lugar de la fe eran las casas. Era en las casas donde se tenía un solo corazón y una sola mente,

donde todos permanecían unidos y lo tenían todo en común. Las casas eran el lugar para aprender las enseñanzas de Jesús transmitidas por los apóstoles, y el lugar privilegiado donde se ponía en práctica el mandamiento de tener a Dios como primer amor y de amar al prójimo como a sí mismo. Las casas eran, incluso, el lugar de la Eucaristía, pues era allí donde se reunían el primer día de la semana para partir el pan, recordando el gesto con el que Jesús nos había entregado su Cuerpo y su Sangre, alimento y bebida de vida eterna. Y fue en las casas donde, mucho tiempo antes de que hubiera lugares de culto, se guardó la reserva del pan partido para destinarla a los cristianos prisioneros o enfermos y se cayó en la cuenta de que delante de aquella presencia inefable se podía orar y se podía, aún más, adorar la Divina cercanía del Señor en medio de nosotros, en nuestra propia casa. Sí, había amor y esperanza por las casas, había solidaridad y hermandad, había fe y bondad, y partían el pan como quien comparte lo mejor que tiene, como quien comparte la presencia viva de Dios. Todo sucedía en ese lugar humilde e íntimo que eran las casas.

Pues bien, ya que esta realidad actual nos ha enviado a todos a nuestras casas, ¿por qué no aprovechamos para transformarlas en lugares luminosos, auténticos, bellos y llenos de bondad? Al fin de cuentas, por las próximas semanas, todo lo que nos tenga que pasar, habrá de pasar por las casas. Así las cosas, se me ocurren algunas recomendaciones:

- Siente como si tu casa dependiera de ti, como si el clima, la armonía, los afectos, las presencias, los bienes, las comodidades muchas o pocas, los servicios grandes y pequeños, dependieran de ti. No te comportes como el huésped a quien deben atender, sino como quien se pone al servicio de los demás para hacer de la casa una hermosa casa.
- Cuida tus palabras, piensa antes de hablar, no reacciones de manera impulsiva ni desahogues tus temores o angustias o ansiedades con los demás. Pregúntate siempre por el bien que hagan tus palabras y por el amor que éstas transmitan, y no te permitas decir nada que ofenda o contriste o dañe a alguien.
- No te dejes arrastrar por tus estados emocionales. No te hundas en la tristeza, no explotes en los enojos, no te aísles en los aburrimientos. Recuerda que estamos conectados, que estamos más juntos que nunca y que lo estaremos por muchos días y que, justamente por ello, debemos protegernos y proteger a los demás de los arranques impulsivos.
- Esfuérate por ofrecer gestos de cariño. Por unas semanas no podremos acudir a la ternura de los demás, de amigos y amigas, de novios y novias. Por unas semanas, sólo nos tendremos unos a otros, los que hacemos parte de una misma casa. Por eso, es dentro de esa casa donde deben abundar los detalles, los afectos, las miradas dulces, las caricias puras e inocentes, los hermosos deseos.

- Vive sin hacer daño y sin dejarte hacer daño. Únete a todos para hacer una tregua por la vida. Aprovecha para proponer la reconciliación y, mejor aún, para darle una oportunidad al perdón, para sanar rencores, para dejar atrás resentimientos y, sobre todo, para cambiar la manera de vivir en casa, haciendo de cada casa un santuario donde se sienta la presencia del verdadero amor, la presencia misma de Dios.
- Vive cada día con la conciencia de que podrías perder a esas personas que hoy tienes y, por eso mismo, cuida el buen trato, cultiva las relaciones, mantén bellas conversaciones, cuéntales tu amor y obséquiales lo mejor de ti.
- Júntate con los demás para orar, para pedir sabiduría para los gobernantes, ciencia para los investigadores, piedad y fortaleza para los que siguen trabajando y cuidando de todos, y para dar gracias por cada día de vida que tenemos, por cada vida que se logra salvar.
- Y ya que están cerrados los templos, ponte a la mesa con los tuyos y parte el pan, como quien parte y comparte su corazón, como quien parte y comparte su fe, como quien parte y comparte su esperanza, como quien al partir el pan siente el triunfo del amor.
- ¡Ah! Y una última cosa... No justifiques con la realidad de esta crisis el descuido de ti mismo. Todo lo contrario, cuídate. Lee buenos libros, piensa buenos pensamientos, oye buena música, pronuncia buenas pala-

bras. Y arréglate bien, perfúmate, embellécete y ponte deslumbrante para los tuyos, para que resplandeciendo tú, resplandezca también toda tu casa.

Quien quita. A lo mejor esta tragedia nos deja algo bueno: la salvación de nuestras casas. Quizá en unos meses, aquella niña me diga que su casa es el lugar donde ella más quiere estar, porque su casa es la antesala de la plenitud, el paraíso del amor y de la paz.



Hermanos:

Tengan un amor sin ficciones:

aborrezcan lo malo y apéguese a lo bueno.

*Como buenos hermanos, sean cariñosos unos con otros,
rivalizando en la mutua estima.*

*En la acción no se echen atrás;
en el espíritu manténganse fervientes,
siempre al servicio de Dios.*

*Que la esperanza los mantenga alegres,
permanezcan enteros en las dificultades
y constantes en la oración.*

*Sean solidarios de las necesidades de los demás,
esmérense en la hospitalidad.*

Bendigan a los que los persigan, nunca maldigan.

*Con los que están alegres, alégrense;
con los que lloran, lloren.*

Tengan un solo corazón y una sola alma.

No piensen en grandezas.

Sean humildes.

No muestren suficiencia.

No se dejen vencer por el mal.

Venzan el mal a fuerza de bien.»

(Romanos 12, 9-16. 21)

**La luz que
nos hace ver**

LA LUZ



Meditación #4

“

***Ese hombre que se llama Jesús
hizo barro,
me lo untó en los ojos
y me dijo que fuera a lavarme a la
alberca de Siloé.
Fui, me lavé y vi».***

(Juan 9, 11).

Hace miles de millones de años todo comenzó con un punto de luz y, a partir de ese punto de luz todo fue surgiendo, todo se llenó de belleza y esplendor, de grandeza y expansión, y, luego, de vida, pensamiento y humanidad. Tal vez como todo comenzó con la luz, y quizá también porque la luz es la única constante que permanece en este nuestro cosmos inmenso y apasionante, es por lo que buscamos la luz con una especie de fototropismo existencial. Desde niños nos atemoriza la oscuridad y nos da paz y tranquilidad la luz. La noche se nos hace espesa y difícil cuando se alarga, y el día, en cambio, nos alegra cuando despunta y resplandece. ¡Cuánto temor habría en los rostros y en los corazones de las gentes en aquellos tiempos en los que aún no se sabía por qué algunas noches se alargaban y algunos días tardaban en amanecer! ¡Cuánta impaciencia habrían de sentir aquellos que vigilaban la noche y miraban y miraban el horizonte aguardando ansiosos el resurgir de la luz, la victoria del día sobre la noche! Hay un salmo de La Biblia que compara el ansia por ver a Dios, con el ansia que el centinela tiene de ver la luz del amanecer:

“*Aguardo al Señor, como el centinela la aurora.
Espere Israel al Señor, como el centinela espera la aurora*».
(Salmo 130 — 129 - 6 - 7a).

La luz es la condición de posibilidad de nuestro cosmos. Todo lo que somos y todo lo que nos rodea, está hecho del mismo material que están hechas las millones y millones de estre-

llas que alumbran nuestro universo. Todo es obra de la luz. Todo es visible gracias a la luz. Todo es cognoscible por la luz. Y hasta nuestra mente y nuestro espíritu son luz que conoce y resplandece. No es casualidad que el bello relato poético del libro del Génesis comience justamente con el milagro de la luz que rompe la oscuridad y el caos primordiales: «Y dijo Dios: “que sea la luz”. Y la luz fue. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de la tiniebla; y llamó Dios a la luz “día”, y a la tiniebla “noche”. Pasó una tarde, pasó una mañana: el día primero.» (Génesis 1, 3-5). Sí, el principio de todo, el día primero de todo lo que es, es la luz. Por eso la anhelamos tanto, la necesitamos tanto, la buscamos tanto. Porque sin luz nada somos, sin luz nada es.

Una luz encendida en lo profundo del bosque nos habla de alguien que habita allí. Una luz que una madre deja encendida a la entrada de la casa es el signo del amor que aguarda la llegada del hijo que ha de venir tarde en la noche. Una luz tenue alumbrando la habitación de un chiquillo, es la forma como conjuramos sus temores infantiles y como le ofrecemos al pequeño la promesa de permanecer velando su sueño toda la noche. La luz que ilumina los libros del pensador o del escritor y la luz encendida en el laboratorio del científico, son signo de la razón y el espíritu humano que no descansan en su búsqueda de esa otra luz que es la verdad. Y nuestros instrumentos más sofisticados apuntando a lo profundo del cielo para buscar más luz, con el deseo de entender toda la historia y todas las posibilidades y los confines mismos de la luz, son prueba de nuestra sed de luz. Somos como mariposas nocturnas atraídas por la luz, girando y girando como locas alrededor de la luz, queriendo incluso to-

carla, aunque tocándola se nos quemen las alas. Porque tenemos una profunda nostalgia de la luz, de toda luz.

Vemos a la luz y leemos a la luz y pensamos a la luz, a la luz de algo que creemos que nos da luz. Consideramos luz todo aquello que nos ilumina nuestro ver, nuestro leer, nuestro pensar y, por esto mismo, nuestro existir. El problema es que tenemos la capacidad de convertir en luz, luces que no son luz. En estos días de crisis, de reclusión y confinamiento, en los cuales hemos tenido que abandonar montones de realidades que creíamos importantes, fundamentales y luminosas, nos podemos dar cuenta de que esas luces no eran tan luz. Ni nuestras comodidades ni nuestro mundo del bienestar ni nuestro dinero que no puede vencer esto que ahora nos aflige, ni nuestras ideologías ni el esplendor de nuestra arrogante sociedad del siglo XXI que creía bastarse a sí misma, han resultado ser suficiente luz. Tal vez hasta creíamos ver sin realmente ver. No veíamos el dolor del planeta que agonizaba. No veíamos el daño que nos hacíamos con el tipo de mundo consumista y depredador que nos inventamos. No veíamos la postración moral y espiritual en la que estábamos sumiendo nuestra sociedad en nombre de una pretendida libertad sin límites ni escrúpulos. No veíamos la tragedia interior que causábamos en nuestros niños y jóvenes destruyéndoles su núcleo familiar, arruinándolo con violencias, engaños, infidelidades y rupturas. No veíamos las soledades inmensas que se escondían detrás de las miles de aparentes amistades en redes sociales, detrás de esas pantallas paradójicamente luminosas que apagaban los encuentros reales, las presencias reales, los amores reales. No veíamos la

tristeza y el hundimiento humano que se agazapaba debajo de los placeres sensuales y de las mil substancias para huir de la realidad, que vendía este mundo estridente. No veíamos el sufrimiento de muchos sufrientes ni la pobreza de muchos pobres ni el drama de muchas mujeres golpeadas ni las lágrimas de muchos niños usados ni las consecuencias de tanta violencia y agresividad ni las implicaciones de tanta ideología fundada en el rencor y el resentimiento. No veíamos. Pero creíamos ver, creíamos ver a la luz de nuestras lámparas oscuras. Nos lo han tenido que apagar casi todo, para tal vez ahora, volver a buscar la luz donde realmente está la luz.

Había un hombre ciego de nacimiento, un hombre cuya vida, toda ella, había sido oscuridad. Anhelaba la luz como todos; pero a diferencia de todos, no sabía ni siquiera a qué sabía la luz, ni cómo se sentía la luz, ni como se veía la luz. Y, entonces, Aquél que es la luz del mundo, le creó con barro de la tierra y con el resplandor de su Espíritu, la posibilidad de la mirada. Se lavó de penas y culpas en la alberca de Siloé y todo se le llenó de luz. Entró la luz hasta los confines de su ser y, a partir de un primer punto de luz, sintió que todo un cosmos luminoso lo llenaba como jamás creyó ser llenado. Lo expulsaron y rechazaron los que creen que su oscuridad y sus tinieblas pueden dar luz, y el aprovechó ese aparente revés, para aferrarse a ese tal Jesús que lo alzó a la contemplación de todos los resplandores de luz. Dejó atrás la oscuridad y se unió a la luz, a la luz que es la verdad, a la luz que es la belleza, a la luz que es la bondad, a la luz que es espíritu y vida, a la luz del interior más interior del

propio interior, a la luz del Cristo que nos permite contemplar la luz de Dios.

Estos días son un gran desafío para el espíritu humano. Las noticias no son luminosas. Las decisiones que de día en día toman nuestros gobernantes presionados por circunstancias incontrolables, son aún menos halagüeñas. Nubes oscuras se ciernen sobre la economía mundial y tememos por el abastecimiento y por nuestras empresas y por nuestros empleos y por nuestro futuro. Lo que al principio fue visto como una enfermedad exótica que atacaba a una minoría de ancianos en tierras lejanas, es hoy una amenaza oscura a las puertas de nuestras ciudades. No sabemos cuándo volverá la luz de lo que llamábamos nuestra vida normal. Pues bien, justo en momentos como éste, tenemos la oportunidad de redescubrir nuestra más auténtica luz, la que Dios puso en nuestro interior, la que enciende no sólo nuestras mentes, sino, sobre todo, nuestros espíritus. En esta hora oscura volvámonos hacia lo más profundo de nuestro interior para tocar el punto de luz donde habita nuestro principio y nuestro fundamento, ese punto de luz del que surge el milagro de nuestro ser, la maravilla de nuestra vida, la genialidad de nuestra inteligencia, la ternura de nuestro amor, la capacidad de concebir —aún en medio de dudas— la posibilidad de Dios. No nos hundamos en el miedo, la amargura o la zozobra. Dentro de nosotros habita una luz más resplandeciente que la luz de todas las galaxias posibles. A esa luz nos aferramos ahora, porque es la luz que en medio del bosque umbrío nos habla de una presencia, porque es la luz que

nos ha dejado el amor para llegar a salvo a casa, porque es la luz que el Padre nos ha dejado encendida para disipar las penas y los temores de la noche. Vayamos a la luz interior, esa luz que nos permite ver la otra luz, la definitiva luz, la luz que jamás se apaga. Y a la luz de esa luz —cuando superemos esta prueba—, hagamos un mundo mejor.



***Señor, Tú socorres a hombres y animales,
¡qué inapreciable es tu fidelidad, oh Dios!
Los humanos se acogen a la sombra de
tus alas,
se nutren de los manjares de tu casa,
beben del torrente de tus delicias.
Porque en Ti está la fuente viva
y tu luz nos hace ver la luz.»***

(Salmo 36 —35– 7c-10).

El valor de lo **OLVIDADO**



Meditación #5



Y de repente casi todo se detuvo.

Se detuvo el frenesí de las grandes ciudades y el tránsito pesado de las avenidas se marchó.

Se quedaron vacías las aulas de las escuelas, los pasillos de los colegios y los paraninfos de las universidades.

Cerraron sus puertas los museos y los centros culturales.

Los templos de todas las confesiones cancelaron sus celebraciones y el culto y la oración se trasladaron a los hogares y a los medios de comunicación.

Bajaron las cortinas de sus establecimientos los bares y las discotecas.

Dejaron de atender en la mayor parte de los restaurantes.

Las tiendas que vendían todo lo que no era necesario para vivir, cerraron sus accesos.

Se quedaron en tierra los aviones y aparcados la mayor parte de los autobuses.

Se apagaron las luces de los casinos y se silenciaron las máquinas tragamonedas.

Los parques de diversiones cerraron al público y los pequeños parques de los barrios ya no fueron el lugar de encuentro de los niños.

Los grupos de jóvenes abandonaron las esquinas y los compañeros que se citaban cada día para jugar un partido, se despidieron para confinarse en sus casas.

Se dijeron adiós el novio y la novia y prometieron seguirse encontrando virtualmente hasta que se puedan volver a abrazar y a besar cuando todo esto pase..., si es que pasa.

Se clausuraron las playas y los gimnasios y las piscinas y los saunas y los sitios de alterne y hasta los lugares de pecado.

E incluso los j́baros ya no pudieron salir a vender esas dosis que compraban cada día los adictos o adquirirían los tontos que consideran que una probadita no hace daño y que un “cachito” de vez en cuando no lo vuelve a uno dependiente.

Y hasta los que viven en las calles fueron llevados a un refugio, pues, al fin y al cabo, ya no queda en ellas casi nadie a quien pedir limosna, o a quien limpiar el parabrisas del carro, ni siquiera a quien hurtar un celular o robar una billetera.

De repente todo se detuvo.

Y es entonces cuando nos damos cuenta de que todo lo que se detuvo era urgente; pero no era lo realmente importante. Lo importante era el valor de la vida y, acaso por estar ocupados en demasiadas cosas, quizá lo habíamos olvidado.

Cuenta La Odisea que los hombres de Ulises llegaron a una isla donde les dieron de tomar una bebida hecha de un loto local. Les ofrecieron placeres, emociones, alegrías aparentes, un festín maravilloso, sin darse cuenta que de trago en trago de aquella bebida de loto, olvidaban hacia dónde se dirigían, olvidaban los rostros y los nombres de sus seres amados, olvidaban su propósito y su destino, olvidaban que debían abandonar la isla y navegar hasta Itaca, su hogar. Este mundo nuestro con su ruido y su frenesí, con su ritmo intenso y su gran aparato de posesiones, placeres, dispositivos y entretenimientos, con todas esas relaciones y cosas que nos han hecho sentir que nada

nos hacía falta, se nos volvió un veneno hecho de loto que nos puso a existir dando vueltas alrededor de lo que creíamos urgente, olvidando cada vez más lo verdaderamente importante, olvidando nuestro destino y nuestro propósito y nuestro sentido, y los nombres y rostros de los auténticamente amados, y el hogar hacia el que con todas nuestras fuerzas tendríamos que navegar.

Tal vez ahora, ahora cuando todo se ha detenido, cuando nos hemos tenido que quedar confinados en casa, cuando gran parte de esa vida que creíamos normal se ha apagado, nos empezamos a dar cuenta de todo aquello que era inmensamente valioso y que, sin embargo, habíamos olvidado. Acaso nos ha llegado el tiempo para recordar, acaso nos están dando la oportunidad de regresar del olvido al recuerdo.

El amor está hecho de recuerdo. El desamor, en cambio, está hecho de olvido. Amar es mantener vivo el recuerdo, es proteger dentro de nosotros la memoria de lo bello, la presencia constante de lo inefable. El olvido es dejar que el peso del tiempo, de la rutina, del cansancio, de los agobios, del bullicio y de la dispersión, oculten lo valioso y nos disuelvan en lo accesorio e innecesario. Uno olvida su hogar y se marcha a buscar algo pretendidamente mejor fuera. Uno olvida a los seres queridos y se va a buscar otros quereres para intentar llenar con ellos el corazón. Uno olvida la inocencia y se adentra en caminos de extravío. Uno olvida lo esencial y se llena de cosas suplementarias. Uno olvida su propia dignidad y se degrada, a veces incluso, en nombre de la libertad. Uno olvida la humildad y se llena

de soberbia. Uno olvida a Dios, y se queda abrazado a ídolos que no son capaces de salvar el alma.

Amar es recordar. El verbo recordar viene del latín “ri-cordari”. RE: ir de nuevo, volver, y CORDIS (cardia): corazón. Recordar es volver al corazón, ir de nuevo al corazón, llevar a lo profundo del corazón, mantener en lo hondo del corazón. El olvido saca lo hermoso del corazón y lo arroja al mundo de la nada. El amor, por el contrario, conserva la memoria de todo lo amado en el corazón, porque el amor, el amor verdadero, protege el recuerdo de todo lo que ama. Por eso, Dios nunca olvida. Por eso, Dios siempre recuerda.

“ Decía mi pueblo: “me ha abandonado el Señor,
el Señor me ha olvidado”.

—¿Puede una madre olvidarse de su criatura,
dejar de querer al hijo de sus entrañas?

Pues, aunque ella se olvide, yo jamás me olvidaré de ti.

Mira, en mis manos te llevo tatuado— dice el Señor.»

(Isaías 49, 14-16a).

No, no, no, no olvidar nunca.

No olvidar los rostros y los nombres queridos.

No olvidar los momentos hermosos.

No olvidar las presencias y los encuentros.

No olvidar el sentido y el propósito.

No olvidar la propia belleza y la íntima dignidad.

No olvidar la humildad y la sencillez.

**No olvidar la esperanza y la fe.
No olvidar el calor del hogar.
No olvidar la inocencia de la infancia.
No olvidar las caricias de mi madre.
No olvidar las risas del verano.
No olvidar los juegos de los niños.
No olvidar el primer amor y aquel beso robado.
No olvidar las lágrimas de ternura y la promesa de entregarlo todo.
No olvidar el llanto de mi hijo al nacer ni el esplendor de mi hija al cantar.
No olvidar que el amor nació en un pesebre y murió en una cruz.
No olvidar que ese amor venció la muerte y nos aguarda en nuestra verdadera Itaca, al otro lado del mar de la eternidad.
En todo caso, no olvidar.
Porque vivir es amar y amar es recordar.**

Ya que estamos resguardados en casa y con pocas cosas para hacer y que nos recomiendan no saturar las comunicaciones de las que aún disponemos, les propongo un ejercicio de oración para hacer juntos. Tomen un rosario y repasen sus cuentas. Pero en esta ocasión, en vez de Avemarías, por cada cuenta que pasen entre sus dedos, traigan a la memoria un recuerdo y díganlo en voz alta: un nombre, un rostro, un lugar, un libro, un amigo de la infancia, un abuelo que ya no está, un

juguete que se extravió, un momento precioso del ayer, un día inolvidable, una canción de amor, un poema que dediqué o me dedicaron, un color, un sabor, un aroma, el perfume de la amada, la risa de una amiga, una montaña, una playa, una película, una travesura inocente, un encuentro sorprendente, un viaje maravilloso, un chiste muy gracioso, una pena superada, una enfermedad de la que se sanó, la presencia de mis hijos, el amor de mis padres, una palabra del Evangelio, una oración, el calor de Dios.

Y así, en medio de esta hora en la que todo se detuvo, no dejes que se detenga tu corazón. Llévate a él lo mejor de tus recuerdos y repasa y repasa todo aquello que una vez olvidaste, y que ahora te das cuenta de que era lo que realmente tenía valor.



Recuérdame, hoy me tengo que ir, mi amor.

Recuérdame. No llores, por favor.

Te llevo en mi corazón y cerca me tendrás.

A solas yo te cantaré, soñando en regresar.

Recuérdame, aunque tenga que emigrar.

Recuérdame, si mi guitarra oyes llorar.

***Ella, con su triste canto, te acompañará,
hasta que en mis brazos estés.***

Recuérdame.

Recuérdame, hoy me tengo que ir, mi amor.

Recuérdame. No llores, por favor.

Te llevo en mi corazón y cerca me tendrás.

Recuérdame.»

(Carlos Rivera – Tema de la película “Coco”).



Volver al **NOSOTROS**

Meditación #6



Nadie es una isla, completo en sí mismo.

Cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra. Si el mar se lleva una porción de tierra,

toda Europa queda disminuida como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia.

La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad.

Por consiguiente, nunca preguntes por quién doblan las campanas, pues doblan por ti.»

(John Donne)

Cuando era niño se enseñaba en las escuelas algo que para la mente concreta de un pequeño era difícil de entender: que la familia era la base de la sociedad. La sociedad es un concepto abstracto, formal, y la idea de que tuviera una base, era aún más abstracta. Sin embargo, de alguna manera el niño que uno era, terminaba entendiendo que lo más importante de nuestro mundo no era cada uno en su soledad, sino todos juntos haciendo grupo, haciendo parte de algo que nos afecta a todos. Era el comienzo de un descubrimiento crucial: el hecho de que lo importante no es el YO, sino el NOSOTROS.

En los últimos años esta cultura posmoderna y burguesa en la que vivimos, ha exacerbado todo lo individualista y ha ido demoliendo progresivamente las experiencias comunitarias y colectivas. Durante centurias la humanidad vivió en familias, clanes, aldeas, comunidades, iglesias, pueblos, naciones con claros sentimientos de que esos grupos eran fundamento y raíz existencial y que por ellos valía la pena darlo todo, incluso la vida misma. Pero, de repente, llegó una nueva época marcada por la absolutización del yo y de los intereses del yo. La base de la sociedad pasó a ser el individuo. Cada uno con los gustos y los intereses de cada uno. Cada uno en su habitación con sus cosas. Cada uno defendiendo su tiempo y su espacio. Cada uno considerando primero lo suyo que lo de los demás. Cada uno preocupado por lo que le atañe. Cada uno peleando por lo que le afecta y desimportándose de lo que afecta a los otros. Cada uno defendiendo sus caprichos, aún al precio de

que tales caprichos afectaran negativamente a los demás. Cada uno imponiéndose a codazos para obtener su lugar. Cada uno abstraído en su pequeña pantalla, aún rodeado de los que decía amar. Cada uno atesorando según sus propias conveniencias, sin interesarse demasiado por quienes poco o nada podían tener. Cada uno pensando su vocación no para servir, sino para servirse a sí mismo. Cada uno amando no para dar algo de sí, sino para reclamar mucho para sí. Cada uno sintiendo gigantes sus propios problemas y considerando que las penas de los demás no eran mi problema. Cada uno haciendo su mercado, sin el escrúpulo de dejar sin mercado a los demás. Cada uno gastando y gastando lo que le apetecía y consumiendo y consumiendo a placer, sin plantearse en dejar suficiente para otros que vinieran después. Cada uno con su concepto muy personal de Dios, sin experiencia de comunidad, sin hacer parte de un grupo que confiese la misma fe, sin acercarse a los demás para celebrar juntos y crecer en fraternidad. Cada uno sin escuchar el doblar de las campanas, pues, mientras no doblaran por uno mismo, es como si no doblaran por nadie más.

Y viene ahora esta realidad, esta crisis que estamos viviendo, y nos recuerda que nadie es una isla, que lo que pase en un lugar afecta a los demás, que la pena y la enfermedad de unos, tarde o temprano se convierte en la pena o enfermedad de todos. Y así, en cuestión de meses, a regañadientes y sin estar preparados, la situación mundial nos ha pasado del cómodo mundo egoísta del yo, al mundo del nosotros en el cual, todos nosotros estamos interconectados, todos nosotros nos necesi-

tamos y nuestra única oportunidad depende de que nosotros pensemos en nosotros, nos sintamos nosotros y hagamos como nosotros lo que tenemos que hacer por y para nosotros. Habíamos olvidado que no estamos solos en el mundo, que el centro de éste no era cada uno con sus intereses individualistas, que la suerte mía depende de la suerte de todos. Lo habíamos olvidado y este momento, esta cachetada que nos está dando la historia, nos está haciendo volver al hecho de que nosotros somos un nosotros.

Es verdad, va a costar mucho volver a aprender a vivir como un nosotros.

Hay quienes se encerrarán en sus habitaciones consigo mismos y punto.

Hay quienes se atontarán mirando su pequeña pantalla, jugando con ella, abstraídos en ella.

Hay quienes se esconderán detrás de unos audífonos que no les permitan escuchar más voces que la propia.

Hay quienes acapararán para sí, sin pensar en los demás.

Hay quienes estarán en sus vacaciones, mientras los otros están en cuarentena.

Hay quienes enviarán por redes sociales chistes tontos, mientras de un día para otro mueren más de seiscientas personas en un solo país.

Hay quienes evitarán contagiarse, pero no contagiar.

Hay quienes querrán ser atendidos de primeros, pero no pensarán en atender.

Hay quienes querrán ser servidos, pero no servir.

Y es que tenemos tan grabado a fuego en nuestro ser que lo primero es lo propio, que nos va a costar mucho entender que lo primero es lo de todos, y que lo importante no soy yo, sino que lo importante somos nosotros.

Hay algo muy bello de la fe cristiana: la experiencia de comunidad. Dios, Uno y Trino, no es soledad, sino comunidad. Cristo no fue un héroe solitario, sino aquél que quiso salvar haciendo comunidad, entregando su amor en comunidad, lavando los pies de los miembros de su comunidad y enviando su Espíritu sobre la comunidad reunida en oración. El mandamiento de la fe cristiana habla justamente de ese amarnos los unos a los otros con el mismo amor con el que Jesús no buscó ser amado Él, sino darlo todo para amar a todos. De hecho, una de las cosas que ha afectado la experiencia de fe cristiana en los últimos tiempos, es ese individualismo craso que ha hecho que muchos no entiendan que a Dios se le vive con los otros, en unión a otros, entrelazado a los otros, compartiendo la vida, la fe, la esperanza y el amor con los otros. Este hombre yoísta de esta época se ha empeñado en hallar un dios solipsista, una energía individual que le aporte equilibrio o paz al sí mismo, y se volvió incapaz de unirse a los otros para encontrar en el sacramento del nosotros, a Aquél que es la plenitud del amor y, por ende, es un maravilloso nosotros eterno.

Pues bien, aquí tenemos ahora la oportunidad bendita de volver al nosotros. No vivamos estos días cada uno con uno mismo, sino haciéndonos nosotros con nuestra familia, cuidándonos nosotros, preocupándonos por nosotros, pensando en el bien de nosotros, sacrificando cosas de sí mismo, para privilegiar lo mejor para nosotros, sabiendo que estas penas son de todos nosotros; pero que nuestra esperanza depende también de todos nosotros. Y es que esta enfermedad nos puede dar a todos nosotros y, justamente por eso, somos todos nosotros los que tenemos que luchar por sanar.

“

Hermanos:

**Si hay un estímulo en Cristo
y un aliento en el amor mutuo,
si estamos unidos en un mismo espíritu
y si tenemos un cariño tierno,
háganme feliz del todo y anden de acuerdo,
teniendo un amor recíproco
y un interés unánime por la unidad.
No obren por egoísmo ni por presunción.
Cada cual considere que los otros son
superiores.
Y nadie busque únicamente lo suyo,
sino busquen siempre lo mejor para los
demás».**

(Filipenses 2, 1-4).

Meditación #7

EL VALOR DE LO OLVIDADO
CONSIDERAR
A LOS /

DEMÁS

Image by Shutterstock





*Nunca estamos conformes del
quehacer de los demás
y vivimos a solas sin pensar en
los demás,
como lobos hambrientos,
acechando a los demás,
convencidos que son nuestro
alimento, los demás.*

*Los errores son tuestos que tirar a
los demás;
los aciertos son nuestros y jamás
de los demás;
cada paso un intento de pisar a
los demás,
cada vez más violento es el
portazo a los demás.*

*Las verdades ofenden si las dicen
los demás,
las mentiras se venden, cuando
las compran los demás;
somos jueces mezquinos del valor
de los demás;
pero no permitimos que nos
juzguen los demás.*

*Nuestro tiempo es valioso; pero
no el de los demás;
nuestro espacio, precioso; pero no
el de lo demás.
Nos pensamos pilotos del andar
de los demás;
donde estemos nosotros... que se
frieguen los demás.*

*Apagamos la luz que, por amor a
los demás,
encendió en una cruz, el que
murió por los demás;
porque son ataduras, comprender
a los demás,
caminamos siempre a oscuras sin
contar con los demás.*

*Condenamos la envidia, cuando
envidian los demás,
mas lo nuestro es desidia, que no
entienden los demás.
Nos creemos selectos entre todos
los demás;
seres pluscuamperfectos, con
respecto a los demás.*

*Y olvidamos que somos, los
demás de los demás;
que tenemos el lomo como todos
los demás,
que llevamos auestas, unos
menos y otros más,
vanidad y modestia como todos
los demás.*

*Y olvidando que somos los demás
de los demás,
Nos hacemos los sordos, cuando
llaman los demás,
porque es tontería escuchar a los
demás,
y tildamos de manía el amor por
los demás.»*

(Alberto Cortez)

Ayer caíamos en la cuenta de la importancia de conjugar la vida en primera persona del plural, aprendiendo a decir “nosotros” y empezando a olvidar ese exceso de “yo” al que nos hemos acostumbrado en los últimos tiempos. Ya es un paso grande y trascendental comenzar a plantearnos que tenemos una suerte y un destino comunes, que nuestras oportunidades dependen de nuestra unidad y fraternidad y de nuestra capacidad de apoyarnos y sostenernos los unos a los otros. Ahora bien, el paso del “yo” al “nosotros” supone algo muy difícil para el espíritu humano, pues implica descentrarse, dejar de mirarse uno a sí mismo como primer y radical interés, y alzar la vista para ver a los otros, para pensar y considerar a los demás.

Jesús enseñaba algo que nos ha costado mucho comprender y es que para seguirlo a Él, que es el hombre que vive por los demás, se entrega por los demás y da su ser entero por los demás, es necesario negarse uno a sí mismo. El sí mismo es en ocasiones como un hoyo negro que absorbe todo lo que hay alrededor para alimentarse, absolutizando las necesidades y apetencias individuales y desimportándose e incluso ignorando las necesidades de los otros. Sin darse cuenta, uno termina haciendo un imperio alrededor del sí mismo en el cual todo lo primero es para uno: los sentimientos de uno, los gustos de uno, los caprichos de uno, las comodidades de uno, el tiempo de uno, el espacio de uno, la manera de pensar de uno, las convicciones de uno, los intereses de uno, las cosas de uno, el cuarto de uno, la comida de uno, las personas que le pertenecen a uno, lo que éstas le deben dar a uno... Y los demás, por cercanos y supues-

tamente amados que sean, quedan postergados, aplazados, descartados, desbancados, porque primero es uno, porque primero estoy yo. Y justamente ahí resuenan las palabras de Jesús:

“ *El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.»*

(Mateo 16, 24).

Y es que seguir a Jesús supone vivir como Él que no piensa primero en sí mismo, sino en los otros, aunque eso suponga justamente tener que cargar, por amor, una cruz.

¿Por qué cuesta considerar a los demás? Cuesta porque los seres humanos no sólo somos territoriales, sino que aprendemos a defender y proteger nuestro yo. Podríamos decir que el egoísmo se nos da como algo natural, mientras que el amor oblativo, es decir, el amor que encuentra más dicha en dar que en recibir, lo tenemos que aprender.

- Me cuesta considerar a los demás porque tiendo a percibirlos como rivales. Los demás, que demandan tiempo, espacio, bienes, alimento, se presentan como aquellos que me podrían quitar lo mío. Por eso, el yo se enfrenta a ese enemigo potencial que me puede arrebatarme el puesto que yo quería, el pedazo que anhelaba, la persona que yo deseaba poseer.
- Me cuesta considerar a los demás porque se presentan ante mis ojos como competidores. Pueden hacer

las cosas mejor que yo, destacarse más que yo, hacerse notar mejor que yo, obtener reconocimiento en vez de yo obtenerlo, ocupar el lugar que creía que era para mí, tener más belleza o talento o fuerza o inteligencia que yo, ganarse el corazón de alguien que quería ganarme para mí. Y por eso, muchas veces uno intenta anular a los demás, burlarse de los demás, ridiculizar a los demás, criticarlos, ofenderlos con crueldad, pues se trata de vencer a como dé lugar a los competidores de la carrera para ganarla yo.

- Me cuesta considerar a los demás porque constituyen un riesgo. Uno no controla ni lo que sienten ni lo que piensan ni lo que hacen los demás, por eso, acercarse a los demás siempre constituye un riesgo: podrían no tenerme en cuenta, podrían quitarme lo mío, podrían herirme, podrían hacerme sufrir, podrían romperme el corazón. Por eso, uno prefiere encerrarse en la seguridad de su propio refugio individual y salir de él únicamente cuando uno tiene la ventaja de usar y no ser usado, de aprovechar sin ser aprovechado.
- Me cuesta considerar a los demás porque son inoportunos. Lo bueno del encierro en sí mismo es que uno decreta los tiempos y los ritmos, pues, al fin de cuentas, si se trata de dar algo o amar a alguien u ofrecer algo de sí mismo, eso se realiza cuando uno quiere y no antes ni después. Por eso no es extraño que nos impacienten las peticiones de los demás, incluso las que

nos hacen los que decimos amar, ya que nos sacan de nuestra zona de confort y nos piden hacer las cosas no cuando nos resulta cómodo, sino cuando ellos lo piden o lo necesitan.

- Me cuesta considerar a los demás porque me descen-
tran de mí mismo. Uno suele organizar la vida alrede-
dor de los gustos, apetencias, necesidades y placeres de
uno mismo y, de hecho, no suelo tener escrúpulos para
hacer girar a los demás alrededor de eso que me con-
viene a mí mucho más que a ellos o, incluso, para nada
a ellos. Me cuesta caer en la cuenta que el esposo o la
esposa, el hermano o la hermana, los hijos, los ami-
gos, el novio o la novia, los compañeros, los vecinos,
los otros seres humanos, incluso las demás criaturas,
son parte de esos demás que sin consideración alguna
hago sufrir sin mayor remordimiento, pues, lo que al
fin de cuentas busco es mi propia conveniencia y si hay
que pagar un precio, que lo paguen el precio los demás.

Lo que estamos viviendo en estos días es una oportuni-
dad maravillosa para plantearnos la necesidad de pensar en los
demás y considerarlos de corazón, ya que ninguno de nosotros
va a salir solo de esta hora. Si salimos, saldremos en compañía
de los demás y gracias a los demás. Los invito a aprender de
Jesús la forma como hay que considerar a los demás:

- Para considerar a los demás es necesario VERLOS. Una de las cosas que hace el egoísmo es invisibilizar a los otros. Pasamos por la vida y no vemos, no vemos la pobreza de los necesitados, no vemos el drama de los olvidados, no vemos las penas de los que sufren, no vemos las lágrimas del que hacemos sufrir, no vemos, a veces, ni siquiera el dolor de mi propio hijo o hija o de mi esposo o esposa o hermano o hermana. Simplemente uno no ve. Jesús es Dios viéndonos, posando su mirada en nosotros, notando el sufrimiento de los pecadores, la enfermedad de los afligidos, el extravío de la ovejita descarriada, el arrepentimiento del hijo desconsiderado que quiere volver, el error de quienes lo crucifican porque no saben lo que hacen.
- Para considerar a los demás es necesario ESCUCHARLOS. Uno tiene demasiados oídos para las propias quejas, lamentos e intereses, y demasiado pocos para los de los demás. Cuantos padres y madres nunca han escuchado a sus hijos, sobre todo a sus hijos adolescentes. Cuantos hijos cierran sus oídos a las voces de sus mayores y se aíslan en su propio mundo. ¡Cuánta incomunicación en esta paradójica época en la que abundan las formas de comunicarnos! Jesús es el oído de Dios, de ese Dios a quien llega el clamor de su pueblo oprimido, que escucha las voces del pobre, que oye el rumor de dolor que atraviesa el espacio hasta llegar a Él, que recibe en su corazón la petición desesperada

del compañero de penas que le suplica ser recordado por Él cuando Él llegue a su Reino.

- Para considerar a los demás hace falta PONERSE EN SU LUGAR. Uno se acostumbra a ver la vida desde la propia perspectiva y desde los propios intereses. Visto todo desde ahí, desde uno mismo, los motivos, sentimientos y reacciones de los demás resultan muchas veces incomprensibles, absurdos o lesivos. Y, sin embargo, si uno cambia de óptica y, por un momento, uno se esfuerza por comprender con los ojos del otro, todo puede transformarse y lo ininteligible puede ser comprendido. Jesús es, por definición, el Dios que se hace hombre, el Dios que deja el lugar de su condición divina, para ponerse en el lugar de nuestra condición humana y entender, desde ahí, todas nuestras penas.
- Para considerar a los demás hay que experimentar COMPASIÓN. Uno suele centrarse en sus propios dolores. Las penas, los sufrimientos y las quejas de uno son lo que realmente importa y aquello que uno pone de relieve. Compadecerse, en cambio, es sentir como propio el dolor de los demás, es dejarse estremecer por el sufrimiento y las aflicciones de los otros. Los evangelios dicen que Jesús sentía dolor físico al contemplar el sufrimiento de la multitud que erraba como ovejas sin pastor y que era ese dolor lo que lo llevaba a actuar sin tardanza para remediar las penas de todos.

- Para considerar a los demás hay que **AMAR CON AMOR DE OFRENDA**. Uno se acostumbra al amor mercantil de este mundo, según el cual a cambio de lo poco que doy, espero ser recompensado con lo mucho que me dan. No es casualidad que la mayor parte de las tensiones con las personas que uno quiere, sea para reclamar lo que se supone que me tendrían que haber dado y no me dieron, o, al menos, no tanto como yo esperaba que me lo dieran. Jesús es el amor que se olvida de sí mismo y se da por completo, sin condiciones, sin límites, sin intermitencias, sin pausas, sin esperar nada a cambio, gratuitamente, como gratuito es el amor de Dios.

Es hora de dudar de las bondades del mundo egoísta que construimos. Tal vez tanto sí mismo y tan poca consideración con los otros, fue parte de esta tragedia global que estamos viviendo. Pensamos que podíamos seguir buscando hasta el extremo lo de cada uno, sin darnos cuenta que pagarían el precio los demás y que, tarde o temprano, cada uno de nosotros, yo mismo, seríamos parte del grupo de los demás.

“

Esto dice el Señor:

— El ayuno que yo quiero es éste:

**abrir las prisiones injustas, hacer saltar
los cerrojos de los cepos,**

**dejar libres a los oprimidos, romper todas
las cadenas;**

partir tu pan con el hambriento,

hospedar a los pobres sin techo,

vestir al que ves desnudo

y no cerrarte a tu propia carne.

Entonces, romperá tu luz como la aurora,

en seguida te brotará la carne sana;

te abrirá camino la justicia,

y te seguirá la gloria del Señor.

**Clamarás, entonces, al Señor, y Él te
responderá;**

**Pedirás auxilio en la tribulación y Él te
dirá: “¡Aquí estoy!”.»**

(Isaías 58, 6-9a).

Meditación #8
EL VALOR DE LO OLVIDADO



Image by Shutterstock

**ACEPTAR NUESTRA
FRAGILIDAD**

“

**Lloras tú y lloro yo
y el cielo también, y el cielo
también.**

**Lloras tú y lloro yo.
¡Qué fragilidad, qué fragilidad!
Aquellos que han nacido en un
mundo así,
no olviden su fragilidad.»**

(Sting)

Creo que, si algo habíamos olvidado, y ahora lo estamos teniendo que recordar a la fuerza, es nuestra fragilidad. Nos habíamos acostumbrado a un mundo empoderado, seguro de su ciencia y de su tecnología, orgulloso de haber vencido las dificultades que atemorizaron a nuestros antepasados. Pensar en que en pleno siglo XXI nos tendríamos que resguardar en nuestras casas a la espera de un milagro, temiendo que el mensajero de la muerte ingrese a nuestros hogares y nos quite a alguien amado, es algo que no estaba en nuestros cálculos. Pienso, sobre todo, en los muchachos de hoy que de forma tan olímpica tienden a despreciar los valores espirituales por considerarlos innecesarios, y como ahora se enfrentan a un encierro, ellos que viven afuera, a una pausa obligada, ellos que tanto se mueven, a un aislamiento, ellos que tanto quieren permanecer en contacto con sus amistades, a un dato cotidiano de número de contagiados y muertos, ellos que pretendían vivir en un mundo donde las tragedias habían sido derrotadas. El dolor, este dolor de una enfermedad intratable, este dolor de una sociedad desconcertada tomando decisiones nunca antes tomadas, este dolor de una economía en riesgo de desplomarse, este dolor del miedo de que sean muchos los que se contagien y muchos los que necesiten respiradores y muchos los que se agraven y muchos los que mueran, este dolor nos ha recordado lo frágiles que somos.

El dolor no tiene estrato ni clase social. El sufrimiento no está reservado para los pobres ni la bienaventuranza para los ricos. Aunque desde fuera nos parezca que unos son más

afortunados que otros, lo cierto, lo terriblemente cierto, es que la factura del dolor tarde o temprano llega a todas las casas. No importa lo hermoso que sea tu apartamento, está pintado de dolor; no importa el material del que está hecha tu casa —latas, cartones, ladrillos o mármol— está pintada de dolor. Toda casa humana, toda vida, está pintada por la pena; toda existencia está pintada de sufrimiento.

El dolor todo lo rompe, el dolor todo lo destroza, no deja nada en pie. No importa qué tan bien construido lo tengas todo, el dolor llega, y cuando llega, va destruyendo todo lo que encuentra.

- El dolor rompe nuestra confianza en los bienes materiales. Cuando alguien amado se está muriendo, de qué sirve tener una acción en un club, de qué sirve tener un automóvil de lujo aparcado fuera de la casa, de qué sirve tener varias cuentas corrientes o de ahorros si ni una sola moneda, ni un solo electrodoméstico, ni una sola joya, puede comprar un minuto más de vida. Y entonces se nos rompe nuestra fe en las cosas. Porque en el fondo tenemos fe en las cosas que poseemos, tenemos fe en la ropa que nos ponemos y que nos hace ver mejores; tenemos fe en el dinero que tenemos guardado y que nos asegura el futuro y el presente; tenemos fe en los aparatos que usamos, porque nos hacen cómoda la vida, y agradable, y descansada, y placentera. Pero ¿de qué sirve todo eso si alguien muy amado se nos muere

- entre los brazos?, ¿de qué sirven las riquezas cuando la persona que más amamos se nos va para siempre?
- El dolor rompe nuestra fe en nosotros mismos. Uno está acostumbrado a confiar en las propias capacidades, a confiar en su inteligencia, a confiar en su solidez, a confiar en su seguridad como persona. Pero cuando llega el dolor, uno se llena de zozobra, incertidumbre y miedo, pues el dolor nos hace perder el control de lo que creíamos controlado y la seguridad de lo que pretendíamos tener bien seguro.
 - El dolor nos rompe la fe en los demás. Cuando los demás nos traicionan, ¿cómo volver a creer en ellos? Cuando los demás nos decepcionan ¿cómo volver a confiar en ellos? Cuando el amor nos falló, ¿cómo volver a enamorarnos? ¿cómo volver a creer en las promesas de quienes nos dijeron que nos amarían siempre y no cumplieron?
 - El dolor rompe la fe en la vida. Todo niño llega al mundo con ganas de vivir, por eso extiende las manitas frenéticas para conocer el mundo y por eso llora puntualmente a la hora del hambre reclamando el alimento que necesita para vivir, porque quiere vivir. Todo niño llega al mundo queriendo vivir, queriendo correr, queriendo jugar, queriendo saltar, gritar, cantar, queriendo ir al colegio, queriendo aprender, queriendo escribir las primeras letras, queriendo leer. Pero a medida que va pasando la vida y se va encontrando con el dolor, va

perdiendo progresivamente esas ganas: las de correr, las de cantar, las de escribir, las de leer, las de estudiar, las de vivir. El encuentro con el sufrimiento nos lleva a dudar del valor de la misma vida.

- El dolor nos rompe la esperanza. El dinamismo que mueve la vida es la esperanza. Uno se levanta en la mañana con la esperanza de que el día de hoy será mejor, y realiza un trabajo con la esperanza de que éste tiene sentido y vale la pena hacerlo, y quiere a alguien con la esperanza de ser querido a su vez y de que el amor que uno ofrezca no sea en vano. Pero cuando llega el dolor, se rompe la esperanza y uno ya no cree que el mañana va a ser mejor y el futuro se vuelve oscuro, el amor doloroso y los sueños y proyectos se tornan imposibles.
- El dolor rompe el amor. Porque nos reconcentra en nuestro propio sufrimiento, el cual suele encerrarnos en nosotros mismos. ¡Qué difícil amar a una persona adolorida! Uno intenta llegarle, pero la persona está enconchada en su dolor y no se deja hallar; uno intenta arroparle, pero la persona no se deja arropar; intenta consolarle, pero no se deja consolar; intenta alegrarle, pero no se deja alegrar; y por eso la gente que sufre muchas veces se queda sola, porque se le extingue la capacidad de amar, incluso la capacidad de dejarse amar. El dolor produce amargura y desde esa amargura que se entroniza en el centro del alma, suele surgir una incapacidad para el amor: se ama menos, porque

se sufre más, y se deja uno amar menos, porque no se quiere sufrir más.

- El dolor nos rompe la fe en Dios. De pequeños nos dieron la imagen piadosa de un Dios que nos viviría la vida, que nos protegería de los sufrimientos y que nunca dejaría que nada malo nos pasara. Pero luego, al crecer, nos despertamos descubriendo con tristeza que el dolor nos llega como les llega a todos y que Dios no lo impide, que Dios no hace menos grave la enfermedad ni menos amargas las despedidas ni menos aterradoras las tragedias ni menos definitivas las muertes. Entonces, llegamos a creer que Dios nos ha fallado, que no se acuerda de nosotros, que nos ha abandonado a nuestra suerte. Así llegamos a pensar una de dos cosas: o que alguien allá arriba, en el cielo, está repartiendo dolores y alegrías y a mí me repartió los dolores y a otros les repartió las alegrías, o que sencillamente estamos solos y nadie nos acompaña cuando sufrimos.

Sí, el dolor nos confronta con nuestra fragilidad. Sin embargo, a pesar de todo, la fragilidad no es un punto final. Por el contrario, bien vivida, nuestra fragilidad es una maravillosa oportunidad. El problema con la fragilidad es que habíamos olvidado que éramos frágiles y quizá también se nos había olvidado enseñar a nuestros niños y jóvenes que la fragilidad era parte de sus vidas. La fragilidad no es una aberración ni un error que cuando sucede lo echa a perder todo, ni una equivocación

de la naturaleza o de nosotros o de Dios. La fragilidad es una parte esencial de nuestra condición humana y saberla aceptar es fundamental para nuestro crecimiento personal. Es cierto que no nos gusta ser frágiles. Tal vez por eso nuestros universos de fantasía están llenos de superhéroes poderosos con muy pocas debilidades. Pero no tenemos superpoderes y lo que sí tenemos son debilidades y con lo que tenemos que aprender a vivir es con el desafío de no dejarnos vencer por el dolor. Al fin de cuentas, la historia de la humanidad es la historia de cómo gracias a nuestra inteligencia, a nuestra voluntad, a nuestro tesón, a nuestra unidad, a nuestra fe, a nuestra resolución, a nuestra resiliencia, a nuestra capacidad de amar, hemos podido vencer tragedias, dramas, sufrimientos, enfermedades, pestes, guerras e inmensos dolores.

Hay algo muy bello de nuestra fe. Cuando Dios decide tender su mano a la humanidad para salvarla, no lo hace exhibiendo poder, sino asumiendo en todo nuestra fragilidad. Un niño frágil nacido a la intemperie en la precariedad de un pesebre. Un niño frágil perseguido por un rey malvado que quería martirlo. Un muchacho frágil extraviado en el templo a sus doce años. Un hombre frágil incomprendido incluso por quienes él mismo había elegido como discípulos. Un hombre frágil llorando de angustia en un huerto, arrestado, golpeado, azotado, torturado. Un hombre frágil colgado de una cruz y ofreciendo su último aliento por amor. Desde que Dios se hizo hombre en Jesús, la fragilidad dejó de ser únicamente una característica del ser humano y se convirtió en un atributo del mismo Dios. Por

eso, no es problema ser frágiles y ni siquiera es problema tener que padecer el dolor. La fragilidad y el dolor son una oportunidad para nuestra inteligencia, son una oportunidad para nuestra voluntad de vivir, para nuestra decisión de vencer los infortunios, para nuestra capacidad de amar aún en las dificultades, para nuestra fe en el poder del corazón humano cuando este corazón se deja llenar de la plenitud del Espíritu.

Pero, además, lo otro que nos recuerda la fragilidad es la necesidad de cuidarnos unos a otros con mimo y delicadeza, para no causarnos más dolores que los dolores que ya trae la vida y para no quebrar esos vasos frágiles de barro que somos todos. El Dios que compartió nuestra fragilidad y que cargó nuestros dolores, lo hizo para enseñarnos a vivir sin ofender, sin dañar, sin herir, sin romper, tratando a los demás con el cuidado de quien prefiere dar la vida, antes que entristecer un corazón. ¡Qué lindo sería pedirnos hoy perdón por los dolores que nos hemos causado! ¡Qué hermoso sería que nos hiciéramos hoy la promesa de no volver a hacer sufrir a nadie! ¡Qué bello sería asumir hoy el compromiso de tratar a los demás con la delicadeza de quien responde por algo infinitamente valioso, pero también frágil, muy frágil!

Aunque el dolor nos rompa muchas cosas y nos llene de desconcierto, no es el final de nuestra posibilidad de ser felices. Todo lo contrario. Vencer el dolor, cuando nos llega la hora del dolor, es justamente la certeza de que la auténtica alegría no depende de la ausencia de penas, sino de la capacidad para afrontarlas transformando nuestra fragilidad en fortaleza.

Comprender esto es como entender que Aquél que colgó de una cruz, venció a la muerte y nos alcanzó la eternidad. El dolor acaba en alegría. Aceptar nuestra fragilidad es descubrir lo que nos hace realmente fuertes.



Tres veces le pedí al Señor verme libre de lo que me aflige

y tres veces me contestó:

“te basta con mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad”.

Así pues, con muchísimo gusto presumiré de mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo.

Por eso estoy alegre en las debilidades, ofensas, dolores, desventuras persecuciones y angustias por Cristo; porque cuando soy débil, entonces, soy fuerte.»

(2 Corintios 12, 8-10).

Meditación #9

MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN EN TIEMPO DE EPIDEMIA

Fotografía de: Nacho Arteaga en Unsplash

**¿Por qué tienen
MIEDO?**



Al llegar la noche, Jesús dijo a sus discípulos:

— Crucemos a la otra orilla.

Ellos dejaron la gente y se lo llevaron, tal como estaba, en la barca, aunque había otras barcas con él. Se produjo, entonces, una fuerte tormenta de viento: las olas se abalanzaban dentro de la barca hasta casi llenarla. Él se puso en la popa, sobre el cabezal, y se durmió.

Los discípulos lo despertaron diciéndole:

— Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?

Él se despertó, increpó al viento y dijo al mar:

— ¡Silencio, quédate callado!

El viento se calmó y sobrevino una gran bonanza.

Él les dijo:

— ¿Por qué tienen miedo? ¿Aún no tienen fe?

Los llenó un gran temor y se decían unos a otros:

— ¿Quién es éste, que hasta el viento el mar le obedecen?»

(Marcos 4, 35-41)

“**Ha llegado la noche**” (Marcos 4,35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Durante semanas parece que ha caído la tarde. La densa oscuridad se ha espesado en nuestras plazas, calles y ciudades; se apoderaron de nuestras vidas llenándolo todo con un silencio ensordecedor y un vacío desolado, que paraliza todo a su paso: puedes sentirlo en el aire, puedes sentirlo en tus gestos, dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en el mismo bote, todos frágiles y desorientados, pero al mismo tiempo importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos con la necesidad de consolarnos mutuamente. En este barco estamos todos. Como esos discípulos que hablan con una sola voz y con angustia decimos: “Estamos perdidos.”

Es fácil encontrarnos en esta historia. Lo que es difícil es entender la actitud de Jesús: mientras los discípulos están naturalmente alarmados y desesperados, Él se para en la popa, justo en la parte del bote que primero baja al fondo. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, duerme pacíficamente, confiado en el Padre. Es la única vez que vemos a Jesús durmiendo en el Evangelio. Cuando se despierta, después de calmar el viento y las aguas, se vuelve hacia los discípulos en tono de reproche y les dice: “**¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?**”.

Tratemos de entenderlo. ¿Cuál es la falta de fe de los discípulos, que se opone a la confianza de Jesús? No habían dejado de creer en Él, de hecho lo invocan. Pero veamos cómo lo invocan: “Maestro, ¿no te importa que estemos perdidos?”. “No te importa”. Piensan que a Jesús no le importan, que ellos no le importan. Entre nosotros, en nuestras familias, una de las cosas que más duele es cuando nos escuchamos decir: “¡No te preocupas por mí!” ¡No te importo!”. Es una frase que duele y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a nadie le importan más que a Él. De hecho, una vez invocado, salva a sus descorazonados discípulos.

La tormenta desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas certezas falsas y superfluas con las que hemos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, nuestros hábitos y prioridades. Nos muestra cómo nos hemos quedado dormidos y cómo hemos abandonado lo que nutre, apoya y fortalece nuestra vida y nuestra comunidad. La tormenta descubrió todas las intenciones de empacar y olvidar lo que alimentaba el alma de nuestros pueblos; todos esos intentos de anestesiar con hábitos aparentemente salvadores, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros mayores, privándonos de la inmunidad necesaria para enfrentar la adversidad. Con la tormenta, el truco de esos estereotipos con los que enmascaramos nuestros egos siempre preocupados por su imagen, ha caído; y una vez más, esa pertenencia común —benedicida— a la que no podemos escapar, ha permanecido descubierta: pertenecer como hermanos.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Señor, tu Palabra nos afecta esta noche y nos afecta a todos. En este mundo nuestro, que amas más que nosotros, hemos avanzado a toda velocidad, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de lucro, nos dejamos absorber por las cosas y nos confundimos por la prisa. No nos hemos detenido frente a tus llamadas, no nos hemos despertado frente a guerras planetarias e injusticias, no hemos escuchado el grito de los pobres ni el de nuestro planeta gravemente enfermo. Continuamos imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te imploramos: “¡Despierta Señor!”.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Señor, Tú apelas a nosotros, una apelación a nuestra fe. Fe que no es tanto creer que existes, sino acercarse a Ti y confiar en Ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Conviértanse”, “regresen a mí con todo su corazón.” Nos llamas para tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir lo que importa y lo que ha de pasar, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es hora de restablecer el curso de la vida hacia Ti, Señor, y hacia los demás.

Ahora podemos mirar a muchos compañeros de viaje ejemplares, que, con miedo, han reaccionado dando sus vidas. Es la fuerza del trabajo del Espíritu derramado y moldeado en la dedicación valiente y generosa de muchos. Es la vida del Espíritu capaz de redimir, mejorar y mostrar cómo nuestras vidas

están entrelazadas y apoyadas por personas comunes, generalmente olvidadas, que no aparecen en los titulares de periódicos y revistas o en las grandes pasarelas del último espectáculo. Pero, sin lugar a dudas, los acontecimientos decisivos de nuestra historia están siendo escritos hoy por médicos, enfermeras y enfermeros, trabajadores de supermercados, limpiadores, cuidadores, transportistas, agentes de la ley, voluntarios, sacerdotes, religiosos y muchos, pero muchos otros que nos dicen que nadie se salva a sí mismo. Ante el sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: “que todos sean uno” (Juan 17,21). ¡Cuántas personas ejercen paciencia e infunden esperanza todos los días, cuidándose de no sembrar pánico, sino de animar la corresponsabilidad! ¡Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, maestros, muestran a nuestros hijos, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y atravesar una crisis adaptando hábitos, levantando los ojos y estimulando la oración! ¡Cuántas personas rezan, se ofrecen e interceden por el bien de todos! Oración y servicio silencioso: estas son nuestras armas ganadoras.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. El comienzo de la fe es saber que necesitamos salvación. No somos autosuficientes. No podemos solos. Solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros necesitaban de las estrellas. Invitemos a Jesús a los botes de nuestras vidas. Permitámonos darle nuestros temores, para que Él los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo,

no hay naufragio. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir todo lo que nos sucede en cosas buenas, incluso las malas. Él trae paz en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos desafía y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y activar la solidaridad y la esperanza capaces de dar solidez, apoyo y sentido a estas horas en las que todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y revivir nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su cruz hemos sido redimidos. Tenemos una esperanza: en su cruz hemos sido sanados y abrazados para que nada ni nadie nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento en el que estamos sufriendo la falta de afectos y encuentros, experimentando la falta de muchas cosas, escuchamos una vez más el anuncio que nos salva: “¡ha resucitado y vive a nuestro lado!” El Señor nos desafía desde su cruz para encontrar la vida que nos espera, mirar hacia quienes nos necesitan, fortalecer, reconocer y alentar la gracia que vive en nosotros. No apaguemos la llama moribunda, la cual nunca se enferma. Deja que la esperanza se reavive.

Abrazar la cruz significa encontrar el coraje para abrazar todas las contrariedades de la actualidad, abandonando por un momento nuestra ansiedad por la omnipotencia y por la posesión, para dar espacio a la creatividad que sólo el Espíritu es capaz de despertar. Significa encontrar el valor para abrir espacios donde todos puedan sentirse llamados y permitir nuevas formas de hospitalidad, fraternidad y solidaridad. En su cruz

fuimos salvados para dar la bienvenida a la esperanza y dejarla fortalecer y apoyar todas las medidas y formas posibles que pueden ayudarnos a mantenernos a salvo y seguros. Abracemos al Señor para abrazar la esperanza: aquí está la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

“¿Por qué tienen miedo? ¿Todavía no tienen fe?”. Queridos hermanos y hermanas, desde este lugar, que habla sobre la fe rocosa de Pedro, esta noche me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de Nuestra Señora, la salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, la bendición de Dios desciende sobre todos como un abrazo consolador: Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no tengamos miedo. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas Tú, Señor, no nos dejes a merced de la tormenta. Repite de nuevo: **“¡No tengan miedo!”. Y nosotros, junto con Pedro te diremos que “arrojamos toda preocupación en Ti, porque Tú nos cuidas.” (cfr. 1 Pedro 5,7).**

Roma, 27 de marzo de 2020.



Meditación #10

EL VALOR DE LO OLVIDADO

LOS

AN

CIAS

NOS

**un tesoro
inadvertido**



*Si se llevasen el miedo y nos
dejasen lo bailado
para enfrentar el presente,
si se llegase entrenado y con
ánimos suficientes,
y después de darlo todo,
—en justa correspondencia—,
todo estuviese pagado,
y el carné de jubilado
abriese todas las puertas,
quizá llegar a viejo sería más
llevadero,
más confortable, más duradero.*

*Si el ayer no se olvidase tan
deprisa,
si tuviesen más cuidado en dónde
pisan,
si se viviese entre amigos que, al
menos,
de vez en cuando pasasen una
pelota,
si el cansancio y la derrota
no supiesen tan amargo,
si fuesen poniendo luces en el
camino
a medida que el corazón se
acobarda,
y los ángeles de la guarda
diesen señales de vida,
quizá llegar a viejo sería más
razonable,
más apacible, más transitable.*

*Si la veteranía fuese un grado,
si no se llegase huérfano a este
trago,
si tuviese más ventajas y menos
inconvenientes,
si el alma se apasionase, el
cuerpo se alborotase
y las piernas respondiesen,
y del pedazo de cielo reservado
para cuando toque entregar el
equipo
repartiesen anticipos a los más
necesitados,
quizá llegar a viejo sería todo
un progreso, un buen remate, un
final con beso.*

*En lugar de amontonarlos en la
historia
convertidos en fantasmas con
memoria.
Si no estuviese tan oscuro a la
vuelta de la esquina,
O, simplemente, si todos
entendiésemos
que todos, todos llevamos un viejo
encima.»*

(Joan Manuel Serrat)

Durante siglos los ancianos fueron la riqueza de los pueblos, el tesoro de las sociedades. Los ancianos conocían historias y misterios, eran consejeros y jueces, poseían los secretos de la naturaleza o de la incipiente medicina. Eran valorados y apreciados en sus familias y aldeas y a los niños y jóvenes se les enseñaba a venerarlos y a sentarse a sus pies para aprender de su sabiduría. Las largas noches alrededor del fuego se pasaban escuchando de sus labios viejos relatos que hablaban de los orígenes, de aquello que nos une y nos convoca a todos como miembros de un pueblo y, aún más, de aquello otro que nos une en una misma suerte con la naturaleza y que nos vincula con ese Otro Absoluto que es Dios. Los ancianos eran belleza, eran amor de familia, eran ciencia y luz, eran experiencia de intensa fe, eran modelo para la juventud, eran lugar de peregrinación, pues valía la pena dejar otras cosas para visitar a un anciano, para aprovechar su resplandor antes de que se apagara, para recibir su amor antes de que se marchara, incluso, para disfrutar del sabor único que tenían sus relatos o sus comidas inolvidables. Y, entonces, llegó el final del siglo XX y los ancianos fueron arrinconados en la buhardilla del mundo, como reliquias superadas, como aparatos en desuso, como artículos descartados, como presencias que estorbaban.

Así surgió la época en la que lo políticamente correcto era ser joven, hablar como joven, mantenerse joven, tener hábitos de joven, vestirse como joven, halagar a los otros diciéndoles lo jóvenes que parecen, lo jóvenes que están, lo jóvenes que se mantienen. Productos para una piel joven, alimentos para

tonificar los músculos y endurecer los huesos y así prolongar la juventud, bebidas sanas para rejuvenecer las células, gimnasios para mantener joven el cuerpo, juegos con desafíos intelectuales para hacer que la mente permanezca joven, potajes para ocultar las líneas de expresión y sustancias inyectables para borrar el paso del tiempo y mantener una eterna jovialidad. ¡Ah! Y oportunidades de trabajo para los jóvenes y despidos para quienes ya no lo fueran. Y, así, el mundo separado en las cosas de todos, que son las de los jóvenes (empleos, empresas, centros comerciales, bares, discotecas, rumbaderos, comidas rápidas, centros de opinión, posturas agnósticas o ateas, librepensamiento, bienestar, intelectualidad) y las cosas de ellos, de los ancianos, con su pasado retrógrado y atrasado, con su música vieja, su moda vieja, sus gustos y conversaciones viejas, sus comidas de antes, sus relatos que ya no importan, sus conocimientos irrelevantes, y sus rezos, oraciones y devociones que tanto estorban. Además, para intentar olvidar que existe la ancianidad y que todos llevamos un viejo encima, se acuñó un inteligente eufemismo para hablar de los ancianos, sin llamarlos ancianos: adultos mayores. Y de esa forma, hasta en el lenguaje, los ancianos, ese inmenso tesoro, fue arrumado y llevado al lugar de los desechos.

Por esas paradojas e ironías de la vida, hoy, esta epidemia que atraviesa el mundo nos amenaza con dejarnos sin ancianos, y al darnos cuenta de esto, hemos tenido que tomar medidas para protegerlos y hemos confinado a los jóvenes en casa pidiéndoles, suplicándoles, que hagan por sus viejos, lo que los

viejos tantas veces hicieron por ellos: cuidarlos. Acaso esta crisis nos ha traído un inmenso regalo: redescubrir el valor de nuestros ancianos, ese tesoro que pasó tanto tiempo inadvertido mientras duró y funcionó la orgía de la eterna juventud.

¿Por qué los ancianos son un tesoro?

- **Los ancianos son sentido y valor de la vida.** Justamente por ser ancianos, los ancianos son el testimonio de unas vidas que no se dieron por vencidas en ningún momento. No es que no hayan tenido infancias difíciles, no es que no hayan sufrido en la juventud, no es que no hayan atravesado momentos terribles de pérdida, sacrificios o penas. Lo que sucede, es que, en vez de autocompadecerse y sentir lástima de sí mismos, y en vez de ponerse a hacerse cortes en los brazos y a desearse la muerte a los quince años, siguieron viviendo y mantuvieron valientemente la determinación de seguir hasta el final, cuando fuera el final, y no antes del final. Por eso, los ancianos, con su sola presencia, nos recuerdan que la vida es valiosa y que tiene sentido vivirla toda ella y no rehuir el desafío de asumirla por dura o difícil que ésta sea.
- **Los ancianos son sabiduría.** Es verdad, los libros, las academias y las universidades dan conocimientos y las redes ofrecen grandes cantidades de información; pero la sabiduría es otra cosa, otra cosa mucho más

importante y más trascendental. La sabiduría es saber vivir, saber trabajar, saber aprender, saber amar. La sabiduría es aprovechar todo lo sufrido, padecido y experimentado, para al fin saber de qué arrepentirse, qué no repetir, y, en cambio, qué hacer y cómo hacerlo. La sabiduría eleva la calidad de la vida humana, enaltece la convivencia, comprende el valor del poco tiempo del que disponemos y por eso, justamente por eso, deja de desperdiciar oportunidades y aprovecha el instante inefable que la vida nos da.

- **Los ancianos son generosidad.** Hubo un tiempo en que vivieron preocupados por sí mismos. También se desgastaron defendiendo su espacio, su tiempo, sus cosas, sus intereses, queriendo prevalecer sobre los otros, dando la pelea por la defensa de su ego. Pero los muchos años les hicieron entender la felicidad de hacer felices a los demás y, por eso, los ancianos son los que dejan la mejor parte para los otros, los que llevan al colegio a los niños en la mañana, los recogen en la tarde y los cuidan hasta llegada la noche, los que reclaman poco lo suyo, los que nos recuerdan que hay que ser caritativos con los otros, los que reparten sus herencias en vida, los que todos los días rezan por las necesidades de los demás.
- **Los ancianos son amor.** Ingenuamente creemos que tenemos todo el amor del mundo cuando somos jóvenes. Lo que llamamos “amor” en esas épocas, es, en verdad, un elegante egoísmo refinado detrás del cual

ocultamos nuestro deseo de poseer a otros, de lucrarnos de lo que los otros nos ofrecen, de alimentarnos de lo que los otros nos pueden dar, de disfrutar de los placeres arrancados a los otros sin demasiados escrúpulos y sin pagar ningún precio. Por haber vivido tanto, por haberse equivocado tanto y, por lo mismo, haber aprendido tanto, por haber perdido lo perdido y cargar con las ausencias de los ausentes, los ancianos han purificado sus amores y se han vuelto ellos mismos amor. Por ahí dicen que cometemos tantos errores con los hijos, que los nietos son la oportunidad que Dios nos da cuando somos ancianos para ahora sí amar de verdad.

- **Los ancianos son alegría.** La alegría de los ancianos no proviene de lo que digan de ellos en redes sociales, ni de agradar a sus pares ganándose su reconocimiento. De hecho, los ancianos ya no necesitan quedar bien con nadie. Su alegría no depende de comprar artículos, porque ya no compran, ni de adquirir ropa, pues ya tienen la que necesitan, ni de hacer viajes, pues ya viajaron lo que iban a viajar, ni de adquirir nuevos dispositivos, ya que éstos les resultan incomprensibles y excesivamente complicados. Su alegría es poder ir temprano a Misa, rezar acompañados el Rosario, tener a los nietos alrededor de la mesa, recibir una llamada de los hijos, tener la certeza de que todos están bien y saber que el muchacho más joven, el que andaba en malos pasos, está volviendo a Dios.

- **Los ancianos son fe.** Ellos ya no tienen su confianza puesta en sus fuerzas, porque ya no tienen fuerzas; saben que su salud es precaria, que hay más días atrás que delante, que cada momento que todavía disfrutan es un milagro, que moverse a pesar de los dolores es un regalo de la vida, que lograr dormir más de cuatro horas es un portento, que todo lo vivido fue un don de Dios, que ya nada depende de su genialidad, pues tienen cada vez más olvidos y más incongruencias. Y porque saben todo esto que saben, los ancianos confían en Dios y se apoyan en Él; y Él es su consuelo al amanecer y su compañía en las largas noches en vela, y su apoyo para intentar salvar a los que aman —sobre todo a esos hijos o nietos que no se quieren dejar salvar—, y el recuerdo constante que los acompaña durante el día, y el amigo íntimo al que le dicen en secreto que se dé prisa porque están cansados y quieren irse a estar con Él. ¡Ah! Y los ancianos son los que saben —porque lo saben— que con Dios la muerte no existe, pues ésta es simplemente el umbral de la Eternidad.
- **Los ancianos son resiliencia.** Vivieron violencias, sufrieron guerras, pasaron por encuentros y separaciones, perdieron padres y hermanos, incluso hijos, tuvieron ganancias y tuvieron carencias, padecieron enfermedades y momentos de angustia, y, sin embargo, han aguantado, han soportado, han permanecido hasta hoy. Los jóvenes, a pesar de su inteligencia y creatividad, no tienen la más mínima idea de lo que es

vivir en un mundo sin buenas noticias. En cambio, los ancianos, han vencido todas las malas noticias y han llegado con coraje y valentía hasta este momento que hoy todos compartimos. Ellos son la certeza no de que todo va a salir bien, sino de que con fe y esperanza, y estando unidos, seremos capaces de permanecer, pues de las cosas más bellas de la humanidad es su capacidad de aguantar las penas y superar los infortunios.

Es cierto que habrá algunos ancianos que no saben ser ancianos. Los años los dejaron tal vez llenos de amargura, resentimientos o rencores. Pero éstos son los menos, porque los más, esos que son un tesoro, iluminan con sus canas y sus arrugas nuestras vidas y nos muestran la belleza y el esplendor de la auténtica humanidad.

En la primera Iglesia los cristianos se reunían por las casas. Allí en las casas recordaban las enseñanzas del Señor y volvían a hacer aquel gesto precioso del pan partido y el cáliz entregado. Cuando ya no hubo apóstoles porque los años pasaron y los martirios llegaron, los presbíteros se hicieron cargo de las nacientes comunidades y las sostuvieron con sus palabras y sus ejemplos, incluso con su propia vida entregada. Se dedicaron al servicio de todos, y en las mañanas brillantes de los domingos repartían el Cuerpo de Cristo para sostener la fe de los creyentes. Como dije, se llamaban “presbíteros”, palabra griega que en nuestra lengua significa simplemente, “ancianos”. Sí, los ancianos, ese tesoro que un virus nos quiere quitar y que nosotros hemos de proteger.

“

**¡Qué bien sienta a las canas el
juicio
y a los ancianos la ciencia para
aconsejar!
¡Qué bien sienta a los ancianos la
sabiduría,
y el consejo y la prudencia de la
venerable ancianidad!
La experiencia es la corona de los
ancianos
y su motivo de orgullo, es que
aman al Señor.»**

(Eclesiástico 25, 4-6).



Meditación #11

**V DOMINGO
DE CUARESMA**

La resurrección

Y LA VIDA

“

**Había caído enfermo un tal
Lázaro, natural de Betania,
la aldea de María y su hermana
Marta.**

**Lázaro, el enfermo, era hermano
de ellas,**

**y por eso las hermanas le
mandaron un recado a Jesús:**

**— Señor, aquel que tú amas, está
enfermo.»**

(Juan 11, 1.3)

Hoy contemplamos el relato de la resurrección de Lázaro. Antes de entrar en el Libro de la Gloria —la narración de la Pasión y Muerte de Jesús—, Juan nos lleva a una hermosa escena en la que aparece la última gran señal que prefigura el triunfo de la Vida y advierte ya el costo de ese triunfo que es la entrega total de Jesús. No se trata de un milagro. No es la versión joánica de la resurrección del hijo de la viuda de Naín o de la hija de Jairo. Aquí la resurrección no es sólo volver a vivir, sino pasar al verdadero vivir que es el vivir de Dios, un vivir que es Resurrección y Vida, un vivir que es Jesús mismo.

La Resurrección de Lázaro es el séptimo y definitivo signo antes de la revelación plena de la Gloria total. Éstos son los signos o señales:

- El agua transformada en vino en las Bodas de Caná
- La curación del hijo del funcionario real
- La curación del paralítico de la piscina de Betesda
- La multiplicación de los panes y los peces
- El andar sobre las aguas
- La curación del ciego de nacimiento
- La resurrección de Lázaro

Todos estos signos o señales son actos de amor y misericordia (en favor de unos esposos a los que se les termina su fiesta de bodas, o de un niño enfermo y su padre angustiado, o de personas con hambre o de unos discípulos con miedo y

dificultad en el mar encrespado, o de un paralítico o de un ciego, o de un muerto y sus hermanas llenas de tristeza); pero, al mismo tiempo, son una manifestación y revelación de la gloria de Dios en Jesús. Justamente lo que suscita el rechazo de los judíos, es que lo absolutamente trascendente —lo divino— se haga trasparente en la inmanencia de Jesús. Los judíos conocen la gloria de Dios; pero no la reconocen en la humanidad de Jesús, pues esta humanidad les rompe todas sus categorías. La gloria de Dios se manifiesta fundamentalmente en realidades que exceden al hombre: la luz y la vida. Por eso, Juan relaciona continuamente a Jesús, sus palabras, sus gestos, sus señales, con la plena revelación de la Luz Divina y de la Vida Eterna en Él. En la escena de Lázaro, Jesús, quien entrega la plenitud de la Vida, habla de caminar durante el tiempo que dura la luz, que es Él. Así, Jesús es la luz verdadera del verdadero día y es la vida verdadera de la verdadera resurrección.

Miremos algunos elementos para contemplar la escena de la resurrección de Lázaro.

El contexto es el de un rechazo creciente hacia Jesús. El capítulo 10 ha terminado con un intento de retener a Jesús para matarlo y una huida de Él al otro lado del Jordán, en un lugar donde el Templo no tiene autoridad. El escándalo de los judíos ante la pretensión de Jesús de ser el lugar de la revelación y comunicación de la Divinidad, está llevando cada vez más a la determinación de matarlo. Paradójicamente, será su muerte la plena revelación y la plena comunicación de la Vida Divina.

Si bien los personajes de Juan tienen una clara misión teológica y acompañan la manifestación de lo divino en Jesús, eso no los convierte en personajes meramente literarios. No sólo en Juan, sino también en los Sinópticos, los relatos no pretenden únicamente contar una historia para que nos enteremos de ella, sino proclamar una experiencia de fe. Eso hace que los personajes no sólo sean protagonistas de bellas anécdotas, sino testigos de una revelación. Pues bien, Juan y Lucas nos comparten el nombre de dos hermanas que querían a Jesús: Marta y María. A ellas añade Juan un hermano querido por Jesús: Lázaro, cuyo nombre significa “aquel a quien Dios auxilia”.

La escena está marcada hondamente por la experiencia del amor. Ya Juan nos había hablado de lo tanto que Dios había amado al mundo al darnos su Hijo y luego nos revelará que no hay amor más grande que dar la vida por los amigos. En el centro de ese gran arco literario, la resurrección de Lázaro es ante todo una experiencia del inmenso amor de Jesucristo. Los signos del amor que el evangelista narra son muchos y muy conmovedores:

- “aquel a quien tú amas está enfermo” (11, 3): Juan usa para Lázaro los mismos términos que usa para designar al discípulo amado.
- “Jesús amaba a Marta, a su hermana María y a Lázaro” (11, 5): Juan deja en claro el amor de Jesús, aunque dicho amor parecería no corresponder con su tardanza para acudir.

- “nuestro amigo está dormido” (11, 11): Juan usa la misma palabra que utilizará en el capítulo 15 para referirse a la relación íntima de los discípulos con Jesús.
- Jesús llora y los judíos comentan: “¿cómo le amaba!” (11, 36): Juan nos muestra que el amor de Jesús por Lázaro no es sólo algo íntimo, sino algo manifiesto y notorio que se ve con evidencia.

De fondo están los dos grandes temas de la Luz (Jesús es la luz en la que se puede caminar sin tropezar) y de la Vida (Jesús es la Resurrección y la Vida). Estos dos grandes temas que acompañan este séptimo signo, esta séptima teofanía, se entretajan con la realidad de la fe en tres tipos de personas y la incredulidad y sus consecuencias.

- **La fe de los discípulos:** A las puertas de la Hora — el momento de la entrega total de Jesús por amor—, cuando dudarán y vacilarán, Jesús refuerza la fe de sus discípulos con un signo de su gloria. Él les revela que la enfermedad de Lázaro está puesta para manifestar la gloria de Dios y conocer la gloria del Hijo. La gloria de Dios es la comunicación de la Vida Divina y ésta se comunica a través de la entrega de Jesús, quien es el lugar donde se revela plenamente la gloria. Todo esto acontece en la escena de Lázaro. Jesús invita a sus discípulos a caminar con Él en la luz y ellos, a pesar del riesgo para sus vidas, le siguen mostrando un crecimiento de

- fe: “vayamos también nosotros a morir con Él” (11, 16).
- **La fe de Marta:** Marta toma la iniciativa y sale al encuentro de Jesús. En el diálogo con Jesús hay un bello crecimiento en su fe. Abrumada por la pena, el dolor y la ausencia (no sólo de su hermano, sino del mismo Jesús que no estuvo presente cuando Lázaro murió), Marta expresa su queja; pero con una hermosa apertura final a la confianza. Jesús la lleva a creer en la resurrección; pero ella se queda en las categorías judías de una resurrección del final de los tiempos. Jesús, entonces, le revela su gloria: “Yo Soy la Resurrección y la Vida”. Esto culmina en una profunda confesión de fe: “Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir a este mundo” (11, 27).
 - **La fe de María:** María no toma la iniciativa, sino que es llamada por Jesús. Juan nos muestra a María aún más abrumada y apenada que Marta por la pérdida y la ausencia, tanto que parece no poder salir de ellas y se queda detenida en el reclamo a Jesús. Sin embargo, María cae a los pies de Jesús, imagen que se prolongará en el capítulo 12, cuando habiéndolo entendido todo, quebrará el frasco de perfume y ungirá los pies de Jesús para la Hora de la entrega total.
 - **La incredulidad de las autoridades judías:** Aunque Juan hará referencia a los muchos que creen en Jesús debido a este signo de la resurrección de Lázaro, lo más dramático es que justamente la señal más clara y

radical de la gloria, deviene en la decisión del Sanedrín de matar a Jesús. Paradójicamente el Sumo Sacerdote termina reconociendo —profetizando—, que es Jesús quien con su muerte da vida a la nación y a la humanidad entera. Así, aun pretendiendo hacer daño, lo que hacen es dar cumplimiento a la voluntad del Padre de que el Hijo nos comunique la plenitud de la vida.

Como decíamos al principio, no se trata de una simple resurrección. Lázaro no es reanimado para luego morir. Lázaro pasa de la muerte a la vida, pues Cristo le comunica la nueva vida, la verdadera vida, la vida del Padre que Él y sólo Él tiene en plenitud. Hay tres elementos que vale la pena contemplar:

- Juan expresa con claridad la radicalidad de la muerte de Lázaro. Se trata de un muerto de cuatro días, totalmente muerto, que ya desciende al abismo según lo enseñado por el rabinismo de la época. La definitividad de la muerte se señala incluso con el dato de que ya huele mal. Se trata no sólo de la podredumbre de la muerte física, sino de la podredumbre y destrucción de humanidad que causa el Pecado y que da mal olor.
- A pesar de lo acostumbrados que estamos a la frase coloquial “levántate y anda”, Jesús no le dice eso a Lázaro. Jesús grita: “Lázaro, sal fuera” (11, 43) En el capítulo 10 Jesús había dicho que Él era la puerta por la que se puede salir. Pues bien, por Él, a través de Él que es la

puerta, Lázaro sale de la muerte y entra en la vida. Y esto lo hace llamado por un grito, un grito de Aquél que es la Palabra y que, al pronunciar el mandato, crea la vida en Lázaro. Aquí se cumple aquello que Jesús ya había anunciado que “había llegado la hora en que los muertos escucharían la voz del Hijo de Dios y al escucharla tendrían la vida” (cfr. Juan 5, 25).

- Aunque obviamente la resurrección es un signo del poder de Jesús que hace lo que le ve hacer al Padre, la resurrección de Lázaro no sólo es obra de su poder, sino, sobre todo, de su entrega. Jesús da su vida, para que Lázaro tenga vida. En Juan no hay narración de una oración en Getsemaní. La oración de entrega al Padre y las lágrimas, han sido trasladadas por Juan a esta escena de Lázaro y al capítulo 12 cuando Jesús se estremezca de nuevo y hable del grano de trigo que tiene que caer en la tierra y morir. Así las cosas, el versículo más corto de la Biblia, “Jesús lloró”, no hace referencia tanto al amor con el que Jesús amaba a Lázaro, sino al amor con el que por Lázaro y por todos nosotros entregó su propia vida, para que nosotros pudiéramos salir de la oscuridad de la muerte y pudiéramos pasar a la luz de la vida.

En este domingo de cuaresma, cuando afligidos por la epidemia sólo podemos participar de la Eucaristía a través de medios de comunicación, ofrezco esta reflexión sobre el texto

evangélico de hoy. Es una impresionante coincidencia que hoy el enfermo no sea Lázaro, sino el mundo entero, y que hayamos tenido que llamar con urgencia a Jesús para que venga pronto a sanarnos. Y que, al parecer, se tarde un poco en venir. Pero sabemos que cuando venga, entregará nuevamente su vida entera, para que nosotros salgamos de la oscuridad de la muerte y pasemos a la luz de la verdadera vida. En todo caso, enviémosle todos este recado:

— Señor, aquellos que Tú amas, están enfermos.



***Yo soy la Resurrección y la Vida:
el que tiene fe en mí,
aunque muera, vivirá;
y todo el que está vivo
y tiene fe en mí,
no morirá jamás.»***

(Juan 11, 25-26)

Meditación #12

Image by Shutterstock

Para acompañar a nuestros
ADOLESCENTES

“

... por incómodos que nos puedan parecer en ocasiones, esos preadolescentes y adolescentes nuestros nos necesitan y nos necesitan mucho, muchísimo. Es verdad que a veces da la impresión de que querrían que los dejáramos solos; pero, en verdad, necesitan que no los abandonemos a su suerte. Hay que acompañarlos.»

(Juan Jaime Escobar Sch.P.)

Estos días he recibido muchas consultas de padres de familia —sobre todo mamás—, que manifiestan su angustia e incluso desespero ante la realidad de sus adolescentes y preguntan qué hacer para manejar esta situación de creciente deterioro con ellos. No es que las cosas resulten fáciles con los niños, con sus juegos, su inquietud, su bullicio, su reclamo de entretenimiento, su dificultad para centrarse en la realización de tareas escolares virtuales. Pero la realidad con los preadolescentes y adolescentes tiende a ser más compleja: cambios de humor preocupantes, enojo continuado, ensimismamiento, rebeldía exacerbada, actitud de constante confrontación, posiciones desafiantes, desinterés por cosas que querríamos que consideraran con atención como oficios domésticos sencillos, cuidado de los hermanos pequeños, ternura con los ancianos, actividades intelectuales para mantener ocupada la mente. Lo cierto es que la preadolescencia y la adolescencia suponen por sí mismas un desafío para los mismos preadolescentes y adolescentes que tienen que vivir esas etapas de su vida, y para sus familias y, en general, para todos los adultos que tenemos la misión de acompañarlos. Los cambios físicos, corporales, emocionales, psicológicos, espirituales y demás que vienen con esas etapas, generan una conmoción existencial que afecta todas las dimensiones de la vida. Pero si a esto sumamos una cuarentena nacional, e incluso global, una pandemia para la cual no parece haber solución a corto plazo, un confinamiento cada uno en su casa con la única compañía de quienes habitan esa casa, y un mundo normal detenido casi

por completo, tenemos una alineación de factores que detonan una explosión interior en nuestros preadolescentes y adolescentes. Si nosotros, los adultos, no estábamos preparados para esto, ellos y ellas menos aún lo estaban. Y si para ellos y ellas ya era difícil vivir el desconcierto de su preadolescencia o adolescencia, tener que vivir este superdesconcierto adicional que nos ha tocado a todos, es algo casi insoportable. Es posible que por fuera estén dando pocas señales. Más allá de su enojo o rebeldía o respuestas altaneras o desafiantes, más allá de sus silencios o encierros u horas en el celular o en el computador o en el juego de video, no es fácil calcular qué les está sucediendo por dentro. Aunque los veamos grandes y empoderados por fuera, protegidos quizá por su mal genio o sus silencios o sus audífonos llenos de música, por dentro podrían estar derrumbándose. Algo quiero dejar claro: por incómodos que nos puedan parecer en ocasiones, esos preadolescentes y adolescentes nuestros nos necesitan y nos necesitan mucho, muchísimo. Es verdad que a veces da la impresión de que querrían que los dejáramos solos; pero, en verdad, necesitan que no los abandonemos a su suerte. Hay que acompañarlos.

Ojalá tuviera una receta perfecta para afrontar esta situación. No la hay. Primero, porque la preadolescencia y la adolescencia son de por sí una realidad compleja, y, sobre todo, porque el contexto actual es inédito y todo lo que estamos viviendo es nuevo. Quiero ofrecer hoy dos cosas: unas claves de lectura para poder comprender a nuestros preadolescentes y adolescentes y algunas recomendaciones prácticas para intentar realizar con ellos y ellas.

Para comprender a nuestros preadolescentes y adolescentes:

- Hay dos cosas que marcan la experiencia interior de los preadolescentes y adolescentes: el cambio en todos los aspectos de su vida y la inseguridad existencial que ello supone. Desde nosotros, desde los adultos, no siempre se percibe esto. A veces creemos que el cambio es sólo físico, que se vuelven grandes, se desarrollan y asumen un cuerpo de hombrecitos o mujercitas y nada más; pero creemos que, por dentro, siguen siendo los niños y niñas de siempre. Pero realmente están cambiando en todo, en sus sentimientos y emociones, en sus relaciones consigo mismos y con los demás, en sus creencias y valores, en su forma de pensar. Todos estos cambios les generan grandes incertidumbres e inseguridades: les cuesta creer en sí mismos, en el sentido y valor de sus vidas, en que son bellos y valiosos, en que son inteligentes y capaces, en que no son una decepción para sus seres queridos, en que son amados y, peor aún, en que son dignos de ser amados. Como ya han sufrido en las relaciones con otros, les cuesta confiar, les cuesta aceptar a sus familiares, perdonar las fallas de los más cercanos y tienen miedo de ser traicionados o abandonados. Inseguros como están de tantas cosas, van perdiendo la fe que de niños tenían y empiezan a pensar que no existe un Dios que los bendiga o salve, pues, al fin y al cabo, si lo hubiera no los habría dejado sufrir.

- El cambio y la inseguridad los llevan a buscar afirmarse de alguna forma. De una parte, la autoafirmación personal es un proceso normal de la etapa que viven, pues mientras el niño es más una prolongación de sus padres y adultos educadores, los preadolescentes y adolescentes intentan definirse a sí mismos en los diversos aspectos de su vida. Por eso, se esfuerzan por creer en sus propios sentimientos, y por tener sus propios gustos e intereses, por forjar una nueva imagen de sí mismos —incluso en el aspecto físico y corporal—, por definir sus propios valores y creencias, y por desarrollar su propia manera de pensar, por enrevesada que ésta parezca a los adultos. De otra parte, la autoafirmación que pretenden y que no resulta fácil, sino desafiante, los lleva a sentir frustración, temor y ansiedad, los hace sentirse vulnerables delante de sus pares y especialmente delante de sus adultos, y eso los pone a la defensiva, lo cual exagera los estados de ánimo, particularmente el enojo, la rebeldía, la oposición y la impertinencia. El mal genio es, de hecho, un mecanismo que les sirve para manejar unas realidades que los hacen sentir desbordados y, por ende, atemorizados.
- A lo anterior sumemos que los preadolescentes y adolescentes tienen una baja tolerancia a la frustración. Una crítica de sus pares los puede deshacer, una frase desafortunada en redes sociales los deprime, un amigo o amiga que les da la espalda puede ser el fin del mun-

do, las tensiones al interior de la familia les resultan insoportables, el objeto de deseo que no obtienen los frustra, el fracaso los avergüenza, lo que falla los hace sentir derrotados y no suelen sentir demasiadas fuerzas para levantarse de las derrotas. Los adultos hemos tenido que aprender a sobrellevar pérdidas, a enfrentar el hecho de que había cosas que deseábamos y la vida nos negó, a seguir adelante a pesar de los temores. Esas lecciones de vida, son realidades que apenas están empezando a aprender por ensayo y error nuestros preadolescentes y adolescentes.

- Hay tres cosas —al menos— que favorecen la resiliencia en la vida: tener un propósito claro, tener unas relaciones afectivas profundas y tener una espiritualidad bien constituida. La vida no es fácil y está llena de penas y sufrimientos. Si se tienen las tres cosas antedichas, no se quita la dureza y el dolor de la vida, pero se puede contar con la capacidad para superar las pruebas. Un propósito claro permite sobreponerse a los sufrimientos, levantarse y seguir adelante, pues se tiene una bella misión proveedora de sentido existencial. Unas relaciones afectivas profundas, conceden la íntima conciencia de vivir para los demás, de vivir para proteger a los seres queridos, para ayudarlos, para salvarlos, para hacer todo lo que sea necesario por su bien. Una espiritualidad intensa provee un soporte trascendente, una fuerza adicional a la humana que permite

creer en milagros, en lo imposible, en la presencia de un Amor Mayor, en la certeza de una luz que no se apaga. Pues bien, estas tres cosas suelen ser difusas y a veces inexistentes en los preadolescentes y adolescentes. No sienten con claridad que tienen un propósito ni una misión, no viven las relaciones —sobre todo las relaciones familiares— como una pertenencia en la cual ellos y ellas son importantes y absolutamente necesarios para dar felicidad a los demás (de hecho, suelen creer que la familia estaría mejor sin ellos), y su experiencia espiritual es muy frágil si es que la hay. Lo anterior exagera el sentimiento de inseguridad y vulnerabilidad ante la vida y desencadena estados de ánimo negativos.

- A lo anterior hay que sumar una realidad absolutamente nueva para ellos y ellas —y para todos— que estamos viviendo hoy. Su mundo normal se ha desbaratado. No hay parque, no hay centro comercial, no hay deportes, no hay cines, no hay rumbas, no hay novio ni novia, no hay amigos ni amigas, no hay compañeros ni compañeras, no hay entrenamientos, no hay salidas, no hay colegio, no hay esquina, no hay calle, no hay partido de fútbol en la cuadra, no lo hay tampoco en la televisión. Los adultos no tienen respuestas, ven el miedo en los rostros de sus padres, ven el desconcierto de los líderes mundiales, ven los países adivinando qué hacer ante la crisis. No hay fecha para que esto termi-

ne, no hay un día para volver a la normalidad. Y tienen miedo y angustia y ansiedad adicionales a sus miedos y angustias y ansiedades. Se pueden llegar a sentir perdidos y solos, muy solos.

Es verdad que lo antes descrito lo podemos estar viviendo todos nosotros; pero los adultos tenemos la ventaja de sentir la obligación de ser fuertes y seguir adelante tragando entero nuestros temores. Y los niños, aunque también tienen miedo e incertidumbre, suelen ser fuertes espiritualmente y su amor hacia nosotros les permite creer que “todo estará bien” cuando se los decimos. A los preadolescentes y adolescentes les ha tocado una hora mucho más dura. ¿Cómo acompañarlos?

- **Lo primero:** comprender lo que viven, entenderlos. Hay que ponerse en su lugar e intentar ver la vida con los ojos atemorizados y desconcertados de un muchacho o muchacha de doce, trece, catorce, quince, dieciséis años. No les consta que todos los problemas se superan. No tienen experiencia en el afrontamiento de grandes crisis. No son expertos en el manejo de los sentimientos en épocas de gran angustia. Si los entendemos, nos daremos cuenta que detrás de sus reacciones difíciles de aceptar, habitan nuestros hijos e hijas necesitados de apoyo, de amor, de fe.
- **Lo segundo:** no personalizar las situaciones. Por agresivos que puedan ser en sus gestos o palabras, no asu-

mir que es contra nosotros, ni considerar que ya no nos quieren, ni siquiera que desean hacernos daño o que nos desprecian u odian (aunque a veces digan eso). Si personalizamos las cosas, nosotros también nos pondremos a la defensiva o, peor aún, asumiremos posturas agresivas queriendo causar en ellos algo del daño que ellos nos han causado a nosotros.

- **Lo tercero:** corregirlos y llamarles la atención y ponerles límites y normas; pero jamás usar el verbo SER para regañarlos. El verbo SER genera carácter. En el fondo, el verbo SER crea lo que dice. Nada más demolidor en la autoestima de los preadolescentes y adolescentes que decirles cosas negativas con el verbo SER: “eres lo peor, eres el problema de esta casa, eres grosero, eres perezosa, eres un error, eres una decepción”.
- **Lo cuarto:** caer en la cuenta de que los preadolescentes y adolescentes reciben la información tal y como se las damos, sin filtrarla, sin distinguir qué decimos realmente de corazón y qué decimos como resultado de nuestra molestia o enojo. Cuando en medio de una discusión hacemos afirmaciones duras y decimos frases agresivas hacia ellos y ellas, las toman tal cual las decimos, sin discernir que una buena parte de lo que dijimos no era verdad, sino simplemente un desahogo o algo que se dice en un momento de enojo, angustia o ansiedad.

- **Lo quinto:** no creer que pueden cargar con nuestras penas, temores y agobios. Por una transparencia mal entendida, los adultos de hoy solemos decir a nuestros niños y adolescentes todo lo que sentimos tal y como lo sentimos, creyendo que ellos pueden soportar el peso de nuestros rencores, frustraciones, fracasos, crisis, sufrimientos y miedos. Ya tienen suficiente con lo que ellos y ellas sufren como para tener que cargar, además, con lo que cargamos nosotros.
- **Lo sexto:** procurar construir en ellos y ellas la experiencia de las tres cosas que ayudan a la resiliencia. Por tanto, ayudarlos a encontrar un propósito hermoso, alto, valioso y digno para sus vidas y enseñarles a ver ahí el sentido de la existencia; mostrarles que son esenciales en la vida familiar, que su presencia es imprescindible, que son deseados y deseables y que tienen una misión con relación a los demás miembros del núcleo familiar como acompañantes, protectores y dispensadores de amor; y ayudarlos a descubrir una experiencia espiritual que les sirva de apoyo y fundamento, sobre todo, ante las grandes crisis de la vida.
- **Por último, tres grandes actitudes:**
 - Paciencia, mucha paciencia, sin jamás desfallecer.
 - Fe, mucha fe en ellos y ellas, en lo valiosos y bellos que son, a pesar de sus defectos e imperfecciones.

- Y un infinito e imperecedero amor. Que entiendan que todo puede fallar en este mundo, que todo puede detenerse y echarse a perder; pero que jamás, nunca jamás, desaparecerá el amor que por ellos y ellas tenemos.

Todos están en mi corazón. Llevo dentro de mí a esos abuelos y abuelas que están más amenazados que los demás por esta epidemia. Pienso todos los días en los padres y madres que viven esta hora con incertidumbre y temor, esperando poder sacar adelante a sus familias. Me imagino a los pobres niños y niñas encerrados en sus casas, llenos de energía, sin acabar de comprender qué fue lo que le pasó al mundo que un día tuvieron. Y pienso en mis hermosos preadolescentes y adolescentes temblando por dentro y haciéndose los fuertes por fuera, aguardando que algún día cesen las malas noticias y digan, al fin, cuándo volverá la calle, la esquina, la cancha, el parque, el colegio, los amigos y el beso al novio o a la novia, ese beso que todavía habrá que esperar semanas enteras. Mientras tanto, yo los llevo en mi alma y rezo todos los días por todos ustedes.

Meditación #13



Aprender de los
tiempos de

CRISIS

**“ Siempre hay
mil soles
en el reverso de
las nubes”.**

(Proverbio hindú)

Han ido avanzando estos difíciles días que estamos compartiendo. Si bien aún tenemos el don de la vida y el inmenso privilegio de poder estar en compañía de seres queridos, lo cierto es que este tiempo está resultando muy duro para todos. No sólo por el virus suelto como un asesino silencioso o por la temida penuria económica, sino especialmente por la incertidumbre, temor y zozobra en los corazones.

No estamos en una época fácil. Y no porque los astros no nos favorezcan o porque estemos al comienzo de una pandemia. No lo es, porque la vida nunca es fácil, porque la existencia humana siempre es la lucha contra realidades que nos superan y porque la historia es siempre un desafío. Cada vez que los seres humanos nos tenemos que enfrentar contra realidades adversas, cada vez que tenemos que luchar contra obstáculos aparentemente insalvables, cada vez que nos toca vivir en tiempos de crisis, se pone en juego nuestra grandeza, y la capacidad que tenemos de alcanzar lo imposible. Por todo lo anterior, desearía hacer algunas reflexiones para estos tiempos difíciles que estamos viviendo.

Contrario a lo que tal vez ocurría en otras épocas, esta crisis actual no es una crisis externa a nosotros; no podemos decir que es algo que sucede en una lejana montaña, en zonas apartadas del país o en las casas de los demás. Si algo caracteriza esta crisis, es que nos está golpeando a todos, que está afectando a las personas, las instituciones, las empresas, a las familias de una forma tan radical, que casi nadie puede decir que no está aporreado de alguna manera por la crisis.

Pero ¿cómo nos golpea la crisis a nosotros? Aún sabiendo que cada persona, cada institución y cada familia son casos diferentes, es posible hacer una semblanza de la forma como en general nos está afectando la crisis actual y de la manera como está modificando nuestro vivir.

Sin pretender ser exhaustivo, diría que la crisis nos podría estar dejando, al menos, las siguientes consecuencias:

- **Estados de angustia y tristeza:** La crisis está golpeando las columnas mismas de nuestra vida, los fundamentos de nuestro arraigo existencial. De hecho, el dolor y el sufrimiento siempre han sido para el ser humano situaciones-límite en las cuales se descubre a sí mismo interpelado por la vida y exigido a buscar razones de existencia más profundas. Cuando todo sonríe, cuando todo sale tal y como lo planeamos, cuando no nos falta nada de lo que necesitamos, cuando la gente que amamos está estupendamente y no tiene ningún sufrimiento, es fácil sentir que la vida está justificada, que cada día de la existencia vale la pena y que hay suficiente energía para comenzar cada mañana una nueva labor. Pero cuando las cosas salen mal, cuando el dinero no alcanza, cuando lo que teníamos ahorrado se va acabando y el empleo no llega, cuando las noticias de cada día están llenas de incertidumbre, surge entonces la tristeza como estado del alma, una tristeza que va socavando los fundamentos mismos de la existencia

y nos va despojando del deseo de vivir la vida. En el precioso libro «La Historia Interminable» de Michael Ende, se habla del momento en el que Atreyu, el valiente niño-guerrero, debe atravesar con su caballo el pantano de la tristeza para salvar la tierra de Fantasía. Allí, en aquel pantano, Ártax, el hermoso corcel de Atreyu, se va hundiendo lentamente en la tristeza, mientras el niño intenta desesperadamente regalarle una última alegría con el deseo de salvarle la vida. Pero no puede, no puede porque la tristeza es demasiado honda, no puede porque la tristeza despoja de todos los deseos bellos, porque la tristeza postra, porque en la tristeza Ártax se hunde y ya nunca regresa. En ese mismo pantano nos podríamos estar hundiendo hoy. Esta crisis se ha vuelto causa de estados de angustia y depresión en los cuales se van sumiendo familias enteras. Sintiendo lástima de nosotros mismos, percibiendo cerradas las puertas del futuro, nos abandonamos a nuestros lamentos, a nuestras quejas, a nuestros pesares y como Ártax, inevitablemente nos hundimos en el pantano de la tristeza. Algo inquietante de la realidad actual es el creciente número de casos de niños y jóvenes con depresión severa, con tendencias suicidas y con la incapacidad de percibir el sentido profundo de sus vidas. Y si a esto sumamos las ocasiones en las cuales nos lamentamos de nuestra existencia y la pereza para todo y la «mamera» para todo, entonces comprenderemos

cómo esta crisis se nos ha vuelto angustia, angustia atmosférica, angustia pantano, angustia tristeza en la que nos estamos hundiendo.

- **Pesimismo:** La angustia se suele convertir en pesimismo. Abrimos las páginas de los periódicos y de las revistas de circulación nacional, escuchamos las noticias en la radio o las vemos en televisión, y nos sumimos en un pesimismo creciente, en un sentimiento atrozante que nos hace creer que no existe salida ni respuesta pronta ni eficaz para la realidad que estamos viviendo. Ya no creemos que mañana vendrá un día mejor, ya no creemos que nuestros problemas tendrán solución prontamente. Y, para colmo, gran parte de nuestro pesimismo y de nuestra visión gris de la vida, la experimentamos delante de nuestros niños y jóvenes, transmitiéndoles prematuramente el síndrome de la preocupación, la queja, el lamento, el lloro, el desconsuelo y el gemido.
- **Agresividad creciente y estados de tensión:** Pero la crisis no sólo nos trae tristeza y pesimismo, también tiende a dañarnos el genio. Cuando no tenemos el control de las circunstancias, solemos violentarnos proporcionalmente a la angustia que tenemos. Así pues, a más angustia y menos control, más tendencia a la agresividad, más tensión y mayor capacidad de enfadarnos con los demás. Hay muchas familias que hoy viven situaciones de conflicto porque —debido a las

dificultades económicas o a la pérdida del empleo o a las muchas deudas o a la zozobra permanente—, la pérdida del control de las circunstancias lleva a que las personas que comparten un techo, también compartan la angustia y por ende, compartan la agresión. Padres molestos con sus hijos, hijos que no se aguantan a sus padres, esposos ofendidos entre sí, hijos que exigen y exigen sin entender que no hay con qué atender sus demandas, y padres que intentan dar y dar sin poder más, son algunas de las realidades conflictivas de nuestras familias. Una de las consecuencias más lamentables de la crisis, es que puede hacernos creer que podemos tratar a los demás como nos apetezca, como nos sale de nuestros impulsos y emociones más primarios, pues como estamos muy angustiados por la crisis, eso, según la lógica que manejamos, legitima nuestra agresividad y nuestra grosería. Empero, tal disposición a la agresividad, sólo nos daña más, sólo logra enemistar a quienes tendríamos que estar unidos y sólo consigue hacer más profunda la crisis.

- **Flexibilidad moral:** Una de las consecuencias más lamentables de la crisis, podría ser la permisividad moral. Podríamos tener la impresión de que sólo cuando todo está en orden y marcha bien, tenemos la obligación de vivir una ética auténtica. En cambio, si todo es difícil y si ni la existencia ni el trabajo ni el dinero ni el bienestar son seguros, podría parecer que estamos

dispensados de ser rectos, pudiendo, entonces, abandonar la moralidad sin remordimiento. Ciertamente que hemos visto bellos ejemplos de solidaridad y ayuda y servicio; pero también hemos visto noticias falsas por cantidades, cadenas de engaños y estafas, gente que sale a la calle sin pudor y que irrespetea a las autoridades, intentos de saqueos, y eso sin contar que estos días deben estar siendo de un gran tráfico en las webs de pornografía e inmoralidad sexual.

- **Vacío espiritual:** Lo cierto es que la crisis tiene una última y más profunda consecuencia: la del inmenso vacío interior. Ante esta crisis que vivimos, intentamos llenar nuestros corazones con las algarrobas que nos ofrece el mundo. Creemos que será un placer efímero, una patética posesión, un simple bien material, una serie de televisión, un juego de video, un chat lo que nos reconfortará. Estamos viviendo una crisis tan aguda, que ingenuamente creemos que la felicidad nos llegará cuando la enfermedad se marche, cuando las dificultades económicas se disipen, cuando podamos volver a poseer lo que anhelábamos. Sin embargo, la grandeza del ser humano sigue siendo un problema de interioridad, una cuestión de lo de adentro de las personas. Esta crisis nos ha golpeado en un momento en el cual la humanidad estaba más pobre, más vacía y más despojada espiritualmente.

La palabra «crisis» viene del griego «krinein» que significa «juzgar». La crisis no es necesariamente algo negativo, es también una oportunidad que nos da la vida para tomar distancia de la realidad que vivimos y juzgar (en sentido cristiano diríamos «discernir») lo que debemos hacer. En este orden de ideas, la situación que vivimos actualmente no puede ser sólo un mal momento que nos lleve a quejarnos de forma lastimera, mientras esperamos que del cielo nos llegue la solución a los problemas, sino una invitación que nos hace la vida a sobreponernos a la adversidad, a superarnos a nosotros mismos y a transformar las circunstancias. La crisis no es para postrarnos. La crisis es para colocarnos en condiciones de juzgar cuál debe ser nuestro comportamiento y discernir lo que tenemos que hacer para salvar el hermoso mundo que Dios nos regaló. Por eso, esta crisis debe ser también un momento para aprender, un momento en el que crezcamos humanamente y ayudemos a nuestros niños y jóvenes a crecer.

¿Qué hacer para educar en la crisis?

- **El valor de la sencillez:** Dicen que el rico no es el que más tiene, sino el que menos desea. De Diógenes se decía que al volver al barril en el cual vivía, después de haber pasado por el mercado, lo hacía lleno de felicidad, porque se daba cuenta de todo lo que no necesitaba para vivir. Y de Francisco de Asís se dice que la clave de su dicha era que «deseaba poco y que lo poco

que deseaba, lo deseaba poco». Este mundo capitalista y consumista en el que vivimos nos ha alejado cada vez más de la posibilidad de ser realmente felices. La sociedad de consumo nos convenció de que necesitábamos un montón de cosas para ser dichosos. Viajes, electrodomésticos, comodidades, placeres, rumbas, modas, marcas, una cantidad inmensa de realidades que se supone que eran necesarias para poder ser familias dichosas. La crisis es una oportunidad maravillosa para aprender que la verdadera felicidad no se encuentra en ese tipo de bienestar que nos vendían como lo fundamental. Muchas familias del pasado tenían mucho menos que las familias actuales, y sin embargo se amaban y se sentían dichosas. Yo recuerdo una hermosa familia en la cual el regalo más lindo que mi papá me daba todos los días, era el de su corazón, porque no tenía nada más para darme. Esta crisis es una oportunidad maravillosa para volver a lo esencial, para dejar de buscar la felicidad en los falsos valores y para regresar a la grandeza y la dignidad de la vida sencilla.

- **El Amor en familia:** Un cuento de Tony de Mello relata que un esposo le dijo a su esposa: «Amor, me pondré a trabajar duro y algún día seremos ricos.» Y añade que ella le respondió: «Ya somos ricos, mi vida, pues nos tenemos el uno al otro.» Es cierto que la crisis es profundamente incómoda, que para muchas familias está suponiendo un encierro en su propia residencia, un

cambio de hábitos cotidianos, una incertidumbre ante el mañana. Es verdad que no pocas familias temen descender en la escala social y perder el trabajo, la casa, el automóvil, los lujos. Pero a pesar de todo, esta crisis incómoda y molesta, es también una oportunidad de que las familias se reúnan alrededor de lo verdaderamente importante, su amor y su unidad familiar. Cuando los bienes materiales ya no son la seguridad de nuestras casas y ya no nos generan la ficción de ser felices, no nos queda más remedio que amarnos por lo que somos, que unirnos por el valor de ser lo que somos y de ser dichosos por ver la grandeza que somos. Si bien la crisis nos puede desunir, nos puede hundir en la tristeza o nos puede volver agresivos, también nos puede dar la ocasión para unirnos aún más, para sostenernos los unos a los otros, para apoyarnos mutuamente, para amarnos de tal manera que no nos dejemos ni hundir ni quebrar. Los momentos difíciles son fecundos, porque en ellos las personas sacan fuerzas de su interior más interior y nos revelan su grandeza espiritual. Si aprovechamos esta crisis para trabajar con las familias de forma que aprendan a estar más unidas, a ser más amantes, a apegarse más a sus hijos como si fueran ellos un tesoro, a adherirse más íntimamente a los padres como si fueran ellos la mayor riqueza, la crisis nos dejará la mejor herencia, aquella que no se pueden robar los ladrones ni puede roer la polilla.

- **La Esperanza:** No podemos hundirnos en el pesimismo. San José de Calasanz, creador de la escuela popular primaria en Europa, decía que «no hay herida tan grande que no tenga alguna vez cura», y lo decía cuando toda su obra estaba destruida por la maldad humana y una vida entera de entrega y sacrificios por los niños pobres parecía estar dirigida al más grande fracaso. Tenemos que tener esperanza y la esperanza —como dice San Pablo—, es esperanza de lo que no se ve, porque si se ve ya no es esperanza. Esta crisis tiene que tener salida, esta crisis no es para siempre y, sobre todo, esta crisis nos puede dejar, a pesar de todo, realidades positivas. El pesimismo lo único que consigue es hacernos más doloroso lo que ya es doloroso y más empinado el camino que ya es cuesta arriba. Pueden morir muchas cosas, pero no se nos puede morir la esperanza. Si algo nos enseña la historia de la humanidad es que, después de las más grandes catástrofes, los seres humanos nos hemos sobrepuesto a las circunstancias y hemos sido aún más fuertes y más sabios y más bellos, porque nos hemos apoyado en el principio-esperanza. Todo está por delante. El futuro no está determinado por un sino trágico. La historia es lo que nosotros construyamos. Y los pueblos más nobles se han forjado recuperándose de las más gigantescas heridas. Esta es nuestra hora, es la hora de la grandeza de la humanidad. Donde todos se lamentan, es el tiempo y el momento de enarbolar nuestra esperanza.

- **La Alegría:** Hay que recuperar el sentido del humor. Mientras la tristeza y la depresión sean la forma de asumir la vida, no tendremos salida, pues la tristeza hace que los obstáculos sean más formidables y que las dificultades resulten insalvables. Un proverbio japonés dice que «si te angustias, las cosas son como son; en cambio, si no te angustias, las cosas son como son». La realidad no cambia por el nivel de nuestra tristeza ni se hace menos atrozante por la magnitud de nuestra angustia. Tristeza y angustia sólo logran mostrarnos más amenazadora la realidad que ya es amenazadora. La realidad es la realidad y la crisis es la crisis; pero la risa, la alegría y el buen humor, nos pueden dar la fortaleza para vivir esa realidad y esa crisis. ¡Cómo se ilumina maravillosamente un rostro que sonrío! Y no cambian los rasgos, ni la nariz se vuelve más perfecta, ni las orejas se hacen más bellas, ni la dentadura se endereza; es simplemente que la sonrisa vuelve luminosa a toda la persona. Ciertamente que estamos viviendo una crisis muy grave y que todo hace suponer que tenemos derecho a estar tristes y de mal genio. Pero hagamos todo lo contrario. Ofrezcamos nuestro buen humor a los demás, sonriamos —que la sonrisa afortunadamente todavía es gratis y no paga IVA—, desdramaticemos lo que creemos gravísimo, pidamos favores con dulzura en los labios, y procuremos colocar un poco de alegría en todas partes, con la ilusión de que «el que

ría de último, reirá mejor». Después vendrá la verdadera alegría, esa que no depende de que no exista el sufrimiento, sino de no habernos dejado hundir por las penas.

- **La verdadera Adultez:** En los últimos años ha venido sucediendo una preocupante descomposición de los adultos en cuanto adultos. Es cada vez más usual ver y oír a los adultos teniendo comportamientos, actitudes y lenguajes más propios de la adolescencia que de la adultez. Independientemente de lo que esto supone de miedo a aceptar la realidad, de temor ante lo que significa crecer, madurar, asumir opciones definitivas, lo cierto es que la desaparición de los adultos en cuanto adultos, está dejando cada vez más solos a los niños y a los jóvenes, pues en la práctica están rodeados de adolescentes de treinta o cuarenta años, pero adolescentes frágiles también. Sin negar la realidad de nuestras propias crisis personales, sin decir que sea fácil encontrarnos y aceptarnos a nosotros mismos, sí es necesario afirmar que uno de los servicios más importantes que prestamos a los niños y jóvenes es el de nuestra adultez. Los niños y los jóvenes necesitan a su lado la presencia de adultos significativos que les ayuden a construir la vida, que los acompañen con su humanidad sólida, que les ofrezcan un amor sin intermitencias, que les den el testimonio de sus valores, virtudes y creencias, que forjen en ellos el criterio moral,

que establezcan los límites necesarios para que aprendan a vivir la existencia respetándose a sí mismos, a los demás y a la naturaleza, que les sostengan en los momentos difíciles y que siembren en ellos aspiraciones utópicas positivas.

- **La grandeza Moral y la grandeza de Espíritu:** Un ser humano no es lo que tiene; un ser humano es lo que es. Y un ser humano es su Moral y su Espiritualidad. Todo lo demás se pierde, se va con los años, se añeja, se envejece, se deteriora, se olvida, se enferma. Pero lo que crece y crece en hondura y en profundidad en un ser humano es su ética y su espíritu. No por nada las culturas antiguas hicieron de los ancianos un lugar de crecimiento, unos maestros de humanidad. Cuando la belleza fugaz, los bienes materiales, los conocimientos intelectuales se han deteriorado, lo que queda es la grandeza moral y espiritual de un ser humano, y eso es lo que se lee en el corazón de un abuelo, como en las páginas del más bello libro. Claro que estamos en crisis y que la crisis nos hace sentir acorralados y que sintiéndonos así, sentimos también la tentación de romper nuestros principios morales para facilitarnos de algún modo la vida. Claro que estamos en crisis y que esta crisis nos hace pensar que estamos más solos y más abandonados por Dios y que sintiendo así, quisiéramos rendirnos a falsas divinidades que nos prometen un pequeño consuelo. Pero también es claro que

más grande que la tentación, debe ser nuestra fidelidad a nosotros mismos, nuestro deseo de enaltecernos como seres humanos. En esta hora, cuando el dolor y las dificultades golpean nuestras vidas y las vidas de los niños y jóvenes, ellos necesitan ver a sus adultos enseñándoles a ser aún más rectos y aún más honorables y aún más dignos y aún más nobles y aún más sinceros y aún más limpios y aún más santos.

- **La Fe:** Por último, hay que tener fe, una fe al menos del tamaño de un granito de mostaza —como dice el Evangelio. Hay que tener fe. Fe en los jóvenes, fe en nuestros muchachos. Yo sé que son difíciles, que a veces nos parecen rebeldes, llevados de su parecer, y que en ocasiones los mata la pereza y la «mamera»; pero ellos son nuestra mejor oportunidad para el futuro. Si los educamos con amor, si no los abandonamos a su propia suerte, si les ofrecemos valores morales y espirituales, si creemos en ellos, ellos harán una nueva y mejor historia. Hay que tener fe. Fe en nuestra hermosa Patria, fe en Colombia, fe en el país más bello del mundo y fe en la gente más buena del planeta. Hay que tener fe porque sin fe nos hundimos, porque esta Patria liberada por nuestros héroes no puede ahora darse por vencida. Tal vez nos toque a nosotros ser los lanceros del siglo XXI, los lanceros valientes que ya no triunfen en el Pantano de Vargas, sino en el pantano de la tristeza y del pesimismo. Hay que creer en nuestra Patria, por-

que estas estirpes condenadas a tantos años de soledad, algún día —nosotros deberíamos garantizarlo—, tendrán que tener una segunda oportunidad sobre la tierra. Hay que tener fe. Fe en la humanidad, fe en que lo único global no es la pandemia, sino también la inteligencia y la creatividad y la ciencia y la voluntad para hallar soluciones y posibilidades. Hay que tener fe. Fe en Dios, en un Dios que no nos puede hacer la vida ni nos puede sobrellevar la existencia ni nos puede arreglar la historia —porque esas son nuestras responsabilidades—; pero en un Dios Padre de todos, amoroso con todos, misericordioso con todos, que nunca nos abandona, que es nuestra fuerza en la tribulación y nuestro consuelo en la tristeza. Sí, hay que tener fe, porque la fe no defrauda, porque la fe no nos falla y porque con fe podremos incluso mover montañas.

Es verdad que estamos en crisis.

Es verdad que vivimos un tiempo de nubarrones.

Pero también es verdad que está en nuestras manos la posibilidad de que esta misma crisis sea nuestro mejor momento en la historia.

En el reverso de las nubes, alumbran mil soles de esperanza.

Que todos seamos esos soles brillantes que alumbren la esperanza y el sueño de un nuevo amanecer. Y que en todos nosotros alumbre la luz de Dios como testimonio alegre y cierto de que en la hora más oscura, brilla más la luz de una fe que nunca defrauda y que nos adelanta el amanecer.

“ *¿Pretendes ser dichoso?
Pues bien: sé como el agua;
viste, cantando, el traje de que el
Señor te viste,
y no estés triste nunca,
porque es pecado la tristeza.»*

(Amado Nervo)

ACERCA DE UN
4 DE
ABRIL

Meditación #14

**“ Siempre hay
mil soles
en el reverso de
las nubes”.**

(Proverbio hindú)

A las cuatro de la tarde del 4 de abril de 1987 sucedió lo más maravilloso que me ha sucedido en mi vida. Era algo que yo aguardaba desde que era un niño, algo que soñé con estilo calasancio desde que escuché contar la historia de ese sacerdote que se entregó por completo a la niñez educándola en Piedad y Letras, algo que marcó las decisiones del adolescente que fui y que creía —creo que aún lo creo— que de esa forma ayudaría a cambiar el mundo, algo que se mantuvo encendido como un fuego ardiente a lo largo de los difícilísimos años de formación, algo que desde entonces ha sido la definición de lo único que he querido ser, de lo único que realmente soy, de lo único que espero seguir siendo. A las cuatro de la tarde del sábado 4 de abril de 1987, en la Parroquia de San José de Calasanz de la ciudad de Medellín, en la víspera del 5º Domingo de Cuaresma, por imposición de manos de Mons. Abraham Escudero, Dios me hizo sacerdote suyo, sacerdote de Cristo —único y verdadero amor—, sacerdote para los niños y jóvenes, sacerdote para anunciar esperanzas, para repartir alegrías, para bendecir a la gente una y otra y otra vez hasta llenar el mundo de bendiciones; sacerdote para ofrecer el perdón gratuito y el pan que realmente calma el hambre de la humanidad; sacerdote para bienvenir a los niños que nos llegan como regalo divino, para acompañar a los enfermos en su dolor y para decir adiós a los que mueren y parten hacia la Eternidad; sacerdote para decir la Verdad aunque cueste, para gritar que se tiene que poder vivir haciendo el bien y para dar testimonio de que la existencia tiene más sentido cuando se gasta por amor a los de-

más. ¡Ah! Y aquello sucedió no porque yo me lo hubiera ganado ni con mi esfuerzo ni con mis cualidades ni con mis merecimientos. Aquello sucedió porque Él, el Amado, en su infinita misericordia, por su eterno amor, lo apostó todo por mí, como si se pudiera confiar en mí, como si alguien se pudiera apoyar en mí, como si valiera la pena creer en mí. Pero así fue Él, así ha sido su amor, así es nuestro amor.

Y, por eso, porque es Su obra, no la mía, porque es Su gracia y no mi fortaleza, porque es Su misericordia y no mi valentía, por eso quiero darle gracias. De hecho, toda la vida de un sacerdote es una acción de gracias. Un buen día uno se descubre tan amado por Dios, que se siente el deseo de corresponderle confiando en aquello de que amor con amor se paga. Pero luego uno descubre que no importa cuánto se intente amar, siempre se ama menos de lo que el Señor nos ama; no importa cuánto uno intente dar, siempre se da menos, muchísimo menos de lo que Él se nos da; y no importa cuántos esfuerzos uno realice, siempre son pequeñísimos al lado de su infinito amor, al lado de su entrega, al lado de su Cruz. Justamente por ello, la vida de un sacerdote es un esfuerzo por pagar una deuda impagable, intentando corresponder con centavos, lo que el Señor nos ha dado por millones de millones.

Hay dos cosas que no puedo entender: la primera, ¿cómo es posible cambiar esto por otra cosa?, y la segunda, ¿cómo pueden algunos convertir algo tan bello, tan puro y tan santo en una monstruosidad que destruye inocencias, infancias y existencias?

Durante treinta y tres años he vivido el sacerdocio rodeado de gente, rodeado, sobre todo, de muchos niños y jóvenes. He querido hacerles ver la hermosura de Dios, hacerles sentir la ternura del Padre, el amor de Cristo y la fuerza y la luz del Espíritu Santo. He escrito para ellos, he dado innumerables retiros, he predicado sobre todos los temas posibles, he presidido cada Eucaristía como si fuera única y especial, he estado a su lado en momentos tan alegres como las primeras comuniones o los grados, y en momentos tan tristes como cuando han perdido a alguien importante..., como cuando han asistido a las exequias de un niño como ellos, de una niña como ellas. Y es que no hay algo mejor que servir a un Señor que pide tan poco y entrega tanto, que jamás oculta su rostro, cuyo amor permanece para siempre. No hay algo mejor que gastar la vida regalando consuelo, esperanza, ilusión, perdón, espiritualidad, apertura a Dios, conocimiento de la fe, presentimiento de la Eternidad, atrevimiento a la trascendencia.

Hoy hago memoria de dos hermosas preguntas que el Obispo hace en el momento de la Ordenación:

“¿Quieres mantener y fomentar el espíritu de oración que corresponde a tu manera de vida y, en este espíritu, según tu estado, cumplir fielmente con la celebración de la Liturgia de las Horas, en nombre de la Iglesia, más aún, en nombre de toda la humanidad?»

“ ¿Quieres unirte cada día más estrechamente a Cristo, sumo Sacerdote, que por nosotros se ofreció al Padre como víctima santa, y con Él ofrecerte tú mismo por la salvación de los hombres?»

(De la liturgia de la Ordenación diaconal y presbiteral)

Recuerdo estas palabras, porque este momento extraño que estamos viviendo, es la oportunidad para vivir en plenitud el orar por todos, por la humanidad entera, y hacer de la vida misma una entrega espiritual por la salvación de todos los hombres. Todos caben en el corazón y la mente de un sacerdote. Caben las familias y sus alegrías y también sus penas. Caben esos papás y mamás a quienes les digo que en esta hora no están solos, que los acompaño para ayudarlos con mi fe en sus dudas, con mi esperanza en sus angustias, con mi confianza en su zozobra. Caben los maestros, los empleados y todo el personal de nuestros colegios a quienes recuerdo cada día y cuyas vidas pongo constantemente en la patena eucarística por su amparo y protección. Caben mis amados hermanos con quienes comparto la vocación sacerdotal y la espiritualidad calasancia, y el orar cada día, y la celebración diaria de la Santa Misa, y la determinación de permanecer en esta aventura hasta el final del final. Caben todos los que piden una oración y una intercesión y una bendición y una palabra dicha aún en la distancia. Y, sobre todo, muy especialmente, caben todos mis niños y niñas, todos mis muchachos del alma, por quienes pido a Dios para que no se quiebren en la prueba, para que

no los ahogue el desconcierto, para que no les gane jamás la oscuridad, para que se sientan sostenidos en toda dificultad, para que venzan el mal a fuerza de bondad y les brote del alma un amor puro en inmensa cantidad.

Es un año extraño. Un tiempo muy raro. Estábamos preparados para una gran Pascua con la gente del barrio, con las familias de nuestros colegios, con los chicos del Movimiento, con los niños y las niñas con quienes celebraríamos el lavatorio de los pies, con los muchachos con los que cantaríamos la alegría de la Resurrección. Nada de eso sucederá ya. Los espacios se nos han quedado vacíos y nuestras capillas están hoy habitadas por el silencio. Pero quiero decirles que cada hermosa celebración de la Semana Santa la viviré espacialmente en la intimidad de mi casa, pero espiritualmente en la grandeza del mundo entero. A todos los tendré alrededor del altar, con todos haré memoria de la Cena aquella con la que la salvación comenzó, a todos presentaré la cruz en adoración y para todos encenderé la luz de la vida que brilla venciendo la oscuridad de la muerte. Y, como todos los años y aún más, no lo duden, habrá Pascua.

Nací un 4 de enero y obviamente agradezco a Dios, a mis padres y a mis hermanitas el don de esa vida. Pero el día, mi día, el que no olvido y siempre recuerdo, del que hago fiesta y alegría, es el 4 de abril, el día que me dice por qué y para qué nació. Le agradezco ese día a Dios, a la Iglesia, a aquel bondadoso Obispo que me impuso las manos y oró sobre mí, a mi comunidad que contra toda evidencia creyó en mí, y a todas las perso-

nas que Dios me ha confiado para acompañarlas en el camino que lleva a la Eternidad. Querría ser más útil en esta hora. Los sacerdotes no hallaremos la cura de este virus ni descubriremos la vacuna, no todos tendremos el privilegio de acompañar a los enfermos, no tomaremos las decisiones políticas y económicas para atravesar la crisis, no estaremos entre los que haremos funcionar el mundo a pesar de todo; pero mantendremos encendida esa otra luz que en momentos tan oscuros es aún más necesaria. **Porque, al fin de cuentas, eso es un sacerdote: aquel que alumbra con una luz que muchos no ven; pero que es la luz que permite ver lo que no se ve, entender lo que no se entiende, consolarse en medio de lo inconsolable y tener esperanza cuando no queda esperanza, para poder así sentir el amor que jamás tiene ocaso. El amor que nos ha salvado ya..., y que nos volverá a salvar.**

“

**Un sacerdote debe ser:
muy grande, y a la vez muy pequeño;
de espíritu noble y sencillo como un
labriego;
debe ser fuente inagotable de santidad
y, al mismo tiempo, un pecador
perdonado por Dios;
alguien dueño de sus deseos
y un servidor de los débiles y vacilantes.
Debe ser aquél que nunca se doblega
ante los poderosos,
pero el que siempre se inclina ante los
pobres.
Debe ser un pordiosero de manos
suplicantes
y el mensajero que distribuye a manos
llenas la riqueza del Señor;
un hombre fuerte en las luchas de la vida
y una mano tierna en la cabecera del
enfermo;
un anciano por la sabiduría de sus
consejos
y un niño por su confianza en los demás.
Debe ser alguien que aspira a lo más alto
y ama, por tanto, lo más humilde;
un ser lleno de alegría, pero acrisolado
en el dolor;
alguien que conoce su propia fragilidad,
pero permanece siempre firme, pues Dios
es su fortaleza.»**

(Tomado de un Manuscrito Medieval).

Meditación #15
DOMINGO DE RAMOS



**ERA UN
BURRITO**

“

**Platero es pequeño, peludo, suave;
tan blando por fuera,
que se diría todo de algodón,
que no lleva huesos.
Sólo los espejos de azabache de
sus ojos
son duros cual dos escarabajos de
cristal negro.
Lo dejo suelto y se va al prado
y acaricia tibiamente con su
hocico,
rozándolas apenas,
las florecillas rosas, celestes y
gualdas...
Lo llamo dulcemente: ¡Platero!,
y viene a mí con un trotecillo
alegre,
que parece que se ríe,
en no sé qué cascabeleo ideal»**

(Juan Ramón Jiménez)

Hoy hemos empezado una Semana Santa que nunca jamás había sucedido antes.

Ni siquiera la primera de todas, aquella que Él vivió, estuvo tan sola, tan recluida, tan confinada. Por el contrario, los Evangelios nos hablan de las multitudes que subían a Jerusalén para celebrar la pascua de los judíos y el relato de la Pasión nos deja ver al gentío pidiendo la cruz para Jesús y contemplando su muerte. Y hoy, en este domingo de dolores y esperanzas, recordamos a los pobres y sencillos, a la pequeña gente, a los niños y muchachos que recibieron a Jesús que entraba triunfal en la ciudad para su muerte. Cortaron ramos de olivo, alfombraron el suelo con sus mantos, llenaron la mañana con sus gritos y alabanzas, tuvieron la loca ilusión de que aquel hombrecito humilde que montaba un burrito era Mesías, era Hijo de David, era presencia viviente de Dios.

“ Alégrate, ciudad de Sión:
aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que llega:
justo, victorioso, humilde,
montado en un burrito,
en una cría de burra».

(Zacarías 9, 9).

Y el burrito se alegraba, pues creía que era a él a quien vitoreaban los niños.

Un burrito sólo es un burrito y nada más que un burrito.

Un burrito no tiene importancia.

Un burrito no tiene poder.

Un burrito es nadie, es nada.

Un burrito no es un hermoso corcel.

No tiene gracia y donaire en su cabalgar,
ni lo aparejan con lujos ni lo adornan ni enjaezan con
gran dignidad.

Un burrito duerme de pie y hace silencio.

Hace silencio hasta que, al cumplirse la hora, rebuzna
para avisar del tiempo que pasa.

Tal vez un burrito llevó a Nuestra Señora de Nazaret a
Belén.

Quizá fue el burrito sabanero que un niño pobre llevó al
portal.

Podría ser el burrito aquel con el que la familia amenazada
de muerte viajó a Egipto.

O sería el burrito que los llevó de regreso a Galilea donde
todo fue pobreza y humildad.

Era un burrito, sólo un burrito, un burrito y nada más.

Y sobre él, tan pequeño, tan humilde, tan sencillo, tan
burro, iba montado Dios.

Jesús dirigía la rienda hacia la derecha, y el burrito torcía
en esa dirección.

Jesús dirigía la rienda hacia la izquierda, y hacia la izquierda trotaba alegre y sin tardar.

Jesús tensaba la cuerda con delicadeza, y el burrito entendía que el Señor quería parar,

parar para ver a los niños, parar para decir sus nombres, parar para recordar sus rostros,

parar para guardarlos en ese corazón que habría de romperse por su amor.

Jesús le daba un gentil golpecito en la panza, y el burrito volvía a trotar,

a trotar con un pasito infantil, con un pasito suave, con un pasito dulce,

con un pasito digno del bondadoso Señor que llevaba sobre sus pobres lomos.

Sí, era un burrito, sólo un burrito, un burrito y nada más; pero sabía obedecer la voluntad de Dios

y sabía ir en la dirección que Dios le señalaba.

Un burrito que no hacía las burradas que nosotros hacemos

por aquello de querer hacer siempre nuestra obcecada voluntad.

Y es que tenía razón en alegrarse,

porque los humildes, los pobres, los pequeños, los niños y los muchachos,

alfombraron también el camino para él,

y lo vitorearon también a él,

al burrito que nos enseñó a llevar con nosotros a Jesús,
que nos mostró que hay que caminar con Jesús,
que nos reveló que en la vida se acierta cuando obedecemos
las riendas de Jesús.

Acaso si no hubiéramos hecho tantas burradas
y nuestra egolatría no hubiera sido tan grande,
no estaríamos hoy encerrados,
con miedo y con riesgo de desesperanza,
aguardando el paso por nuestras casas de un monstruo
que mata
y que amenaza con destruir el tipo de mundo del que nos
sentíamos tan ufanos.

Cuentan que Jesús descendió delicadamente de él.
Acaso le dio un abrazo, pues aquel gentil amigo jamás lo
habría de traicionar.
Y el burrito corrió al encuentro de su madre para contarle
todo,
para decirle que en aquella mañana luminosa,
había cargado la única carga que no pesa,
había llevado una luz que no se apaga,
había trotado libre y contento llevando consigo,
llevando en sí mismo,
todo el amor del universo y aún más,
y aún más.

Ella entendería, porque son esas cosas
que los burros entienden.

Y el burrito se quedó jugando con las flores,
dejando todo su cuidado
entre las azucenas olvidado.



***Han de obedecer con sencillez. (...)
Mantengan todos la firme convicción
de que adoptan una actitud grata a Dios
dejándose llevar y traer por su
Providencia
a través de la obediencia;
como el burrito aquel que Cristo
cabalgaba el día de Ramos,
que se dejaba conducir y encaminar a
todas partes.»***

(San José de Calasanz).

Meditación #16
PARA PREPARAR EL CORAZÓN
PARA LA SEMANA SANTA

EL SALMO MISERERE:
UN CAMINO DE
CONVERSION





Misericordia, Dios mío,
por tu bondad, por tu inmensa
compasión
borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi
pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas
sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré
limpio;
lávame: quedaré más blanco que
la nieve.
Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos
quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón
puro,
renuévame por dentro con
espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu
salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus
caminos,
los pecadores volverán a ti.
Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu
alabanza.
Los sacrificios no te satisfacen:
si te ofreciera un holocausto, no
lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu
quebrantado;
un corazón quebrantado y
humillado,
tú no lo desprecias.
Señor, por tu bondad, favorece a
Sión,
reconstruye las murallas de
Jerusalén:
entonces aceptarás los sacrificios
rituales, ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán
novillos».

(Salmo 51 —50— Versión de la
Liturgia de las Horas)

El Salmo 50 (51), llamado comúnmente el Salmo “Miserere” (Misericordia) no es un salmo para leer ni solo para proclamar, sino para vivir. Es ante todo un itinerario de conversión. Orar con el Salmo Miserere es orar para buscar una explicación a la realidad del Pecado, orar para hacer frente al problema más serio y más dramático de la humanidad: el misterio de la iniquidad. Se trata también de orar para festejar la misericordia entrañable de Dios, la cual es la única salida y la única auténtica respuesta a la problemática. El Salmo fue escrito para darle voz a la experiencia penitencial. San Agustín escribió sus “Confesiones” a partir del Salmo Miserere, dándole, a partir de ahí, una lectura completa a su vida desde su pecado y desde la misericordia de Dios.

Detrás del Salmo hay dos realidades históricas que aluden al drama del pecado. Por un lado, una adición tardía señala que el salmo pretende expresar los sentimientos del rey David cuando reconoce adolorido su gran pecado ante el profeta Natán (“Del maestro del coro. Salmo de David, cuando el profeta Natán se llega a él, después de éste haber estado con Betsabé” Salmo 51 (50), 1). El pecado de David, el cual comienza con el adulterio con Betsabé y culmina en el asesinato del inocente Urías, está narrado en el Capítulo 11 del libro Segundo de Samuel. De otra parte, el Salmo hace referencia al trasfondo histórico de la época en la que se redacta: Israel ha perdido la tierra, la independencia política, la monarquía; guarda el recuerdo de un doloroso y humillante exilio y ha pasado de dominador en dominador (Asiria, Babilonia, Persia, Grecia...) sin

volver a hallarse como pueblo realmente libre. La explicación es simple, pero trágica: Israel se ha perdido como pueblo debido a su pecado, pues al ser infiel a la Alianza, Dios ha permitido su desgracia. El sufrimiento del pueblo es causado por el pecado. Lo ha perdido todo y ya ni siquiera tiene una ofrenda para presentar a Dios. De hecho, el Salmo hace referencia al momento en que Jerusalén y el templo están destruidos.

Estas dos realidades están siempre presentes. El Salmo Miserere nos hace entrar en contacto con nuestro pecado personal, con el drama de ser, como David, personas según el corazón de Dios, pero, al mismo tiempo, estar azotados y agitados por nuestras pasiones. Y, aún más, el Salmo Miserere nos permite reconocer que nuestro propio momento histórico lleno de injusticia, inequidad, violencia, criminalidad y horror, está causado también por el pecado, por el rompimiento de la alianza con Dios, por la determinación de la humanidad de no comportarse según la voluntad divina. Nuestra Jerusalén también está en pedazos, con sus murallas derruidas y nos encontramos sin nada entre nuestras manos para presentarle a Dios, salvo nuestro corazón contrito y nuestra propia humillación.

El Salmo está construido a partir de imperativos que son gritos del corazón. Vale la pena advertir que la oración penitencial es a gritos, como los gritos del ciego del camino que alza la voz suplicando misericordia: “borra, lávame, límpiame, purifícame...” Todo desemboca en el último imperativo: “reconstruye”, esto es, vuelve a crear, vuélvanos a hacer. Así, toda la agitación interna del Salmo desemboca en la paz, en la cer-

teza de que el amor de Dios rehace lo destrozado y en la convicción, desde la fe neotestamentaria, de que en Jesucristo se hacen nuevas todas las cosas, incluso nuestro pobre corazón y nuestro afligido mundo roto.

El Salmo Miserere corresponde a una escala, a un camino, a un proceso de conversión, a una liturgia penitencial en varios momentos. Esto no supone sin embargo la celebración de un rito, sino que implica una experiencia vivencial y litúrgica del corazón.



Photo by Yeshi Kangrang on unsplash

PRIMER MOMENTO:

EL ENCUENTRO CARA A CARA

(VERSÍCULOS 2-4)

Narra el libro del Éxodo que Moisés entraba a la Tienda del Encuentro y que allí hablaba con Dios “*cara a cara, como habla un hombre con su amigo*” (Éxodo 33, 11). La oración es un diálogo de amistad, al decir de Santa Teresa, y es, por ende, el encuentro entre un Yo y un Tú. Por eso, toda oración comienza con una primera toma de conciencia: la de quién soy Yo, el que ora, y quién es Aquél, el hermoso Tú, que escucha mi suplica y que atiende mi plegaria.

En el Salmo Miserere el orante empieza expresando quién es él y quién es el Señor. Toda oración y especialmente toda celebración penitencial debe comenzar con una conciencia del Yo y el Tú. Para el Tú que es Dios aparecen tres características:

- **Piedad (Hännêni):** es la actitud de un Dios capaz de doblegarse, de mostrar que yo le importo y que, por ende, ama inclinándose para levantar a quien está postrado.
- **Amor (Rajamín):** Es la Misericordia Divina, un amor con útero, amor maternal que supone la relación más profunda que puede existir con otra persona (darle la vida, llevarla dentro de sí). La madre vive siempre embarazada de su hijo, siempre lo lleva dentro. La Misericordia es llevar al otro dentro, es la conciencia de que Dios jamás nos saca de su corazón, así nosotros sí lo saquemos del nuestro. “¿Puede una madre olvidarse de su criatura, dejar de amar al hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo jamás me olvidaré de ti” (Isaías 49, 15).

- **Inmensa Ternura (Hésed):** Es la delicadeza, la mansedumbre, la dulzura, el cariño tierno que sana con cuidado las heridas. Se trata del amor inocente e inofensivo de Dios.

Sólo hay experiencia de reconciliación si se toma conciencia en primer lugar de la Piedad, el Amor y la Ternura de Dios. Es eso lo que hace posible la oración penitencial, pues desde el inicio ya el orante es consciente del amor misericordioso, perdonador, cariñoso, bondadoso y dulce de Dios. Solo la convicción de la inofensividad del amor divino y de su incondicional disposición al perdón, permite el arrepentimiento y el reconocimiento sincero del propio pecado. El hambre, el sufrimiento y la desesperación no son la fuente del arrepentimiento del hijo pródigo. Estas realidades únicamente animan su regreso en busca de alimento trabajando en casa del padre. Es el amor del Padre que lo ve de lejos, que corre a su encuentro, que lo abraza y lo llena de besos, lo que hace posible el auténtico arrepentimiento.

Frente al Tú que es Dios, se descubre el Yo en tres características:

- **Delito:** Es el nivel externo del pecado, son las infracciones cometidas con datos verificables. Se puede expresar como el pecado que se hace o se comete causando daño.
- **Culpa:** Es el nivel interior del pecado, es la resonancia de los hechos, sus efectos y consecuencias, es el daño

personal que queda. Se puede expresar como el pecado que se sufre o se padece como una herida del alma, como un daño interior que implica pena, vergüenza e incomodidad consigo mismo.

- **Pecado:** Es el nivel íntimo, es la raíz de todo, es el hecho de saber que yo soy así, que no puedo cambiar eso que soy y que eso que soy yo, no funciona del todo bien. Se puede expresar como el pecado que se es, como un daño irreparable en lo profundo de la propia humanidad. No se trata de algo accidental que podría o no haber sucedido y tampoco se trata de las repercusiones de lo acontecido, sino que es una rotura estructural en lo humano.

El primer nivel es relativamente reprimible mediante la voluntad. Es el lugar del hermoseamiento moral del fariseo que controla lo que hace. En este punto se obtienen algunas victorias sobre el pecado. El segundo nivel suele afrontarse a través de la terapia y de otros procesos psicológicos o emocionales en un intento por sanar de alguna forma el dolor interior y las repercusiones que deja en el alma el pecado. Aquí las victorias son mucho menos usuales y la persona pasa de la ilusión de haber dejado atrás el sufrimiento, a la frustración de volver a sentir el mismo dolor de antes o un dolor aún más intenso. Pero el tercer nivel es el del drama y la tragedia del misterio de la iniquidad, del descubrimiento de esa interna torcedura que no se puede reprimir ni sanar ni cambiar ni controlar ni hacer desaparecer.

Es el lugar abismal de la profunda derrota del hombre, de la incapacidad esencial para ser otro que no sea este hombre pecador, que aunque no haga lo que se siente tentado a hacer, no puede evitar sentirse inclinado a lo que se siente íntimamente inclinado. Es lo que lleva a la dura constatación paulina de la situación desgraciada (sin Gracia) del hombre: *“Veo claro que en mí, en mi carne, no habita nada bueno, porque querer lo excelente lo tengo a mano, pero no el realizarlo; no hago el bien que quiero; el mal que no quiero es lo que ejecuto. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me libraré de este ser mío, instrumento de muerte?”* (Romanos 7, 18-19.24).

Justamente el convencimiento de que el drama del pecado es superior a nuestras fuerzas y a nuestra humana condición, es lo que lleva al orante a orar implorando la compasión divina. Si el mecanismo perverso del pecado lo pudiéramos desactivar nosotros mismos y controlarlo a placer, no sería necesario aferrarse a la misericordia de Dios. La subestimación de la dimensión de la tragedia del pecado, es la fuente de la minusvaloración del amor de Dios y sobre todo del sacrificio salvador de Cristo. Si el pecado es un problema pequeño, el perdón de Dios es igualmente pequeño, desdeñable e incluso innecesario. Pero si el pecado es el problema por excelencia, el problema irresoluto, entonces la Misericordia es la única esperanza, la única posibilidad de recobrar la humanidad, la única oportunidad para la alegría. Allí donde está nuestra des-gracia, es donde tiene su lugar y su sobreabundancia la Gracia.

¿Hasta dónde quiere llegar el orante? ¿Hasta qué nivel (externo, interior o íntimo) quiere que llegue su conversión? ¿Está dispuesto a tocar la raíz enferma de su ser o pretende quedarse en la periferia manejando aspectos cosméticos o buscando sentirse un poco mejor psicológicamente? Sin tocar lo íntimo no hay reconciliación, solo actos de remordimiento que con el tiempo duelen más porque nada nunca cambia en lo interior. ¿Qué queremos, pues, vivir? ¿Unos cuantos arreglos externos o un cambio de fondo? Al fin de cuentas, Dios llega hasta donde nosotros le dejemos llegar.

El Salmo Miserere lanza en este momento los primeros imperativos, los primeros gritos del corazón: “borra, lava y limpia”. Como lo veremos más tarde, no se trata de una purificación ritual externa, de una liturgia lustral, sino de una profunda transformación del ser. A la luz del Evangelio, es la humanidad de Cristo, su sangre y agua, lo que lava nuestra humanidad y la hace nueva.



SEGUNDO MOMENTO:

LA CONCIENCIA DE SER PECADOR

(VERSÍCULOS 5-8)

Se trata de una mirada al interior del orante. No hay imperativos porque es la etapa en la que el orante confiesa y declara lo que es. Se trata de una profunda e intensa toma de conciencia: soy pecado y todo lo que implica el pecado que soy. El Salmo Miserere hace una descripción amplia del drama del pecado y de lo que supone tomar conciencia de ello. Obviamente no se trata reconocer una simple acción pecaminosa, sino de aceptar la raíz empecatada, el fondo abismal que es la íntima inclinación al mal.

“Reconozco mi culpa...” Lo que más cuesta es reconocer el pecado y aceptarlo, pues eso abochorna, avergüenza y quita prestigio. El personaje que hacemos de nosotros mismos se reviste de apariencia de bondad. Normalmente la maldad se reconoce en los otros, sobre todo en quienes pueden ser fácilmente señalados como malvados o hasta en realidades estructurales como la sociedad, el mercado, el armamentismo, las estructuras sociales, el narcotráfico, la delincuencia internacional, etc.. Reconocerse y aceptarse pecador, esto es, íntimamente inclinado a la maldad, es muy difícil. Uno se esfuerza por no necesitar ser salvado, por creerse la ficción de lo buenos que somos, lo cual hace de la bondad algo naturalmente accesible y posible para el ser humano.

“...tengo siempre presente mi pecado.” Se trata de la preocupación continua por la realidad interior rota que nunca se borra, que nunca se quita. Lo más difícil es saberse pecador constantemente. Lo más común es aparentar y encubrir la interna torcedura y hacer aparecer el pecado, incluso ante los

propios ojos, como errores cometidos en ciertos momentos, debido quizá a ciertas circunstancias que lo explican todo, pero no como algo que permanece en lo íntimo como una dolorosa raíz torcida. El verdadero problema no es lo que hago ni lo que he hecho, sino lo que sería capaz de hacer si el Leviatán profundo que habita la intimidad más honda se soltara. El pecado no es episódico, no corresponde a un día o una hora o un acto, sino que es un habitante permanente, más o menos activo, más o menos intenso, pero siempre presente.

“Contra ti, contra ti solo pequé...” El pecado tiene un proyecto: la destrucción de la obra de Dios, el intento por hacer daño al mismo Dios. El pecado es por definición deicida. Por eso, el pecado es siempre contra Dios. Si es contra la naturaleza, es contra Dios, pues la creación es su obra. Si es contra el otro, es contra Dios, ya que Dios se identifica con toda persona, en toda persona habita y por toda persona se conmueve. Y si es contra uno mismo, el pecado es aún más agresivamente contra Dios, pues pretende borrar la imagen y semejanza divinas que hay en uno.

“...cometí la maldad que aborreces.” El salmo toma conciencia de algo conmovedor: Dios no aborrece al pecador, aborrece el pecado, lo cual es muy diferente. El pecado es aborrecible porque su dinámica es contraria a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es bondad, belleza, verdad, alegría, luz, vida. El pecado es una determinación por la maldad, la fealdad, la mentira, la tristeza, la oscuridad y, claro está, por la muerte. Toda la obra divina pretende ser frustrada por el pecado, por

eso es inaceptable para Dios. Pero el pecador es una víctima del pecado y Dios lo sabe. Por eso, Dios no aborrece al pecador, sino que lo busca, lo llama, lo conmueve y anhela perdonarlo.

“En la sentencia tendrás razón, en el juicio brillará tu rectitud.” En la Biblia, sobre todo en la tradición profética y en el Cuarto Evangelio se recurre mucho al concepto de juicio entre Dios y los hombres. Dios se presenta como el inocente que ha sido maltratado, perseguido, despreciado, engañado y traicionado frente a un pueblo, frente a una humanidad que no ha cumplido su voluntad y ha sido infiel a la alianza. Pero en el juicio se ve con evidencia la rectitud de Dios, la inocencia del Inocente por antonomasia que es Dios. Negar el drama del pecado es el intento desesperado por hacer responsable a Dios de la maldad y el sufrimiento, cuando se trata de algo desencadenado por el pecado del hombre. El sufrimiento del mundo no es la obra de Dios, es la obra del pecado.

“Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.” El pecado es parte de la condición humana: se nace con pecado, se viene al mundo con pecado y se es parido con pecado. La imagen infantil de que todo niño es un angelito, deforma el drama de lo humano. Todo niño es un angelito; pero, al mismo tiempo, todo niño lleva dentro de sí la capacidad para hacer daño al mundo, a los otros y a sí mismo. Eso explica por qué el angelito es capaz de ser egoísta, agresivo, caprichoso, cruel. Pero, además, el pecado tiene historia, no comenzó hoy. El pecado está relacionado con todas las dificultades que nunca se trabajaron ni se asumieron coherentemente. El pecado está

vinculado a una larga cadena de descuidos y de cosas que se dejaron ocultas en la oscuridad. Y así, con el paso de los años, el angelito se puede convertir en un monstruo capaz de producir en todos, incluso en sí mismo, un inmenso sufrimiento.

“Te gusta un corazón sincero...” El punto de partida para sanar la condición humana es el reconocimiento sincero de la propia realidad de pecado. Gastamos muchas energías disfrazando, disimulando y evadiendo el pecado. Justificamos con argumentos y razones aparentemente inteligentes nuestras acciones para convencer y convencernos de nuestra rectitud o, al menos, de nuestras buenas intenciones. Nos consolamos argumentando que no nos sentimos mal, y hasta aprovechamos el extraño disfrute que produce el pecado para persuadirnos de no haber actuado mal, que hasta tenemos derecho a hacer lo hecho o a decir lo dicho. Nos esforzamos por reprimir la vergüenza, por acallar el remordimiento, por encubrir la culpa. Por todo ello, la reconstrucción de la persona comienza por dejar todos estos recursos y aceptar humildemente y con sinceridad que se es pecador. Y así se toma una decisión: ya no se quieren arreglos cosméticos, sino que se quiere enfrentar el auténtico problema de la vida. Es como si se dijera: *“Señor, tú ves la verdad de las grietas de mi pared. Por esta vez no la arregles por fuera, tumba la pared, derrumba mis muros mal hechos y vuélveme a hacer”*.

“..y en mi interior me inculcas sabiduría.” El salmo culmina esta reflexión haciendo una preciosa afirmación: la sabiduría consiste en aceptar la propia verdad. Quien no reconoce humildemente su condición pecadora delante de Dios, es un

necio. Ser sabio supone ser como el publicano de la parábola de Lucas: quedarse a distancia, de rodillas, golpeándose el pecho y pidiendo misericordia, pues se es pecador. El conocimiento más alto, es el reconocimiento de la propia nada. Al fin de cuentas, el conocimiento más excelso es el conocimiento de Dios; pero conocer a Dios es conocer que Él, solo Él, es todo y sólo Él es realmente bueno.

TERCER MOMENTO:

**LA PLEGARIA
SUPPLICANDO**

**UNA
HUMANIDAD
NUEVA**

(VERSÍCULOS 9-14)



El perdón de Dios no es una simple disculpa que hace borrón de lo cometido. No es para descargar la conciencia y liberarse del remordimiento o de la culpa. De hecho, vivido así, el perdón no penetra en el misterio de la iniquidad ni en la íntima intimidad de lo humano, sino que se queda en una externidad judicial (disculpar el delito) y en una vivencia psicoafectiva (sentirse mejor consigo mismo). No es que esas dos realidades no sean parte de lo que la persona necesita para reencontrarse consigo misma y para entrar en un sendero de búsqueda de paz, pero no es el cambio esencial, ontológico que realiza la Misericordia. Lo que para los Sinópticos es entrar en la alegría del Reino de Dios, lo que para San Juan es volver a nacer para pasar de la muerte a la vida y lo que para San Pablo es dejar atrás una humanidad vieja para revestirse de una nueva humanidad justificada, es decir, esencialmente justa y no inicua, es una transformación completa de la persona, es un volver a crear todas las cosas. El perdón de Dios es una rehumanización de lo humano. El pecado borra en el hombre el rostro de Dios y, de esta forma, borra lo auténticamente humano de la humanidad. El perdón vuelve a crear al hombre, vuelve a moldear su barro según los rasgos del Hombre Nuevo que es Cristo y vuelve a insuflar Espíritu y Vida. La plegaria a gritos del Salmo Miserere no pide una disculpa para poder seguir pecando; pide, en cambio, una nueva vida. En esta sección del salmo vuelven a aparecer los imperativos que expresan cómo el Señor ha de reconstruir su obra más bella, la de la imagen y semejanza, el Hombre.

“Rocíame con el hisopo...”: El hisopo era una planta medicinal para limpiar la piel afectada por erupciones. El orante se siente como un leproso. El pecado es una dolencia que le ha llagado y por eso pide a Dios que lo restriegue arrancándole esa enfermedad que le está destruyendo.

“Lávame...”: Es la súplica que pide el baño de regeneración, el baño de la vida nueva. El pecado ensucia la humanidad, llena de escombros y desechos la existencia y todo queda descuidado, como sumido en el abandono. Por eso el orante pide ser lavado para recuperar su belleza y su verdad.

“Hazme oír el gozo y la alegría...”: Una de las consecuencias más dramáticas del pecado es la tristeza. No se trata de la tristeza externa causada por algo que viene de fuera y que por doloroso que sea, no es parte esencial de uno. Es la tristeza que viene de dentro y que deprime aún más porque surge de la constatación de la propia precariedad, de una precariedad que no está en nuestras manos reparar. El pecado genera un ruido interior, una conversación interna que nos recuerda una y otra vez nuestra iniquidad. Los demás pueden haberla olvidado, o pasado por alto, o desconocerla y suponer que somos bondadosos; pero dentro de nosotros suena y resuena la cantinela de lo que hemos hecho, de lo que seríamos capaces de hacer, de lo inicuo que nos habita. Y eso entristece, porque entristece ser así como se es. Por eso el orante pide escuchar otra voz, otra conversación interior, la voz de Dios que acoge y acepta y repara y sana y ama y que, justamente por ello, es gozo y alegría. El pecado grita adentro “te desprecio”. Pero la voz de Dios grita “te amo y te amo para siempre”. Y esa es la causa de la alegría.

“Alegra los huesos quebrantados...”: La tristeza del pecado no es solo interior, sino que se extiende a todo el ser del hombre, el cual se siente descoyuntado, descuajaringado, radicalmente quebrado. No es casualidad que el pecado se note por fuera. Afecta la manera de caminar, se ve como una carga que oprime invisiblemente a la persona, envejece y afea el rostro, tensiona las facciones, se advierten cambios de carácter, oscurece la mirada, opaca las palabras y los sentimientos, inclina hacia la perversión, la vacuidad, el pesimismo, el sinsentido, la agresividad, la negatividad. Son los huesos quebrantados, es la humanidad descompuesta. Por eso el orante pide que el amor de Dios le devuelva la alegría integral, la de dentro y también la que se nota y se disfruta y se celebra por fuera. Volver a correr, volver a saltar, volver a danzar, volver a decir con todo el cuerpo que se es feliz.

“Aparta de mi pecado tu vista...”: El libro de la Sabiduría dice bellamente que “Dios cierra los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan” (Sabiduría 11, 23). Contrario a lo que se suele pensar, lo que Dios mira cuando nos mira no es nuestro pecado, sino nuestra bondad, es decir, nuestra capacidad esencial para levantarnos del pecado y vivir según su voluntad. Esa bondad es la que hace que el Padre vea de lejos a su hijo que regresa y la que hace, a su vez, que salga corriendo a su encuentro; es lo que ve Jesús en la mujer que le unge los pies con perfume y se los lava con sus lágrimas; es la sed de la samaritana, es lo que lleva a Zaqueo a subir al árbol, es lo que hay en los gritos del ciego del camino. Somos nosotros los que clavamos la mirada en nuestra precariedad y los que,

desconcertados y sobrepasados por ésta, nos sentimos perdidos. Pensamos que Dios mira lo que nosotros miramos y que clava sus ojos en nuestro pecado. Eso explica por qué solemos apartarnos de Dios y abandonar su presencia cuando nos sumergimos en el pecado, pues creemos que es nuestro pecado lo que Dios está mirando y eso nos desagrada y avergüenza. Pero Dios no mira el pecado. Dios nos ve a nosotros, me ve a mí y siente intenso amor. Su mirada no mira la oscuridad. Mira la luz interior, su presencia inhabitante en nuestra más honda y auténtica humanidad.

“Borra en mí toda culpa...”: La culpa es el regusto a pecado que permanece en el interior. Pasan los días, los meses, los años y allí está presente ese incómodo regusto, como recuerdo constante de nuestra poquedad, de nuestra fragilidad humana, de las veces que no hemos sido quienes tendríamos que ser. El perdón de Dios es radical y completo. No solo perdona, sino que no guarda memoria, “no lleva cuentas del mal” al decir de San Pablo (cfr. 1 Corintios 13, 5), sino que recuerda el amor con el que ha amado. Eso es lo que pide el orante: que se borre el recuerdo de la culpa y quede el recuerdo de la Misericordia.

“Crea en mí un corazón puro...”: En la Sagrada Escritura el corazón no es únicamente el lugar de los sentimientos y las emociones, sino el fondo abismal del verdadero ser de la persona, el lugar donde el hombre piensa, decide y define su vida. Es en el corazón donde se encuentran las emociones, el intelecto, los valores y las virtudes, las decisiones y las opciones que determinan lo que uno es realmente. Por eso la Biblia habla del

“corazón sabio y prudente”, porque es el corazón y no la mente, el que conoce, decide y actúa y del conocer, decidir y actuar, depende el llevar o no una vida sabia, una vida según la voluntad de Dios. La petición del corazón puro no es una petición moralista, sino sapiencial. Se trata del mismo corazón limpio de las bienaventuranzas de Mateo. Es el corazón sin otras intencionalidades, sin otros deseos, sin otros designios que las intencionalidades y deseos de Dios. El corazón puro, es el corazón según la santidad de Dios, es el corazón que cumple la voluntad divina y que se aparta de los mezquinos intereses propios.

“Renuévame por dentro con espíritu firme..., no me quites tu Santo Espíritu..., afiánzame con espíritu generoso...”: La vida está en el espíritu, sin espíritu no hay vida. El profeta Ezequiel contempla el valle de los huesos secos y ve cómo éstos vuelven a ensamblarse y a cubrirse de músculos y tendones; pero carecen de espíritu, no tienen vida. Sin espíritu, el hombre está muerto, no es, no existe realmente. La acción del pecado degrada el espíritu humano y le arranca el sopro divino. En la antropología bíblica, es ese sopro el que lleva el hombre en sí mismo, pues Dios le concede al hombre su espíritu. El Cuarto Evangelio nos muestra la gloria de Dios en el Crucificado que derrama sobre la humanidad la sangre y el agua, el sopro del Espíritu que hace nueva creación, nueva humanidad. El salmo Miserere realiza una conmovedora “epiclesis” invocando tres veces (es decir, de manera superlativa y plena) el don del Espíritu, ya que la reconstrucción de la humanidad solo es posible con Espíritu de Dios. Nuestro pobre espíritu se cansa,

es inconstante, es incapaz de lo divino. Solo el Espíritu de Dios nos levanta de los escombros de una humanidad arruinada, para ser humanidad transfigurada y gozosa.

“No me arrojes lejos de tu rostro...”: La bendición por excelencia en la Sagrada Escritura consiste en la contemplación del rostro de Dios: *“El Señor te bendiga y te guarde, el Señor te muestre su rostro radiante y tenga piedad de ti, el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz”* (Números 6, 23-26). A pesar de toda una tradición que hace referencia a que quien ve a Dios tiene que morir, pues la gloria divina desborda las posibilidades contemplativas del ser humano, la contemplación del rostro de Dios es experiencia de misericordia y paz. El rostro de Dios es el rostro del amor incondicional y tierno. Ocultar el rostro es hundir en la nada; por el contrario, revelar el rostro es hacer posible la vida: *“...escondes tu rostro y se espantan; les retiras tu aliento y expiran, y vuelven al polvo; envías tu aliento y los creas y repueblas la faz de la tierra”* (Salmo 104 (103) 29-30). El rostro de Dios es la certeza del don del Espíritu, es contar con el amor insonmne y permanente del Señor. El amor realiza el milagro de la semejanza, por eso San Juan afirma que cuando veamos cara a cara al Señor seremos semejantes a Él, pues le veremos tal cual es (cfr. 1 Juan 3, 2). El rostro de Dios es gozo, el rostro de Dios es ternura, el rostro de Dios ilumina el camino y protege, el rostro de Dios transforma la vida, el rostro de Dios es vida nueva y espíritu nuevo. Por eso, quien contempla el rostro de Dios queda lleno de la luz de ese rostro y en él resplandece la gloria divina. Al decir del salmo: *“contémplo y quedarán radiantes”* (Salmo 34 (33), 6).

“Devuélveme la alegría de tu salvación...”: La alegría, la auténtica alegría, es la alegría de la salvación. Contrario a lo que solemos pensar, el camino penitencial no es un sendero de aflicción y dolor, sino una ruta hacia el gozo. Es el pecado el que hunde al hombre en la tristeza y en la pesadumbre. El costo del pecado es justamente el peso, el lastre inmenso que deja en la persona y que no permite que ésta se remonte hacia lo alto. Pesa lo hecho que no se debería haber hecho, pesan las palabras dichas que ya no se pueden desdecir, pesa lo que vieron los ojos y que habría sido mejor no ver, pesa lo deseado que no tendría que ser deseado y lo pensado que sería mejor nunca haberlo pensado; pesa lo cometido, lo consentido, todo aquello que se vivió y que uno se promete una y mil veces no volverlo a vivir, para vivirlo una y mil veces de nuevo y, viviéndolo, sentir el inmenso y agobiante peso. La salvación es liberación del peso terrible del pecado: *“Vengan a mí los cargados y agobiados, que yo les daré respiro. Carguen con mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón. Y encontrarán su descanso, porque mi yugo es llevadero y mi carga es ligera”, decía Jesús (cfr. Mateo 11, 28-30)*. Toda la vida del pueblo de Israel es un camino hacia el descanso, ese descanso al que se entra cuando se entra en la tierra de promisión y al que no se puede entrar cuando el pecado aparta de la voluntad de Dios y extravía en el desierto de la ausencia del Señor. Toda nuestra vida es un andar hacia el descanso, hacia ese día definitivo en el que se goza de Dios, se goza de su presencia, se goza de la certeza de su amor, se goza de su inmediatez, se goza de su gozo que goza gozándose entre

sus criaturas. La condición primera del hombre es la alegría, alegría que se pierde cuando el pecado rompe la humanidad. El perdón de Dios realiza el milagro de que comience la nueva creación y al fin, como era en el principio, volvamos a la alegría: *“Ustedes están tristes, pero cuando vuelvan a verme se alegrarán y esa alegría suya ya nadie se las podrá quitar.”* (Juan 16, 22).

**CUARTO MOMENTO:
EL COMPROMISO CON
UNA
MISIÓN**

(VERSÍCULOS 15-17)



La experiencia de Dios es una experiencia de lo que Él ha hecho con nosotros. Tener una noción de Dios, un cierto concepto de un ser supremo que es creador u ordenador del cosmos, no es tener experiencia de Dios. Al Dios que es misericordia y amor se le conoce experimentando existencial y ontológicamente esa misericordia y ese amor, y eso solo sucede cuando nos dejamos perdonar. Dejarse perdonar, permitirle a Dios rehacer nuestra humanidad, es dejar a Dios ser Dios. Parafraseando las palabras de Jesús a Pedro en la última cena: si no nos dejamos lavar por Él, no tenemos nada que ver con Él (cfr. Juan 13, 8).

La misión apostólica surge justamente de tener experiencia de Dios. Ser apóstol no es un oficio, no es el ejercicio de una profesión. Ser apóstol no es enseñar ideas claras y distintas acerca de Dios, no es expresar conceptos filosóficos o teológicos sobre lo divino. Ser apóstol no es realizar un trabajo de voluntariado ni asumir un compromiso sociológico. Todo eso se puede vivir sin haber vivido jamás el amor de Dios. Pablo mismo lo advierte en la primera carta a los Corintios: “Ya puedo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles que, si no tengo Amor, no paso de ser una campana ruidosa o unos platillos estridentes. Ya puedo hablar inspirado y penetrar todo secreto y todo el saber; ya puedo tener toda la fe, hasta mover montañas, que, si no tengo Amor, no soy nada. Ya puedo regalar todo lo que tengo a los pobres, ya puedo dejarme quemar vivo que, si no tengo Amor, de nada me sirve (1 Corintios 13, 1-3). El apostolado es una experiencia que procede del amor misericor-

dioso de Dios. Solo quien ha vivido el Ágape divino —el amor propio y único de Dios—, solo quien se ha dejado sanar por ese amor que “perdona siempre, confía siempre, aguanta siempre y espera siempre” (1 Corintios 13, 7) puede ser apóstol.

El Salmo Miserere desemboca en un compromiso apostólico. Quien ha vivido el perdón, descubre que no quiere hacer otra cosa que anunciar el perdón. Proclamar la Buena Nueva de Dios no es enseñar que Dios existe, es testimoniar que Dios salva, es llevar a quienes están abrumados por el peso de la culpa, hacia la alegría y la libertad del amor de Dios. El orante pide no morir (“Líbrame de la sangre, Oh, Dios, salvador mío”) para poder dedicar su vida al anuncio y proclamación de la salvación que procede del amor perdonador de Dios: *“enseñaré tus caminos para que los pecadores vuelvan a ti”*.

Nuestra misión es la misión de la salvación y esta misión solo se puede vivir cuando hemos experimentado personalmente la restauración de nuestro ser agobiado por el pecado. Nuestra misión es la misión de la salvación y esta misión solo se puede vivir cuando nos conmueve y estremece ver la situación de pérdida y extravío de los otros. Sin experiencia de haber sido perdonados, nuestro anuncio y nuestro trabajo son actividades vacías. Sin conmoción y sin dolor por ver perdidos a nuestros hermanos, no hay celo pastoral, no hay urgencia para gritar lo que hay que gritar, para proclamar lo que hay que proclamar y para hacer lo que hay que hacer. La mediocridad de muchos sacerdotes y religiosos que rebajan su compromiso a la labor de instructores en cuestiones religiosas, a la enseñanza de valores

antropológicos y a la realización de servicios sociales, proviene del hecho de que no han vivido nada profundo con Dios (no le deben la vida) y que no les conmueve ver perdidos a los demás.

El pecado hunde en el silencio. En el pecado callamos. Callamos nuestra más honda verdad y nos sumimos en los secretos, esos secretos que nunca o casi nunca son revelados. La inocencia no tiene que callar, pues no tiene nada que esconder. El pecado, en cambio, es experto en el arte de ocultar lo que se tendría que decir. El amor de Dios, ese amor que perdona y reconstruye la esencia de nuestra humanidad, nos vuelve a la palabra, nos regresa a la posibilidad de hablar y decir. Es entonces cuando descubrimos que una vez recuperada la capacidad de hablar, ésta solo tiene sentido para contar lo que el Señor ha hecho con nosotros. Amar es hablar del ser amado. Quien ama solo tiene un tema de conversación: el amor. Alabar a Dios no es decir ideas altas acerca de Él. Alabar a Dios es contar su obra y, en concreto, es contar su obra en nosotros: *“Señor, me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza”*.

CUARTO MOMENTO:
CELEBRAR EL
MILAGRO DEL
PERDON
(VERSÍCULOS 18-21)



“Si yendo a presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano. Vuelve entonces y presenta tu ofrenda” (Mateo 5, 23-24). Aunque el Salmo Miserere es todo él una liturgia penitencial, nos habla de una situación en la que no hay sacrificios ni ofrendas, porque no se puede celebrar si no hay apertura al perdón, si no sucede el amor misericordioso de Dios. Sin experiencia de salvación la liturgia es vacía, es un signo que no significa. Para poder presentar la ofrenda es necesario vivir primero la reconciliación, reconciliación consigo mismo, con la creación, con los otros, con Dios. Solo entonces hay algo que celebrar y el signo tiene algo que significar. El profeta Isaías es muy claro en señalar que a Dios no le agradan las liturgias externas, si no hay un cambio existencial que les dé sentido verdadero. “Esto dice el Señor: estoy cansado de holocaustos de carneros y de la grasa de los cebones; la sangre de los novillos, corderos y machos cabríos no me agrada. Cuando entran a visitarme y pisan mis atrios, ¿quién exige algo de sus manos? No me traigan más dones vacíos ni más incienso asqueroso. Novilunios, sábados y asambleas no las aguanto, porque son reuniones con crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga insoporable. (...) Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar el bien. Busquen el derecho, enderecen al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda. Entonces vengan y hablaremos, que aunque sus pecados sean como púrpura, blanquearán como la nieve; y

aunque sean rojos como escarlata, quedarán como lana” (Isaías 1, 11-14.16- 18). La liturgia debe ser celebración de un acontecimiento existencial. Sin vivir perdón y salvación, sin dejar a Dios entrar a lo profundo para arrancar el pecado y sanar, la liturgia es apariencia sin contenido.

En el fondo del Salmo Miserere hay dos razones que explican la dificultad de la liturgia: no tener un sacrificio para presentar y no tener un lugar para presentar sacrificios. Lo primero lleva al descubrimiento de que lo único nuestro para ofrecer a Dios es nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humillado. En la celebración eucarística reconocemos que lo que tenemos para ofrecer a Dios, es lo que el mismo Dios nos ha dado, la humanidad luminosa y dulce de Jesucristo. Por eso, quien preside la celebración presenta a Dios los dones de pan y vino para que por el don del Espíritu Santo sean el Cuerpo y la Sangre de Cristo, Pan de Vida y Bebida de Salvación. Junto a ello que es lo mejor y más bueno que tenemos para dar, ponemos lo que el Salmo Miserere nos enseñó a poner: nuestro pobre corazón roto y nuestro espíritu humillado. De hecho, después de presentar las ofrendas y antes de invitar a la oración, el sacerdote dice estas palabras en secreto: *“Acepta, Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro”* (cfr. Misal Romano). Se dice en cada eucaristía, poniendo junto al pan y el vino esa ofrenda agradable a Dios que es el reconocimiento humilde de nuestra poquedad. Pero, al mismo tiempo, no había donde presentar ofrendas. Jerusalén y el Tem-

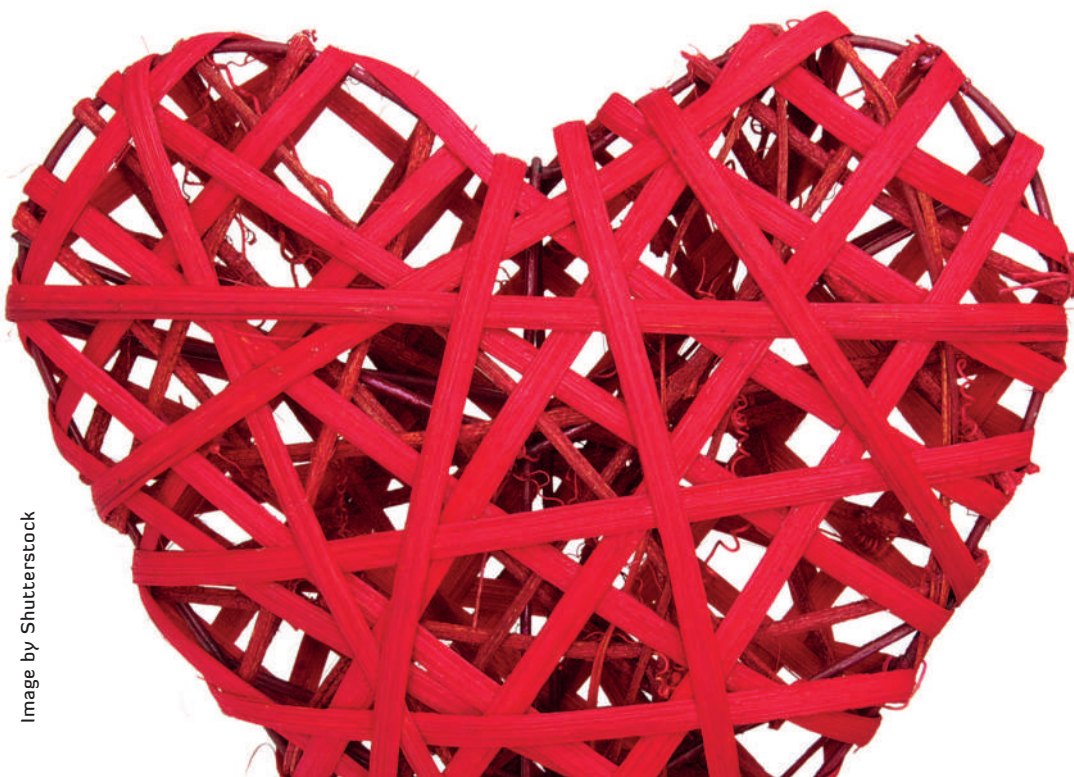
plo habían sido destruidos y los altares del Señor estaban en ruinas. Lo cierto es que el pecado no es una realidad privada, no es un problema individual. El pecado siempre afecta a todos, siempre lo estropea todo. La guerra, la violencia, la delincuencia, las violaciones a los derechos humanos, la explotación del hombre por el hombre, la inequidad y el empobrecimiento, la indiferencia y la falta de solidaridad, la trata de personas, los abusos y maltratos, todo lo que destruye el tejido social y lo que corrompe las instituciones, e incluso lo que daña la naturaleza y hace desaparecer cada día bosques, selvas y especies, es la obra del pecado. Para poder celebrar la liturgia del Señor, es necesario reconstruir la ciudad, volver a levantar las murallas derruidas por el mal. Pero para ello, es necesario entrar primero en el perdón. La esperanza del mundo, la esperanza de que lo bello vuelva a ser bello y lo justo vuelva a ser justo, depende de que dejemos de andar en las tinieblas y caminemos a la luz del Señor dejándonos salvar, dejándonos perdonar. Toda la creación tiene una oración desesperada, una oración que no dirige a Dios, sino a nosotros. El cantar de los pájaros, el croar de las ranas, el aullar de los coyotes, el barritar de los elefantes, la danza de los cetáceos y el florecer de las flores, igual que el resplandor de un lejano pulsar o un brillante cuásar, son la oración de la creación suplicándonos que nos dejemos amar por el amor misericordioso de Dios. Es la manera como las criaturas vienen a nosotros como Natán fue a David, para decirnos que quien tiene que cambiar, que quien tiene que rasgar su alma y volver a nacer, somos nosotros. Y es que todas las criaturas guardan

la esperanza de que algún día permitamos que todo realmente comience de nuevo: *“De hecho, la creación entera otea impaciente aguardando la manifestación de los hijos de Dios; porque ella fue sometida al fracaso no por su gusto, sino por aquel que la sometió. Esta misma creación abriga la esperanza de que se verá liberada de la esclavitud a la decadencia, para alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios”* (Romanos 8, 19-21).

Hoy, tal vez esta misma noche, nos despertemos y escuchemos a lo lejos el ladrar de los perros o el chillar de los grillos o el croar de las ranitas pidiendo agua del cielo. No conversan entre ellos, no hacen planes para el futuro, no se cuentan sus sentimientos. Gritan el grito angustiado de la creación que aguarda la plena manifestación de la gloria de Dios en nosotros, esa que llega cuando se ha marchado el pecado y se ha quedado a vivir en nosotros el milagro del perdón.

Meditación #17 - Jueves Santo

EL DÍA DEL AMOR



**“ Amigo fiel, refugio seguro;
el que encuentra un amigo,
encuentra un tesoro.
Un amigo fiel no tiene precio
ni se puede pagar su valor.
Un amigo verdadero es tu protector.
El que ama a Dios, lo encuentra.»**

(Proverbio hindú)

Unas palabras, como si hoy nos hablara el mismo Jesús.

“**M**aestro, aquél que tanto amas, está enfermo».

Que tanto amo, que he amado tanto.

Que cuando llegó el mensajero de las tristes noticias todo se estremeció dentro de mí, pues bien sabía Yo que darle la vida a mi amigo supondría para mí morir. Subir a Jerusalén, a la misma ciudad en la cual unos pocos días antes me querían apedrear, a la ciudad de los fariseos que me llamaban blasfemo por lo que decía de mi Padre, a la ciudad de los sacerdotes que me buscaban para matarme, pues temían que el pueblo pobre me siguiera. Para mí, amar a mi amigo, amar a quien tanto amaba, costaba demasiado, costaba arriesgarlo todo, perderlo todo, entregarlo todo y ya no quedarme con nada.

«Aquél que tanto amas» significaba eso: significaba considerar su vida más valiosa que la mía, significaba entregarlo todo por el tan amado, significaba dar la vida entera por el amigo.

Recuerdo que pasaron tres días. Tres días de dudas, de combate interior, de desconcierto. Al fin, después de esos tres días emprendí la marcha hacia Betania, hacia Jerusalén. «¿Cómo te atreves a acercarte a Jerusalén, si hace poco los judíos querían matarte?» La voz de mis discípulos resonó sensata, prudente, realista. Ir a buscar al amigo enfermo era demasiado peligroso. «Mi amigo está dormido» —respondí— «y yo

voy a ir despertarlo.» Y dije eso, porque para mí lo más grande que puede hacer un amigo por su amigo es salvarle la vida. Y la forma más bella de salvar la vida del amigo, es entregando uno la propia vida por él.

Así, abandoné para siempre la rivera del Jordán y subí a la montaña de Judea, marchando confiado al encuentro del amigo que me necesitaba, al precio de mi propia vida.

La vida o es amor, o no es nada. Dios es el autor de la vida, de tu vida, de todas las vidas, y Dios es amor. Luego, la vida, incluso tu vida, es amor. Vivir es amar, y quien no ama ya está muerto, así su cuerpo siga respirando. Pero el drama de muchos seres humanos, es que el amor, al menos el verdadero amor, lo tienen dormido. Debajo de capas pesadísimas de realidades que se parecen al amor, pero que no son amor, el amor permanece dormido. Muchas personas parecen vivas por fuera: estudian, trabajan, se divierten, juegan, e incluso se enamoran, pero no aman, y por eso, están muertas por dentro y hasta dan mal olor.

Miro a mi amigo, al que tanto amo, y lo veo enfermo en el amor; tal vez respirando todavía, latiendo su corazón aún, pero muriendo su amor, postrado su amor. De todas las cosas que esclavizan al ser humano, ninguna más amarga que aquella que lo esclaviza en el amor. Veo a mi amigo, tan lleno de posibilidades de amar, y sin embargo tan atado a un amor que no es amor y tan olvidado del amor que sí es amor. Miro a mi amigo, a quien tanto amo, y lo veo muriéndose por un mal amor, por la ley inexorable de un amor que no es verdadero amor. Miro a mi amigo y ese amigo, ése a quien tanto amo, eres tú.

Hay tres realidades que postran al amor, que lo esclavizan a la ley del egoísmo. Porque, aunque no lo creas, al venir al mundo entras de lleno en una ley que nadie rompe y contra la que nadie protesta: la ley del mal amor. Los seres humanos no se aman bien. Se hacen la guerra, se distancian, desconfían unos de otros, se abusan, se guardan resentimientos por centurias, se utilizan mutuamente, se hieren, se golpean, se agreden, se manipulan, se chantajejan en nombre del cariño, se oprimen en nombre de lo mejor para el otro, se callan lo que se deberían decir y se dicen lo que deberían callar. Un muchacho se pasa meses e incluso años anhelando amar a una chica y ser amado por ella, hasta que al fin la encuentra. Al cabo de unos pocos días o semanas, el amor que parecía amor, cae en la ley inexorable del egoísmo. Primero será la discusión tonta, luego el orgullo herido, más tarde vendrán el insulto, los celos, la envidia, la agresión verbal o la utilización sexual de la otra persona. Es sólo cuestión de dejar pasar el tiempo, pues ya llegarán las lágrimas amargas. Y la gente trae niños al mundo para llenarlos de mimos y ternuras. Sin embargo, es sólo cuestión de dejar pasar el suficiente tiempo. Ya llegarán los golpes, las frases duras, el «usted no sirve para nada», el «usted no trae sino disgustos», el «me tiene desesperado o desesperada», el «no le pago más estudio», el «me decepcionaste, hijo mío, hija mía». Y al lado de esto, tal vez el abandono, o la incapacidad de quedarse siempre y para siempre sosteniendo la vida de un niño, o el hecho de quererlo pero nunca decírselo o expresárselo, o el intentar reemplazar con cosas el amor que no se da con gestos, o el nunca

tener tiempo para escucharlo y comprenderlo, o el vivir juntos pero sin estar realmente unidos. Ah, y no hay nada que tanto desee alguien como el amor de un amigo; pero por desgracia, muchos amigos no son el comienzo de la mejor época de la vida, sino el inicio de los más grandes errores de juventud.

Miro a la tierra y veo a la gente herida por la ley del desamor, por la triste ley del egoísmo. Veo a la gente deseando amor, queriendo amor, esperando amor, soñando con el amor. Y sin embargo, los veo recibiendo a cambio de sus sueños, el bagazo de los malos amores. Reciben sexo, cuando pedían ser amados por sí mismos, y desprecios cuando anhelaban ser aceptados por lo que son. Reciben silencios, cuando necesitaban ser escuchados y bienes materiales cuando soñaban con significar algo en la vida de alguien. Y por tanto amor que necesitaban recibir y no recibieron, se les olvida dar y aprenden a dar según la ley del egoísmo, dependiendo del propio interés y de la propia conveniencia. Los demás usan, ellos también, y engañan, y mienten, y se aprovechan, y manejan vidas y se hacen duros para no sufrir. Así, por fuera hay vida, pero adentro se va muriendo el corazón en la ley imperiosa del «yo te uso, tú me usas»; «tú me haces sufrir, yo te hago sufrir».

Estas son las tres realidades de la ley del desamor:

- **La posesión.** Lo que la gente llama amor, es muchas veces posesión. Se posee a la persona amada, como se posee el objeto deseado. Es más, se posee a alguien y se

le convierte en objeto, en cosa, en propiedad privada. La otra persona se convierte en la riqueza que se ha conseguido para llenar una necesidad: «Yo te adquiero para...: para que me hagas sentir bien, para que llenes mi soledad, para que me escuches, para que me comprendas, para tener con quién salir, para experimentar afectiva o sexualmente, para desahogarme, para tener placer, para sentirme querido». El amor enfermo por la ley de la posesividad trata al otro como si fuera una propiedad, lo usa mientras es útil, lo amarra mientras interesa; y lo descarta, cuando ya no importa. Todo esto detrás de mil besos y mil sentimientos aparentemente hermosos. Por eso, nadie se da cuenta de que lo que llama amor, no es amor.

- **El dominio.** Lo que se dice amor, a veces es sólo una relación de poder, una mueca de dominio. Se controla a la persona amada, se le hace una extensión de uno mismo y se le maneja la vida. La otra persona se convierte en un ser dependiente que recibe órdenes de un supuesto amor: «Si me quieres, haz esto por mí, por mí y por mi familia, por mí y por mi hijo, por mí para que yo no me sienta mal, por mí para que no me ponga a llorar, por mí si tanto me amas, por mí si tanto me deseas, por mí si me quieres hacer feliz, por mí si pretendes demostrarme tu cariño, por mí si no me quieres perder, por mí si deseas que te dé lo que quieres que te dé». El amor aporreado por la ley del

dominio esclaviza al otro con cadenas de ternura, con lazos de cariño o de erotismo. Unas lágrimas a tiempo, el cuerpo ofrecido en la cama, un mandato autoritario, un golpe en el cuerpo o en el alma, la amenaza de dejar al otro solo, todo es válido para controlar la vida del ser supuestamente amado. Eso sí, todo eso detrás de mil besos y mil hermosas promesas. Por eso, nadie advierte que lo que se llama amor, no es amor.

- **La prepotencia.** Eso que creen amor, suele ser la trampa que nos aparta del Amor. Nada aleja tanto de Dios, como lo que llaman amor y no es verdadero amor. El falso amor, aleja de la obediencia primera, el falso amor hace al hombre soberbio y lo hace creer dueño de todo, conquistador de todo, vencedor de todo. El falso amor crea en el hombre la seguridad falsa de ya estar lleno, de ya ser feliz, de ya no necesitar de nada ni de nadie, ni siquiera de Dios, en especial de Él. «Ya tengo a mi amigo, a mi novia, a mi novio, a mi hijo, a mi padre, a mi madre, a mi compañero, a mi compañera, ya nada me falta, ya nada necesito, ya tengo lo que deseo y, por ende, voy a llevar mi vida tal y como lo deseo». El amor destruido por la ley de la prepotencia, olvida que la única felicidad verdadera y el único amor verdadero, provienen de hacer la voluntad de Dios y de tenerlo a Él como el primer amor de la vida. Claro, todo este soberbio mal amor, sucede lleno de mil besos y de mil caricias, y por eso uno cree haber alcanzado la cima del cielo, sin percatarse de que tal amor, no es amor.

El amor verdadero no es posesividad, sino entrega.
No es dominio, sino servicio.
No es soberbia, sino humildad.



*El Amor es paciente, el Amor es servicial;
el Amor no tiene envidia, no es orgulloso ni se engríe,
no es grosero, ni busca su propio interés.
El Amor no se irrita, ni lleva cuentas del mal,
no simpatiza con las injusticias, se alegra con la verdad.
El Amor disculpa siempre,
confía siempre,
espera siempre,
aguanta siempre.
El Amor nunca pasará.
Así que esto nos queda:
fe, esperanza y Amor;
estas tres,
y de ellas la más grande es el Amor.»*

(1 Corintios 13, 4-8a.13).

Mira tu amor en este Amor que es el verdadero amor.
Mira tu amor en este Amor que es mi Amor,
en este Amor que soy Yo.
Y por esta Pascua,
y por este año,

y por este Jueves Santo de hoy,
por este día del amor,
conviértete, y vuelve a empezar el amor.

Sólo una cosa te pido: que ames con un buen amor. Porque sólo el verdadero amor rompe las cadenas de la ley del mal amor. La humanidad está atada a la ley de un mundo violento y triste, a la ley del desquite, de la venganza, de la ira y del resentimiento, del mutuo usarse y del mutuo maltratarse. Rompe esa ley, rompe esa ley con la única ley de la libertad. Rompe la ley trágica del mundo, la ley de los millones de muertos por el odio o por la insensatez, la ley de los millones de utilizados por la ambición y la injusticia. Rompe la ley y rómpela con la libertad del amor y con el amor de la libertad. Que una sola cosa pido: «Ámense unos a otros como Yo los he amado»; que si se aman, se mueren las leyes de la muerte y nace la libertad.

Yo soy el Amigo, Yo soy Aquél que tanto te ama, Yo soy el que entrega la vida por Ti, nadie te ama tanto como te amo Yo. Yo soy el Amigo, Yo soy tu Amigo, Yo soy el Amor, Yo soy tu verdadero Amor. Déjame llegarme hasta ti, déjame despertarte del sueño, déjame levantarte al verdadero Amor, déjame lavar tus pies y salvar tu vida.

Y piensa:

¿Cómo sería tu familia si en ella amaras con mi amor? —«Como Yo los he amado»— ¿Cómo sería si ofrecieras el amor paciente y servicial, el amor que no es grosero ni lleva cuentas del mal?

¿Cómo sería tu relación de pareja si amaras con mi amor?
—«Como Yo los he amado»— ¿Cómo sería si entregaras el amor que disculpa siempre, que confía siempre, que espera siempre, que aguanta siempre?

¿Cómo serían tus amistades si amaras con mi amor?
—«Como Yo los he amado»— ¿Cómo serían si regalaras el amor que no es orgulloso, que no es grosero y que no busca su propio interés?

¿Cómo sería tu amor a la humanidad si amaras con mi amor? —«Como Yo los he amado»— ¿Cómo sería si fuera un amor que no simpatizara con las injusticias, sino que se alegrara con la verdad?

Yo soy el Amigo,
el único Amigo, el gran Amigo,
tu Amigo.

Y te pido que aprendas a ver en tus hermanos, amigos enfermos aguardando al amigo verdadero, refugio seguro, que vendrá para devolverles la salud, para darles la paz, para entregar la vida como hay que entregarla..., ¡hasta el extremo!



Meditación #18
VIERNES SANTO - VIA CRUCIS

**JESÚS, LOS NIÑOS
Y LOS JOVENES:**

UNA CRUZ COMPARTIDA



Introducción

Aquí estamos un año más, porque aquí está Él un año más. Lo hizo una vez para siempre, pero siempre significa siempre y por eso siempre vuelve a cargar la cruz, su cruz, la cruz de todos nosotros, la cruz de todos los que sufren, la cruz de los más inocentes, la cruz de los mayormente necesitados y también la cruz de los niños y los jóvenes, con quienes hoy oramos, por quienes hoy elevamos nuestra plegaria. Nuestros niños y jóvenes son niños y jóvenes de esta época y de este tiempo, con las energías e ilusiones propias de su infancia y juventud; pero también con las tristezas, los sufrimientos, las cargas y pesos que llevamos todos sobre nuestros hombros como nuestra propia cruz; y, claro está, en este desconcertante hoy que compartimos, con los mismos miedos y la misma zozobra y el mismo confinamiento de todos. Hoy queremos decirle a Jesús que no está solo cargando la cruz, que nosotros estamos con Él, que nosotros la vamos cargando también. Pero así mismo queremos decirle, pedirle, suplicarle, que nos ayude

a cargar nuestra cruz de cada día. Si Él está podremos con lo que no podemos, si Él está no nos derrumbaremos por nada, si Él está haremos completo el camino de la vida sin darnos por vencidos, si Él está se disiparán nuestros miedos y se llenarán de luz nuestras oscuridades.

Hace un año Su Santidad el Papa Francisco convocó un sínodo de los jóvenes. Quiso que los jóvenes nos dijeran quiénes son y qué esperan de la Iglesia y deseaba llamar a los jóvenes para que se acercaran a Cristo y lo conocieran y conociéndolo lo amarán, pues en Cristo está su mejor oportunidad de vivir en plenitud. Vamos a meditar este camino de la cruz para orar especialmente por los niños y por los jóvenes y para pedir Espíritu Santo en abundancia para todos los que los cuidan, los acompañan, los protegen, los forman y los ayudan a vivir.

Oremos juntos siguiendo el camino de la cruz. Oren con nosotros y por nosotros. Y no olvidemos que todos cargamos también una cruz: que los niños y las niñas llevan lágrimas en sus ojos, que los adultos suelen ser fuertes por fuera y frágiles por dentro, que los ancianos ya caminan encorvados por el peso del tiempo y el desgaste, que la humanidad entera se siente agobiada por una pandemia; y que todos necesitamos que Jesús nos sostenga en esta vía difícil, la vía de la cruz.

Oremos:

Señor Jesús,

*Tú que recorriste completo el camino de la vida,
como lo anunciaron los profetas,
como lo contempló en su corazón tu pobre Madre,
como te lo pidió tu misericordioso Padre,
no permitas que las cargas de la vida nos aparten de nues-
tro propio camino
y danos tu fuerza y tu valentía
para caminar nuestra vida hasta el final.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los
siglos.*

Amén.

PRIMERA ESTACIÓN:

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 14-15)

Pilato les dijo: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Ellos gritaron más fuerte: «Crucifícalo». Y Pilato, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Ante Pilato, ante el poder político romano, ante alguien que no le entiende, que no sabe nada de parábolas ni de bienaventuranzas y que no cree ni en profetas ni en milagros; pero ante quien se supone debía obrar según la justicia, está Jesús siendo juzgado y condenado. Y Pilato no verá. No verá la verdad de Jesús, no lo verá a la cara ni lo conocerá, porque ni siquiera se tomará la molestia de intentar ser justo. Ha elegido a un delincuente y asesino para dejarlo libre y al bello, al inocente, al pacífico y al bueno, lo condena a la cruz y a la muerte.

Y ahí están también los jóvenes, juzgados por tantos, juzgados por el mundo. Se dicen tantas cosas de ellos: que no tie-

nen valores, que son superficiales y vacíos, que son pura apariencia. Que las muchachas de hoy son fáciles o débiles. Que los muchachos son viciosos y están perdidos. Hasta de labios de sus propias familias oyen frases como “usted no sirve para nada”, “usted es el mayor error de mi vida”, “usted siempre me ha decepcionado”. Y cuántos terminan juzgándose a sí mismos y deseando más bien no vivir más porque, al fin de cuentas, siempre les fallan a todos. Y, sin embargo, ellos esperan que alguien los mire a la cara, a los ojos y los quiera conocer de verdad antes de juzgarlos, antes de condenarlos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús,
tú el injustamente juzgado, el inocente condenado,
míranos con tus ojos llenos de amor y misericordia
y revélanos nuestro verdadero rostro,
para que no juzguemos por apariencias,
sino que conozcamos nuestra verdad, nuestra bondad y
nuestra belleza.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

SEGUNDA ESTACIÓN:

JESÚS CON LA CRUZ A CUESTAS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,20)

Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacaron para crucificarlo.

La burla, los salivazos, las bofetadas, la corona de espinas y los azotes, todo lo recibía Jesús en soledad, sin nadie que hablara en su favor, sin nadie que pidiera clemencia, sin nadie que lo consolara, sin nadie que sintiera piedad por sus llagas o por sus heridas o por sus lágrimas. Y luego, cuando las risas habían terminado, le cargaron la cruz y lo sacaron para llevarlo al Gólgota. Jesús había dicho que quien quisiera estar con Él debía negarse a sí mismo, cargar con su cruz y seguirlo; pero nadie quiso o nadie pudo hacerlo. Porque el único que se ha negado por amor es Él, porque el único que ha elegido cargar la pesada cruz es Él, porque el único resuelto a caminar el camino que lleva al Gólgota es Él.

Y ahí están también muchos niños y jóvenes, ahí están, solos, solas cargando su cruz. Pareciera que para ellos y ellas no existe la soledad porque están conectados por redes, porque reciben mensajes de texto, porque les marcan algún “me gusta” por una foto o una frase que publican. Pareciera que no existe la soledad porque tienen treinta o más compañeros, porque hay gente en sus casas, porque como dicen las mamás “no les falta nada”. Y, sin embargo, cuánta soledad. Cuánto querer y hablar y contar lo que pasa por dentro, pero se tragan sus secretos y se atragantan con sus tristezas. Y miran alrededor y no hay nadie o casi nadie que los escuche, nadie o casi nadie que los comprenda, nadie o casi nadie que los consuele, nadie o casi nadie que los ayude a llevar el peso, el inmenso peso de su cruz: cruz de soledad, cruz hecha de recuerdos dolorosos, cruz de todo lo que pesa la vida, cruz de todo lo que los atemoriza, cruz, en todo caso, que es pesada y difícil de cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús,
tú, el abandonado, el que cargas solo la cruz,
míranos a solas, con miedo, con dolor,
cargando también nuestras propias cruces
y acompáñanos con tu amor y tu consuelo
y no nos dejes sentir solos y abandonados.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

TERCERA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 4.7)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.

No lo narran los evangelios, no nos lo dicen. San Juan nos dirá que es el Verbo Eterno que ha bajado del cielo y San Pablo nos lo presentará como el que no se aferró a su categoría de Dios, y que se abajó haciéndose nada por nosotros. Pero no nos cuentan que haya caído. Sin embargo, sabiendo que era igual a nosotros en todo, menos en el pecado, nos lo imaginamos caído por el peso de la cruz, caído por la pérdida de fuerzas debido a la cruel tortura, caído por los azotes, caído por el agotamiento, caído por el no poder más, por ver tan largo el camino y verse

tan cansado Él. Y por eso creemos que cayó, como todos caemos, bajo el peso impresionante de todo lo que pesa. Abatidos, casi vencidos. Pero Él caía para levantarse, porque habría de seguir andando hasta el Gólgota.

¡Ay! ¡Cuántas caídas las de los jóvenes! ¡Cuántas veces dicen con nostalgia, o con vergüenza: “es que volví a caer”! Cuando éramos pequeñitos nos costó un montón de esfuerzo aprender a erguirnos sin tambalearnos, sin caer hacia delante, ni hacia atrás, ni hacia los lados. Pero luego, aunque pareciera que no, hemos caído y seguimos cayendo. La primera caída es ésta que les cambia a los jóvenes su esencia y los hace caer en el foso de la falta de autenticidad: “no seas tú mismo con tus valores y virtudes, transfórmate para ser como todos los demás, con sus mismos defectos y vicios. Toma lo que todos toman, haz lo que todos hacen, deprímete como todos se deprimen, húndete como los demás se hunden, disfrazate con modas y belleza externa y entrégate para que te usen como la mayoría están dispuestos a hacerlo. Y cuando estés caído, laméntate de tu suerte, compadécete de ti mismo, de ti misma, golpea aún más tu pobre autoestima y no se te ocurra creer en alguien que te ame y te pueda salvar, porque lo que quiere este mundo es que estés caído por completo.”

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
caído por nuestro amor,
caído para levantarte y seguir andando con la cruz,
míranos en nuestra primera caída,
en la caída que nos aparta de los mejor de nosotros
mismos,
en la caída que nos aleja de la belleza y bondad
auténticas que pusiste en nosotros,
y danos tu fuerza para que, como Tú siempre lo haces,
nos volvamos a levantar para andar completo el camino
de la vida.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.

Amén.

CUARTA ESTACIÓN:

JESÚS SE ENCUENTRA CON SU SANTÍSIMA MADRE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (2, 34-35.51)

Simeón los bendijo diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Ella habría de estar al pie de la cruz, acompañada por el discípulo a quien Jesús tanto amaba; pero la piedad del pueblo cristiano siempre ha pensado que, en algún recodo del camino, en alguna pobre callejuela de Jerusalén, ella le salió al encuentro y lo besó. ¡Cómo no, si siempre fue así! Ella, ante el anuncio del ángel, le salió al encuentro y lo recibió en su vientre. Ella, al azar de un viaje, fuera de la posada, en un pobrísimo portal, le salió al encuentro dándolo a luz. Ella, ante la profecía de

Simeón que anunciaba para Él incomprendiones y para ella una espada de dolor, lo apretó contra su pecho y guardó todo en su corazón. Ella lo buscó cuando siendo adolescente se le perdió en la ciudad y entendió que su misión era hacer la obra del Padre. Y ella lo ayudó a dar el paso de comenzar su obra, eso que Él llamaba la hora, cuando lo invitó a transformar el agua en el vino nuevo de la salvación. No había nadie más, pero ella, ella sí estaba allí y seguramente le salió al encuentro.

¿Y los niños y los jóvenes? ¡Cuántos ni siquiera tienen una madre! Unos porque nunca la conocieron, porque ella los dio a luz y los abandonó como quien deja atrás una carga pesada, un lastre incómodo que nos les dejaría vivir su propia vida. Han tenido que llamar “mamá” a un abuelo, a un tío, a un recuerdo fugaz, a una sombra nocturna. Otros, porque su madre comenzó otra vida, en otro lugar, con otro amante, con otra familia, con otros horizontes. Es una madre que es una voz al otro lado del teléfono, un mensaje de Whatsapp, un rostro en Skype, un giro puesto desde un país extranjero. Otros, porque su madre está muy ocupada en ella misma, en su propio éxito, en sus propios intereses, con sus hombres, sus amantes y sus operaciones para mejorarse el cuerpo. Otros porque la tienen ahí, pero como si no estuviera: paga cuentas, echa cantaleta, hace mercado, pero qué poco escucha, qué poco abraza, qué poco besa, qué poco sale al encuentro. Y otros porque han olvidado la manera de llegar a su madre y de dejar que su madre llegue a ellos, se quieren, pero no se lo dicen; se necesitan, pero no se les nota; se

desean, pero no saben salirse al encuentro y lo que queda en el aire son palabras frías, enojos y enfados, la pelea tonta de ayer, continuada hoy y para continuarla mañana.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,

Tú que tuviste el maravilloso regalo de tener ahí a tu Santísima Madre,

míranos y concédenos hallar también el amor materno, ese amor que se sacrifica por los hijos e hijas, ese amor que lo da todo por los demás, ese amor capaz de la más grande entrega.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

QUINTA ESTACIÓN:

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15, 21-22)

A uno que pasaba de vuelta del campo, a Simón de Cirene, el padre de Alejandro y de Rufo, lo forzaron a llevar la cruz. Y llevaron a Jesús al Gólgota, que quiere decir lugar de «La Calavera».

Se llamaba Simón, era de la lejana región de Cirene y se nota que sus hijos, Alejandro y Rufo, eran conocidos en la primera comunidad cristiana. Pasaba por ahí. Volvía del campo. Y lo forzaron. Nadie lleva una cruz por gusto, nadie, solamente Jesús. Todos los demás hacemos grandes esfuerzos para no cargar nada, ni propio ni extraño. Todo lo queremos fácil, liviano, liviano y si nos cuesta soportar lo que nos toca a cada uno, más aún nos cuesta cargar lo que les toca a los demás. Un hombre obligado pasó a la historia como quien ayuda a cargar la cruz; pero él no es el verdadero ayudador. Porque el único, el

único que realmente ayuda a los otros a cargar la cruz, es Jesús y es Jesús el verdadero y auténtico Cirineo que carga nuestras cargas con nosotros.

¡Cómo buscan ayuda! ¡Cuánto la buscan! Es verdad, que tal vez no la buscan donde la verdadera ayuda está. Porque lo que buscan en el placer es un poco de ayuda para soportar la carga de la vida, y lo que a veces buscan en el alcohol o en las fiestas, o lo que buscan en la droga o en las horas y horas jugando juegos de video, o con los amigos del barrio, o vagando por los pasillos de un centro comercial, o contando intimidades a los amigos, no es otra cosa que un cirineo que les ayude a soportar el peso de la cruz. Pero como esa ayuda no ayuda, el peso les pesa por completo y ahí están los jóvenes, mirando si alguien viene a ayudarles a cargar su soledad o sus tristezas o sus recuerdos más dolorosos o sus problemas familiares o sus heridas del alma o sus pocas ganas de vivir o su amargura o sus vicios y errores. Pero no abundan los que ayudan. No abundan los cirineos. Y el único que realmente les ayudaría y daría la vida por ellos, no es el que ellos buscan y, por eso, como no lo buscan, no lo reciben y no lo dejan cargar.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús,
Tú que aceptaste la ayuda forzada del buen Simón,
míranos necesitados de ayuda, necesitados de que
cargues nuestras cargas,
porque a veces no podemos más,
porque en ocasiones creemos que ya no podremos andar.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

SEXTA ESTACIÓN:

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53, 2-3)

Sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado.

La piedad cristiana ha pensado que era imposible no conmoverse con su sufrimiento y por eso se creyó que alguien, alguien muy valiente —mujer tendría que ser—, se acercó a Jesús entre los soldados y la turba y le limpió misericordiosamente el rostro. Y la tradición ha pensado que ese rostro, el rostro del más bello de los hijos de los hombres, el rostro que reflejaba el esplendor de la gloria de Dios, lleno de escupitajos y moretones, de heridas y sangre, quedó impreso en el lienzo de aquella mujer. No sabemos quién era, solo que lo amaba lo suficiente para

tener compasión de Él y que Él le dejó como regalo su rostro. La llamamos la Verónica, el “vero-icón”, porque ella conoció la verdadera imagen de Jesús, su precioso rostro.

Ahí, ahí en el rostro se notan todas las heridas, ahí, en la carita aunque lavada o maquillada, se ve la huella profunda que deja el dolor. Tal vez por eso usan tantas máscaras, porque temen mostrar su verdadero rostro y prefieren disimular. La máscara de la risa que oculta las heridas causadas por la tristeza; la máscara de la autosuficiencia, que oculta las heridas marcadas por los miedos e impotencias; la máscara del “no me pasa nada”, que oculta el “me pasa de todo”; la máscara de los gozos fáciles y los placeres superficiales, que maquilla las heridas y moretones dejados por la vaciedad y el sinsentido; la máscara del “no tengo problemas” que oculta todos los problemas; la máscara de la felicidad aparente por tener todo lo que se tiene, que disimula el dolor de no tener lo que realmente se necesita. Y entonces, también los niños y los jóvenes buscan quién les limpie el rostro, quien lave esa carita manchada de escupitajos y bofetadas, con moretones y hematomas para que vuelva a aparecer el rostro original, el verdadero icón, el rostro que Dios les dio.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,

Tú que diste a Verónica el gran regalo de tu rostro,

vuelve tu semblante hacia nosotros,

ilumínanos con la luz de tu mirada

y lava en lo más hondo de nuestro ser

tu imagen manchada por nuestras heridas.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

SÉPTIMA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del profeta Isaías (53,5)

Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron.

No sabemos, no lo sabemos a ciencia cierta, no sabemos si fue así; pero nos imaginamos que entre el Pretorio y el Gólgota Jesús tuvo que haber caído varias veces. Al fin de cuentas, nadie cae solo una vez. Esa cruz tan pesada, más pesada aún por la tristeza y la soledad, más pesada aún por las culpas y los pecados de todos, por una historia completa de humanidad que sabe tanto de horrores y sufrimientos, quebraba sus fuerzas y, por ello, nos imaginamos que Jesús volvía a caer. Pero misteriosamente sacaba fuerzas para volverse a poner en pie, pues su misión no terminaría mientras no terminara y el final de esa

misión no era la tierra, sino la cruz entre el suelo amargo y el cielo lleno de nubes.

Y sí, los jóvenes vuelven a caer. Hay quienes caen otra vez en la droga y otros que caen de nuevo en la depresión. Hay los que caen de nuevo en los miedos y los que vuelven a sus angustias. Hay los que vuelven a caer en el cortarse los brazos o las piernas o los que vuelven a los defectos que creían superados, a los errores que prometieron no volver a cometer. Y vuelven a caer cayendo con esas compañías que tanto daño les han hecho, y hay muchachas que vuelven a caer justo con el mismo hombre que las hizo sufrir antes y las hará sufrir otra vez. Porque la primera caída es dura, pero caer otra vez es peor, pues se pierde la confianza en uno mismo. Y, sin embargo, hay que levantarse, porque la misión no es quedarse caído, sino recorrer el camino hasta el final.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
Tú no eres el caído, sino el levantado,
el que es levantado en lo alto para atraer a todos
hacia Ti,
por eso levántanos con tu amor,
levántanos a la fe y a la esperanza,
levántanos a la vida verdadera y al auténtico amor.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos
de los siglos.

Amén.

OCTAVA ESTACIÓN:

**JESÚS SE ENCUENTRA CON
LAS MUJERES
DE JERUSALEN**



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23,27-28)

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren por ustedes y por sus hijos».

Eran las plañideras, las que tenían como misión lamentarse por los demás. Lloraban, aullaban, se revolvían los cabellos, gemían como parte del cortejo que iba junto a Jesús. Pero no, no era por Él por quien había que llorar. Jesús les dijo que había que llorar por ellas mismas y por sus hijos, porque más que Jesús, eran ellas y ellos quienes habrían de ser golpeados por el dolor que causa la maldad del mundo. El pecado hace daño, siempre hace daño: daña la naturaleza, daña la belleza del mundo, daña a los inocentes animales, daña los bosques y

las selvas, daña a los niños no nacidos, daña a los que acaban de nacer, daña a los jóvenes, daña las parejas, daña las familias, daña a los viejos, daña el corazón del ser humano. Por eso hay que llorar para no ser insensibles al dolor del daño que hace el mal, para al fin tener la fuerza para luchar contra eso que nos hace daño a todos.

Uno de los anhelos más hondos de los niños y los jóvenes es el de encontrar quién los acompañe a llorar. Los grandes amigos, las grandes amigas, son esas que lloran con uno, las que sienten como propio el dolor que uno lleva por dentro. Pero no basta con llorar juntos. Eso, por lo que lloramos, es lo que nos hace el mundo, lo que nos hemos dejado hacer. Si hay amigos, si hay amigas, no es para sentarnos a llorar, sino para luchar juntos, para resistir juntos, para sobreponernos juntos, para sanar juntos, para vivir bien vivida la vida juntos.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,
tú que nos enseñaste a tomar conciencia de que era de
nosotros mismos
de quienes debíamos tener piedad,
ábrenos los ojos no para que lloren más,
sino para que veamos la verdad
y viéndola hagamos lo que tenemos que hacer
para dejarnos sanar por Ti y para sanar el mundo que
nos rodea.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.

Amén.

NOVENA ESTACIÓN:

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura de la carta del Apóstol Pablo a los Filipenses (2,6-7)

Él, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres.

Jesús cayó desde lo más alto del cielo hasta lo más bajo de la tierra, hasta ser un hombre cualquiera, hasta ser un esclavo, hasta ser un crucificado. Su misión empezó por caer; pero su misión era alzarse y alzarlo todo y alzar la creación entera hasta la gloria, hasta la misma plenitud. Alzado en su humilde humanidad, para alzar nuestra pobre humanidad en el esplendor de su vida divina. Alzado en la cruz, para por la cruz alzarlo todo hacia Dios. Alzado en la muerte vencida por la resurrección, para alzar todas nuestras muertes por el perdón y la misericordia y llevarnos con Él a la vida.

Y ahí están los niños y los jóvenes que necesitan ser alzados. “Levántense” les dice Jesús, “no se lamenten más. No nacieron para revolcarse en su barro, ni para arrastrarse por el lodo de sus vergüenzas, ni para chapotear en el fango de sus problemas, tristezas, ausencias y dificultades. Vamos, levántense. Miren su belleza, es la belleza alzada hasta Dios. Miren su verdad, es la verdad divina en ustedes. Miren su bondad, es la misma bondad con la que Dios lo hizo todo y que vio lo que había hecho y era bueno, muy bueno”. Ya sabe Dios que caerán una y otra vez; pero también sabe, lo sabe aún más, que en Jesús han sido alzados con infinito amor hasta la altura de la plenitud.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,

perdónanos tanta caída,

perdónanos lo fácil que volvemos a caer,

sabes que somos frágiles y temerosos

y que nuestros propósitos se agotan en un instante;

pero Tú levántanos a tu altura,

álzanos contigo a la gloria

y no nos sueltes jamás.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén

DÉCIMA ESTACIÓN:

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 23-24)

Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno. Tomaron también la túnica, y como no tenía costura, porque estaba hecha de una sola pieza de arriba abajo, se dijeron entre sí: «No la rompamos. Vamos a sortearla, para ver a quién le toca». Así se cumplió la Escritura que dice:

*Se repartieron mis vestiduras
y sortearon mi túnica.*

Esto fue lo que hicieron los soldados.

La tradición siempre ha creído que la túnica era hermosa, hecha de una sola pieza, hecha por el amor de su Madre, la llena de Gracia. Traía puesta otra túnica, una que Él eligió

libremente, la túnica de nuestra carne y sangre, la túnica de nuestra humanidad. Y en ese momento supremo, cuando al fin la andadura lo había llevado al Gólgota, le arrancaron las vestiduras y lo dejaron únicamente con nuestra túnica puesta, la túnica desnuda de nuestra desnudez. Dicen que se veían claros los hematomas, la carne desprendida por los crueles azotes, los moretones inmensos. Dicen que estaba exánime, que había adelgazado mucho en pocas horas, que se podían contar sus huesos. Y, a pesar de todo, ahí estaba el milagro de su cuerpo entregado por amor, igual al que había entregado en el pan consagrado, hermoso como hermoso es Dios, débil, como débiles somos nosotros.

Los niños y los jóvenes despojados de sus vestiduras, despojados de su dignidad. Los niños y los jóvenes desnuditos en la pornografía, en ese inmenso y lucrativo negocio que se alimenta de la belleza de la niñez y de la juventud. Los niños y los jóvenes contactados por el monstruo que les pide fotografías íntimas a cambio de ser vistos, a cambio de migajas de ternura, a cambio de la promesa de un amigo, a cambio de un bonito regalo, a cambio de unos sucios billetes. Las muchachas ofreciendo su desnudez para probar su amor, para asegurar a un chico en sus vidas, para demostrar su libertad. Un mundo que despoja a los niños y a los jóvenes de su dignidad, y lo hace sin escrúpulos, sin remordimientos, sin compasión. Porque desnudos, sí, desnudos, se les puede vender mejor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,

*Tú que no tuviste reparo en vestirte con la túnica de
nuestra humanidad,*

revístenos con tu vida divina,

revístenos de Ti,

con tu amor, con tu valor, con tu bondad

*y protégenos cubriéndonos con la túnica de tu
misericordia.*

*Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

DÉCIMOPRIMERA ESTACIÓN:

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Lucas (23, 39-43)

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros». Pero el otro lo increpaba, diciéndole: «¿No tienes temor de Dios, tú que sufres la misma pena que él? Nosotros la sufrimos justamente, porque pagamos nuestras culpas, pero él no ha hecho nada malo». Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas a establecer tu Reino». Él le respondió: «Yo te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Dice el poeta que lo que le mueve de Jesús es “ver su cuerpo clavado en una cruz y escarnecido, que lo mueven sus afrentas y su muerte”. Los clavos han entrado hasta los más hondo, taladrando sus manos y sus pies, uniendo carne y madera; madera, hierro y humanidad. Todo unido dramáticamente como si

Jesús hubiera elegido atarse a nuestra suerte, clavarse a nuestra historia, pegarse por completo a nuestro sufrimiento. Clavado y bien clavado con los brazos abiertos y ya nunca cerrados como queriéndonos abarcar a todos; clavado y bien clavado con los pies traspasados por el metal para no marcharse jamás, para quedarse ahí siempre, en la cruz, a nuestra espera, para abrirnos el camino que lleva al Paraíso.

Los han clavado, los siguen clavando, los traspasan una y otra vez. Los niños y jóvenes que han clavado a la cruz del abuso y del maltrato, que no importa cuántos años pasen, sus pobres cuerpos recuerdan como si fuera hoy mismo el momento en que les rompieron la inocencia en mil pedazos. Aquellos a los que les taladran las manos y los pies con cuchillas o bisturís porque en medio de la angustia o el desespero quieren clavar-se ellos a sí mismos. Los clavados a la cruz de una substancia que iban a inhalar solo una vez, una vez para probar y ya van tantas veces que se han quedado ahí, colgados de esa cruz sin poderse bajar. Clavados a la tristeza, clavados al vacío, clavados al abandono, clavados a la incomprensión, clavados al maltrato, clavados a las malas amistades que no se pueden dejar, clavados a la pandilla que no se puede abandonar, clavados a la pobreza y a la marginación, clavados al horror de un mundo que no es un Paraíso, sino un caos horrible que todo lo corrompe.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús,
Tú te dejaste clavar para desclavarnos a nosotros,
para que no estuviéramos clavados al pecado,
para que no estuviéramos clavados al dolor,
mira a tantos niños y jóvenes que están clavados a
realidades que los destruyen,
confórtalos, consuélalos, sostenlos,
y danos la fuerza para mostrarles tu Reino
y enseñarles a construir un Paraíso.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

DÉCIMOSEGUNDA ESTACIÓN:

JESÚS MUERE EN LA CRUZ



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,33-39)

Al mediodía se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde. A esa hora, Jesús exclamó en alta voz: «Eloi, Eloi, lamá sabactani», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Algunos de los que se encontraban allí, al oírlo, dijeron: «Está llamando a Elías». Uno corrió a mojar una esponja en vinagre y, poniéndola en la punta de una caña le dio de beber, diciendo: «Vamos a ver si Elías viene a bajarlo». Entonces Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del Templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Al verlo expirar así, el centurión que estaba frente a él, exclamó: «¡Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios!».

“Los amó hasta el extremo”, dice el Evangelio de Juan, y “hasta el extremo” significó “dar la vida por los amigos”. Después

de las nubes que todo lo cubrieron, después del silencio de Dios que aturdió, después de las tres de la tarde, después de un grito que acalló todo lo que aún no se había acallado, se quedó muerto como si nunca hubiera nacido del vientre de María, como si la Navidad jamás hubiera sido, como si la vida no existiera, como si nada existiera. Porque si Él que es la luz se había apagado, porque si Él que es la Palabra se había callado, porque si Él que era el amor ya no palpitaba, porque si Él que era la vida ya no vivía, entonces no quedaba nada. Pero quedaba todo. Su amor fue hasta el final y el final era morir de amor, y quien muere de amor vence la muerte y lo hace todo posible. Lo entendió el soldado romano. No era un hombre. No era uno más. Era el Hijo de Dios. Era la vida que vencía.

¿No deberían ser los hijos los que asistieran a la muerte de sus padres? ¿No deberían ser los jóvenes los que acudieran a la muerte de sus mayores? Pero hoy se nos están muriendo los muchachos. Los niños sin nacer a quienes les han negado el primer y más elemental derecho, el de vivir. Los niños golpeados hasta morir, a veces en sus propias casas. Los jóvenes asesinados por la violencia de los barrios, por traspasar las fronteras invisibles. Los jóvenes muertos en accidentes de tránsito. Los jóvenes muertos por una sobredosis. Los jóvenes que se quitan la vida por no ser capaces de sobrellevar sus problemas. Los niños y jóvenes muertos por las armas químicas en guerras que parecen nunca terminar. Los niños y jóvenes muertos en escuelas en las que un loco empieza a disparar. Las jóvenes que mueren por el cáncer de cuello uterino o por el cáncer de

mama. Los niños y los jóvenes inmigrantes que mueren intentando llegar a una tierra que los salve. Los niños y los jóvenes que se nos mueren por una bacteria invencible, por un virus que se creía que no los atacaba a ellos. Y todo niño, todo joven muerto es una esperanza muerta. A menos que ahí, con nosotros, esté Jesús.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

Señor Jesús,

no dejes morir a tus muchachos,

no dejes morir del todo a tus niñas.

Tú que eres la Luz, ilumínalos;

Tú que eres la Palabra, háblales al corazón;

Tú que eres la Vida, levántalos;

que necesitamos bien viva a nuestra niñez, a nuestra juventud,

que necesitamos bien viva nuestra esperanza.

Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN:

JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ Y PUESTO EN BRAZOS DE SU SANTÍSIMA MADRE



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según san Marcos (15,42-43.46a)

Al anoecer, como era el día de la Preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro noble del Sanedrín, que también aguardaba el reino de Dios; se presentó decidido ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Este compró una sábana y, bajando a Jesús, lo envolvió en la sábana.

Lentamente, como para no herir más al malherido; lentamente, para no matar más al que se ha quedado muerto; lentamente, con la delicadeza de quien carga a un pequeño niño, al más frágil, al más débil, al más vulnerable; lentamente, así lo bajaron de la cruz. Y lo dejaron, como años antes lo dejó un ángel, en los brazos de María, dormido junto a su pecho, descansando en su mirada. Ella lo veía, repasaba ese cuerpo hermoso

y conocido y conservaba todas esas cosas en su corazón. ¡Ah! Y una vez más le preguntó: “¿Por qué?” “Es que no sabías —le dijo a los doce años— que tenía que estar en las cosas de mi Padre”. Y éstas eran las cosas del Padre: morir de amor.

Escuchen niños, escuchen jóvenes, escuchen, no tienen que quedarse en el cansancio de la vida, en el agotamiento de la existencia. Lentamente, delicadamente, con cuidado y con mimo, sabiendo lo frágiles y débiles que son ustedes, Él los baja de sus cruces y los cuida y los guarda en su regazo, como una madre a su niño, como una gallina que cubre con sus plumas a sus pollitos. Porque ustedes, muchachos, ustedes, niñas, ustedes son las cosas del Padre de las que Él se tenía que encargar y por ustedes, para ustedes, para que tuvieran una oportunidad sobre la tierra, Él se entregó y amó hasta el extremo. Hoy descansan. Cierren sus ojitos y descansen. No más, no sufran más, no se hagan daño más; déjense acunar, déjense querer, déjense salvar, no tengan miedo y escuchen el arrullo con el que Dios los arrulla: fue todo por su amor.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús que estás en brazos de María,
lleva a tus amados jóvenes a descansar contigo,
a descansar en Ti,
porque en Ti tienen Madre,
en Ti tienen la vida,
por Ti tienen a Dios
y gracias a Ti la última palabra la tiene el amor.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN:

JESÚS ES SEPULTADO



V. Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa muerte y cruz redimiste al mundo.

Lectura del Evangelio según San Juan (19, 38-41)

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús –pero secretamente, por temor a los judíos– pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se la concedió, y él fue a retirarlo. Fue también Nicodemo, el mismo que anteriormente había ido a verlo de noche, y trajo una mezcla de mirra y áloe, que pesaba unos treinta kilos. Tomaron entonces el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con lienzos, agregándole la mezcla de perfumes, según la costumbre de sepultar que tienen los judíos. En el lugar donde lo crucificaron había un jardín y en el jardín, una tumba nueva, en la que todavía nadie había sido sepultado. Como era para los judíos el día de la Preparación y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

No era un sepulcro muerto, era un jardín y en el jardín un tálamo nupcial. Así nos lo presenta San Juan. Él, el Novio, el Esposo, el Amado, está dormido, como cuando el primer hombre se durmió para que de su costilla surgiera la mujer, en el primer Paraíso, en el Paraíso perdido. Era un jardín y a Él lo llenaron de perfumes y aromas, preparado para el amor, preparado para la primera mañana de la nueva creación, y para el amanecer del nuevo y definitivo Paraíso. Era un jardín y en el jardín se recostó. Porque Él permanece en el jardín, en el jardín secreto que habita, guardado y protegido, en cada uno de nosotros. Era un jardín y en el jardín aguarda el Amado, aguarda esperando que lo busquemos para regresar, al fin, después de tantas lágrimas, al amor, al verdadero amor. Sí, no era un sepulcro. Era un jardín.

Muchachos, niños y niñas tan queridos, escuchen la voz del Amado, escuchen la llamada de quien realmente los ama. Para Él, mis niños, para Él ustedes son verdad y belleza y bondad. Cada uno de ustedes fue creado a imagen y semejanza de Él, con la luz de Él, con su Palabra creadora en ustedes, con un resplandor en su interior, el resplandor de Dios, con una vida llamada a ser inextinguible, invitada a ser eterna. No pierdan el rumbo de sus vidas: ustedes no son extravío, ustedes son encuentro. No se dejen esclavizar: ustedes son auténtica libertad. No se hundan en el engaño: ustedes no son mentira, ustedes son verdad. Porque ustedes son bellos y bondadosos. Porque ustedes llevan en su centro, adentro, adentro, en su interior más interior, un hermoso jardín secreto, donde habita

el Amado, donde habita el Señor. Escuchen. Se ha levantado, se ha despertado, viene delante de ustedes y grita delante de todos los sepulcros: “¡Lázaro, sal fuera!” Y, entonces, si quieren, pueden salir a vivir.

Padre nuestro que estás en el cielo...

Dios te salve María...

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo...

Oremos:

*Señor Jesús,
abre las prisiones injustas,
rompe los cepos y las cadenas,
levanta a todos de las tumbas
y regala a tus jóvenes el amor que los haga sentir
amados,
la bondad que les muestre su bondad,
la hermosura que les devuelva su belleza
y la vida, tu vida, que los haga sentir realmente vivos.
Te lo pedimos a Ti que vives y reinas por los siglos de
los siglos.*

Amén.

Conclusión

Hemos completado el camino de la cruz, al menos simbólicamente. El verdadero camino aún hay que caminarlo. Pero sabemos que, si Jesús está, lo podremos andar mejor. Al fin de cuentas, Él es el camino, la verdad y la vida. Los jóvenes no están solos. Nunca lo han estado. Dios es alegre y joven. Jesús es la misma juventud. Es la plenitud de la vida, erguida y victoriosa, joven, muy joven, más aún, Él es dulce y tierno a la altura de un niño. Y dice el Evangelio que abrazaba a los niños y los bendecía imponiéndoles las manos. Pues bien, terminemos esta Vía de la Cruz sintiendo su abrazo y dejando venir sobre todos nosotros su amorosa bendición.



Meditación #19
SÁBADO SANTO

Image by Shutterstock

EL GRAN
SÁBADO

¿Qué es lo que hoy pasa?

Un gran silencio se cierne sobre la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey está durmiendo; la tierra está temerosa y no se atreve a moverse, porque el Dios hecho hombre se ha dormido y ha despertado a los que dormían desde hace siglos. El Dios hecho hombre ha muerto y ha puesto en movimiento la región de los muertos.

En primer lugar, va a buscar a nuestro primer padre, como a la oveja perdida. Quiere visitar a los que yacen sumergidos en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Dios y su Hijo van a liberar de los dolores de la muerte a Adán, que está cautivo, y a Eva, que está cautiva con él.

El Señor hace su entrada donde están ellos, llevando en sus manos el arma victoriosa de la cruz. Al verlo, Adán, nuestro primer padre, golpeándose el pecho de estupor, exclama, dirigiéndose a todos:

— «Mi Señor está con todos ustedes.»

Y responde Cristo a Adán:

— «Y con tu espíritu.»

Y, tomándolo de la mano, lo levanta, diciéndole:

— «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo.»

Entonces, el Señor de la gloria añade:

— «Yo soy tu Dios, que por ti me hice hijo tuyo. Por ti y por todos estos que habían de nacer de ti, digo, ahora, y ordeno a todos los que estaban en cadenas: “¡Salgan a la libertad!”, y a los que estaban en tinieblas: “¡Sean iluminados por la verdadera luz!”, y a los que estaban dormidos: “¡Levántense!”

»Yo te lo mando: “¡Despierta, tú que duermes, porque yo no te he creado para que estuvieras preso en la región de los muertos. Levántate de entre los muertos, yo soy la vida de los que han muerto. Levántate, tú, obra de mis manos; levántate, tú, efigie mía, tú que has sido creado a mi imagen y semejanza. Levántate, salgamos de aquí; porque tú en mí y yo en ti somos una sola cosa.

»Por ti, yo, tu Dios, me he hecho hijo tuyo. Por ti, siendo tu Señor, asumí tu misma apariencia de esclavo. Por ti, yo, que estoy por encima de los cielos, vine a la tierra, y aun bajo tierra. Por ti, que eres un hombre, vine a ser como tú un hombre sin fuerzas, abandonado entre los muertos. Por ti, que fuiste expulsado del jardín del Paraíso, fui entregado a los judíos en un huerto y sepultado en un jardín.

»Mira los salivazos de mi rostro; los recibí, por ti, para restituirte el primitivo aliento de vida que inspiré en tu rostro. Mira las bofetadas de mis mejillas; los soporté por ti, para reformar a imagen mía tu rostro deteriorado. Mira los azotes

de mi espalda, los recibí por ti, para quitarte de la espalda el peso de tus pecados. Mira mis manos, fuertemente sujetas con clavos en el árbol de la cruz; me las dejé maltratar por ti, por ti que en otro tiempo extendiste funestamente una de tus manos hacia el árbol que quitaba la vida.

»Me dormí en la cruz, y la lanza penetró en mi costado, por ti, de cuyo costado salió Eva, mientras dormías allá en el Paraíso. Mi costado traspasado ha curado el inmenso dolor del tuyo. Mi sueño te sacará a ti del sueño de la muerte. La lanza que penetró mi corazón ha detenido para siempre la espada de fuego que se alzaba contra ti.

»Levántate, amado mío, vayámonos de aquí, abandona conmigo el lugar de los muertos. El enemigo te hizo perder el Paraíso; yo, en cambio, te pongo, no ya en el Paraíso, sino en el trono celestial, en la presencia de mi Padre. Te prohibí comer del simbólico árbol de la vida; mas he aquí que yo, que soy la Vida Eterna, estoy unido a ti y te entrego mi Cuerpo como verdadera comida y mi Sangre como verdadera bebida. Puse a los ángeles a tu servicio, para que te guardaran; ahora hago que te adoren en calidad de Dios.

»Ven, ven conmigo, tienes preparado un trono de querubines, están dispuestos los mensajeros celestiales, construido el lecho nupcial, preparado el banquete, adornados los eternos tabernáculos y mansiones, a tu disposición el tesoro de todos los bienes divinos, y preparado para ti, desde toda la eternidad, el Reino de Dios.

Meditación #20
PASCUA

**NO BUSQUEN ENTRE
LOS MUERTOS AL QUE**

VIVE

**“ Yo soy la
Resurrección y la
Vida:
el que tiene fe en
mí, aunque muera,
vivirá;
y todo el que está
vivo y tiene fe en mí,
no morirá jamás».**

(Juan 11, 25-26)

Por todo Jerusalén sólo había rumores, gritos, el ir y venir de la gente en la Fiesta de la Cosecha y el eco de la predicación de unos hombres que parecían borrachos en plena mañana. Hablaban de una gran alegría, de un inmenso amor entregado, de un Crucificado que estaba vivo, de un tal Jesús de Nazaret que había sido asesinado, pero que ahora había sido constituido por Dios Señor y Mesías. Los que predicaban eran los antiguos discípulos del Maestro de Nazaret. Se habían vuelto a reunir con Pedro a la cabeza y, juntos de nuevo, sintiendo una fuerza inexplicable en su interior, volvieron a la ciudad de la cual antes habían salido huyendo, y volvieron para predicar el nombre de ese Jesús al que antes habían abandonado. Volvieron llenos de alegría, ellos que habían escapado llenos de miedo y desesperanza.

Nadie entendía. ¿Cómo era que estos hombres con miedo, ahora anunciaban con valor? ¿Cómo era que estos hombres desunidos ahora formaban un grupo de creyentes con un sólo corazón y una sola alma? ¿Cómo era que estos hombres temerosos, ahora entregaban su vida por entero, unos muriendo apedreados, otros crucificados, otros decapitados y todo por anunciar a Jesús?

Algo les había sucedido. Algo habían sentido que les cambió completamente la vida. Algo habían visto.

Así comenzó un dinamismo que transformó la historia. Unos hombres borrachos de alegría que empezaron a predicar en plena mañana que la muerte no existe, que sólo es verdad el amor, que Dios es vida, que tiene sentido la esperanza porque el Señor vive, ¡porque Cristo Resucitó!



1.
DIOS LO LEVANTÓ
DE ENTRE
LOS MUERTOS

La Resurrección de Jesús, tal y como nos viene presentada en el Nuevo Testamento, no es un invento del hombre, ni un descubrimiento de los apóstoles, ni una deducción piadosa de la comunidad cristiana, sino una intervención de Dios. Dios tomó la iniciativa. Por eso, la Resurrección es una acción de Dios: Dios levantó a Jesús de entre los muertos y lo ha constituido Señor y Mesías; Él es ahora causa de salvación para todos los que creen en Él.

La Resurrección de Jesús es un SÍ de Dios:

- Dios le dijo SÍ a la vida de Jesús, se identificó plenamente con Él, con su experiencia, con su amor, con su praxis, con sus palabras, con su predicación, con su muerte en la Cruz. La Resurrección es el respaldo de Dios a la vida salvadora de Jesús. Ahora, desde esta luz que da la Resurrección, se puede entender que Dios estaba con Jesús, que todo lo que Jesús dijo e hizo, lo dijo y lo hizo “diosmente”; que el vivir de Jesús, fue el lugar donde con toda evidencia y transparencia Dios se nos mostró de manera definitiva y total.
- Dios le dijo SÍ a la vida de la humanidad, se comprometió totalmente con ella para salvarla. Toda la vida de Jesús fue salvación, fue entrega a los pobres, a los descreados, a los pecadores, a los perdidos, a los impuros. Con todo, el mal de la humanidad quiso ser más fuerte. La humanidad no sólo rechazó la salvación, sino que

persiguió, ultrajó y asesinó a quien le traía la salvación. Parecía que ya no era posible más amor por parte de Dios, que sólo quedaba espacio para la cólera o el desprecio y que la humanidad le había dado un terrible portazo a la misericordia divina. Pero Dios Resucitó a su Hijo y nos lo volvió a entregar como causa definitiva e imperecedera de salvación. Si algo quedó claro a la luz de la Resurrección, era que Dios no desesperaba, que confiaba infinitamente en la humanidad, que tenía un perdón sin límites, que ya nada ni nadie podía separar al ser humano del amor de su Dios.

Dios no quiso la muerte, Dios no quiso la injusticia, Dios no quiso un NO.

Dios optó definitivamente por la VIDA, eligió la JUSTICIA, dijo SÍ a todo el amor y a todas las promesas y a toda la salvación.

Cristo Resucitado es el SÍ de Dios: Dios cree en nosotros, Dios confía en nosotros, Dios nos ama y no quiere dejar de amarnos.



2.

EL VIVIENTE SE DEJÓ

VER POR

NOSOTROS

La Resurrección es, además, una experiencia vital del hombre. Dios lo resucitó, pero él también quiso dejarse sentir, quiso que lo vieran y sintieran viviente.

Nunca podremos decir cómo fue la Resurrección. Eso es algo tan fascinante e inefable que ni siquiera el Nuevo Testamento intentó narrar esa realidad misteriosa. Podemos eso sí, procurar decir cuál fue la experiencia que tuvieron los apóstoles. ¿Qué fue lo que sintieron?

- **Se sintieron profundamente perdonados por el Resucitado:** Ellos le habían fallado a Jesús. El Señor había dicho muchas veces que había que seguirlo a Él, que había que entregar la vida por amor, que era necesario confiar absolutamente en Él. Sin embargo, ellos que le habían seguido tanto tiempo, no lo siguieron en el último y definitivo momento. Ellos no lo acompañaron, ellos desconfiaron, ellos perdieron la fe, ellos huyeron con miedo, le fallaron a Jesús. Sin embargo, pronto empezaron a sentir que Él no había roto la relación con ellos. Lo sintieron vivo, lo vieron presente y supieron que el Señor de nuevo les ofrecía su amistad. Sintieron, así, que el Señor les daba el perdón más grande. Todo se los perdonaba: el olvido, la traición, la negación, la huida, el abandono, la desconfianza; todo. Por una vez más y ahora de manera definitiva, el Amor de Jesús era absolutamente incondicional: los amaba así como eran.

- **Se sintieron íntimamente transformados por el Resucitado:** Pero lo más especial, es que todos ellos se sintieron íntimamente cambiados. La vida de ellos se podría dividir en un antes y un después de la experiencia del Resucitado, porque cuando lo sintieron vivo, lo sintieron al mismo tiempo transformándose la vida entera. En vez de miedo, hubo valor; en vez de pugnas y divisiones entre ellos, aprendieron a construir la unidad; dejaron de huir para anunciar valientemente el nombre de Jesús; ya no le temieron a la muerte, por el contrario, se ofrecieron a sí mismos con la alegría de saber que esa era su forma de dar pleno testimonio de Jesús. Cambiaron totalmente sus valores, todo lo que para ellos era antes valioso, se les volvió basura al lado de lo grande que fue haber sentido vivo al Señor. Las riquezas, los primeros puestos, el poder, los placeres, las pasiones, las antiguas creencias, sus proyectos, todo eso que antes era tan importante para ellos, se les volvió algo vacío, sin sentido, sin verdad. Ahora sentían unas ganas locas de amar, de entregar la vida, de irse por ahí a anunciar al Señor. Fue un cambio, un gigantesco cambio. Ellos ya no eran los mismos. Ahora al fin eran felices, al fin podían amar, al fin sentían su vida llena del todo. Sintieron entonces que un cambio tan grande sólo podía ser obra de un Dios Vivo y es que Jesús estaba presente en medio de ellos, Resucitado y resucitándolos.

- **Se sintieron enviados por el Resucitado a anunciar el Evangelio:** Con todo, la experiencia que ellos tuvieron no se quedó en ellos mismos. Lo que sintieron era algo tan grande, tan fuerte, que ya no podían quedarse quietos ni callados; era necesario salir, arriesgar la vida, anunciar, gritarle al mundo y a la gente toda, que Jesús, el de Nazaret, el mismo que habían matado en una cruz, estaba vivo y tenía el poder de perdonar y transformar al ser humano. Ellos mismos, perdonados y cambiados íntimamente por el Resucitado, eran la muestra viviente de ese poder perdonador y transformador de Jesús. Una Buena Nueva, la más alegre noticia de la historia era la que ellos anunciaban: Dios se nos ha mostrado en Cristo y por él nos ha dicho que nos ama y que nos ama para salvarnos, y que, por eso, nos lo puede perdonar todo y nos puede transformar del todo..., sólo es necesario confiar en él.
- **Sintieron un Amor de entrega total, como el del Señor:** Sin embargo, la experiencia más fuerte que tuvieron del Resucitado, fue ese dinamismo extraño que sentían en su interior y que los llevaba a dar la vida por los hermanos, a morir anunciando el Evangelio. Ellos, que se habían escandalizado ante la cruz del Maestro, ellos, que habían tenido miedo de morir, ahora estaban tan transformados que sentían un amor grande, muy grande, un amor que les daba la capacidad de sufrir por Cristo y de sufrir como Cristo. Es más, llegaron

a sentir un amor tan total, que no sólo entregaban a la vida, sino que ansiaban, deseaban intensamente hacerlo. Querían morir por Jesús, querían sufrir por amor, querían subir a la cruz, querían amar como Jesús amó, hasta el extremo. Tanto habían cambiado.

Un amor entregado, un amor crucificado, así se volvieron ellos. Quien los veía, veía a Cristo, veía a Jesús amando y dando la vida entera. Por eso, quien los veía, ya no dudaba: ¡Es verdad, Cristo ha resucitado!

Así lo vieron y así lo sintieron. Uno a uno, todos lo fueron sintiendo presente en sus vidas, maravillosamente vivo. Todos fueron sintiendo y viendo al Resucitado. Todos descubrieron un perdón, un cambio interior, un envío, un amor. Todos se unieron para anunciar una misma fe en el Mesías Jesús que había sido crucificado, y que ahora estaba vivo y vivo para siempre.

3. TESTIGOS DEL VIVIENTE



La experiencia del Resucitado no es una experiencia del pasado. Todo cristiano, toda persona que se acerca a Jesús con fe, lo siente vivo. Es más, sólo es verdadero cristiano el que ha sentido vivo al Señor. Mientras uno no vea y sienta al Resucitado, la fe de uno seguirá siendo una mera costumbre, algo que no afecta la vida entera. En cambio, el que ha tenido el don de ver y sentir vivo al Señor, ya no duda, todo lo entrega por Cristo y Cristo se vuelve su única alegría y su única Esperanza.

Y tú, ¿has sentido vivo al Señor?

– **Sentir vivo al Señor es sentir que el Señor te ama:**

Es sentir que Dios le ha dicho sí a tu vida. Es sentir que el Señor te acepta, que te quiere incondicionalmente, que lo ha dado todo por ti a cambio de nada; es más, es sentir que no tienes que ser de ninguna manera para que él te ame, porque te ama y eso basta. Quien ha sentido el amor de Dios ya no tiene dudas, ya no necesita buscarse escapes. Quien ha sentido el amor de Dios ya sabe que el dinero poco vale, que las pasiones humanas pasan y hastían, que los placeres del cuerpo dejan todos un sabor amargo en la vida, que los amores humanos son bellos, pero nunca tan bellos como el amor de Dios. Quien ha sentido el amor de Dios, ha sentido vivo al Señor, lo ha sentido a su lado, amoroso y resucitado. ¿Has sentido alguna vez la ternura de Dios en tu vida? ¿Lo has sentido cercano? ¿Es Él tu más

dulce amor? ¿Sientes que Él es una presencia en todos tus espacios, una luz en tus oscuridades, una fuerza en tu debilidad? ¿Sientes que es Él el único amor que nunca podrás perder?

- **Sentir vivo al Señor es sentir que el Señor te ha perdonado:** Es sentir que el Señor está perdonando todos tus olvidos. También tú lo has abandonado. Al llegar a cierta edad lo fuiste olvidando quizá o postergando detrás, muy detrás de lo que creías importante. Tal vez llegaron momentos en los que ni siquiera lo tenías en cuenta al tomar tus decisiones, momentos en los que no volviste a hablar con Él en la intimidad, momentos en los que le cerraste las puertas de tu alma. También tú lo has negado. Quizá preferiste otros dioses y otros valores, y vendiste su presencia en tu vida por mucho menos que por treinta monedas de plata. Tu vida y tus afectos los has entregado a otros, a otros que no te aman tanto como el Señor; pero a otros. También tú te has avergonzado de Él. Tal vez delante de tus amigos te ha dado pena hablar del Señor, decir que rezas en las noches, confesar que crees en un Dios tan sencillo, tan pequeño, tan pobre, tan humano. También tú has huido. Has seguido al mundo con sus modas, sus riquezas aparentes, sus amores fáciles, sus placeres atractivos, sus valores sin valores y no has seguido al Señor, no has amado con Él, no has servido a tus hermanos como Él lo hace, no has entregado tu vida

como Él la entrega. Y, sin embargo, el Resucitado es un perdón de Dios siempre ofrecido. Nada, nada te puede separar del amor del Señor. Nunca estarás tan lejos de Él, que Él no te pueda alcanzar. Sólo hace falta volver, sólo es necesario abandonar los caminos perdidos, sólo se requiere seguirlo de nuevo, amarlo de nuevo, entregársele de nuevo.

- **Sentir vivo al Señor es sentir que el Señor te está transformando:** Tal vez muchas personas, quizá tú también, puedan dividir sus vidas en dos momentos: antes de conocer a Cristo y después de conocer a Cristo. Antes de Cristo hay una manera de entenderlo todo, una forma de pensar y sentir que está marcada por el egocentrismo, por la búsqueda de sí mismo, por la falta de escrúpulos con tal de beneficiarse uno, llenarse uno, agradarse uno, darse gusto uno, poseer uno, dominar uno, ganar uno. Después de Cristo viene la capacidad de negarse uno a sí mismo, la capacidad de cargar la cruz, la capacidad de seguir al Señor en su manera humilde, sencilla, despojada, pura e inocente de amar y de amar hasta las últimas consecuencias. Ahí está el Señor. Él es el único que transforma al ser humano en otro tipo de ser humano; Él es el único que tiene la capacidad de hacerte la mejor versión de ti. Y tú, ¿te dejas encontrar, te dejas transformar? ¿Y qué es lo que el Señor querría transformar en tu vida?

- **Sentir vivo al Señor es sentir que el Señor te envía para dar testimonio:** Es sentir que tu vida no es sólo para ti, que estás hecho para los demás, especialmente para los necesitados de amor. Es sentir que tienes una misión. Alguien que ha sentido vivo al Señor no se puede quedar callado. La alegría que uno siente cuando se ha sentido amado, perdonado y transformado por el Señor, es una alegría que pide ser comunicada. Tú, ¿qué es lo que comunicas? Sentir la Resurrección es comunicar alegría, alegría auténtica, alegría de esa que permanece aún en los más duros momentos. Sentir la Resurrección es comunicar esperanza, esperanza contra toda esperanza, esperanza cuando todos los optimismos humanos vacilan, esperanza cuando estamos amenazados de angustia y desespero. Sentir la Resurrección es comunicar fe, fe en medio de tantas dudas e incertidumbres, fe en el triunfo de la humildad sobre el poder, en la victoria de la benevolencia sobre la maldad, en la prevalencia de lo mejor de cada uno, sobre lo peor que llevamos por dentro. Sentir la Resurrección es comunicar perdón, perdón de lo imperdonable, perdón de las heridas pasadas, perdón para los seres queridos, perdón de los rencores celosamente guardados, perdón de los resentimientos largamente cultivados, perdón de eso que cuesta a cada uno perdonarse. Sentir la Resurrección es comunicar amor, amor que sirve sin esperar recompensa, amor

que se entrega sin exigir nada a cambio, amor para los olvidados, amor para los sufridos, amor para los pobres, amor para los pequeños, amor para los que creen no merecer amor. Sentir la Resurrección es comunicar a Cristo, a Cristo que es la alegría, a Cristo que es la esperanza, a Cristo que es nuestra fe, a Cristo que es todo el amor.

- **Sentir vivo al Señor es sentir que el Señor te regala un Amor más total:** Es sentir que va creciendo en tu vida un amor más grande que tu mismo amor. Hasta ahora tus amores han sido amores de poquedad: tu familia —y eso con todos los problemas que suele haber en familia—, tu amigo, tu amiga, tu persona especial... Pero, en todo caso, amores que te devuelven algo —o mucho— a cambio de lo que tú das. Pero la llegada del Señor Resucitado a la vida, revoluciona los amores. Uno va sintiendo un deseo irreprimible de entregarse a los demás, de servir, aunque a uno no lo sirvan; de comprender antes que ser comprendido; de perdonar, sin exigir ser perdonado; de amar, a pesar de no ser uno amado. Ese nuevo amor gusta de la cercanía de los pequeños y de los débiles; atraen los pobres y los que sufren y uno querría pasarse la vida entera entre ellos. Es más, llega el momento en el cual uno le encuentra el gusto al sufrimiento por amor y el instante en el cual uno querría morir para salvar la vida de alguien o simplemente para ir más pronto al

encuentro definitivo con Dios. Cuando uno descubre al Resucitado, el amor cambia, deja de ser un juego de egoísmos, deja de ser una búsqueda de sí mismo, deja de ser un mecanismo de placer. Cuando uno descubre al Resucitado al amor se vuelve entrega total y es entonces cuando uno se vuelve parecido al Jesús de la Cruz. A la larga, sentir al Resucitado es aprender a dar la vida por los demás.

- **Sentir vivo al Señor es sentir que ahora, ya todo tiene sentido:** Es sentir que nada puede ser más grande, ni más fuerte, ni más definitivo que la vida. Solemos andar por la existencia llenos de miedos. Tenemos miedo a ser descubiertos en nuestros secretos, miedo al castigo, miedo a dar demasiado, miedo a ser engañados, miedo a ser reprendidos, miedo a equivocarnos, miedo a sufrir, miedo a las enfermedades, miedo al dolor, miedo a perder la alegría, miedo al despojo, miedo a la pobreza, miedo a la angustia, miedo a la muerte. Somos miedo. La mayor parte de nuestras maldades nacen de los miedos. Descubrir al Resucitado es destruir el miedo. Ya no hay miedo porque no hay nada que temer, porque desde que Cristo resucitó, todo lo bueno, todo lo noble, todo lo verdadero, todo lo bello es posible. Al resucitar a Jesús de entre los muertos, Dios demostró que había optado definitivamente por la humanidad, por los pequeños, por los pobres, por los necesitados de vida. Ya nada nos puede separar del Señor, Él se nos ha

regalado para siempre. Por eso, ya no hay miedo, ningún miedo, porque Dios está con nosotros. Ni el problema familiar, ni la crisis actual, ni los complejos que uno tiene, ni los problemas agobiantes, ni los sufrimientos de la infancia, ni las soledades, ni siquiera un virus mortal, nada te puede separar de la ternura del Señor. Porque sabes que Él está vivo y sabes que, justamente por eso, todo tiene sentido. Sabes que tu vida tiene un valor infinito, tiene el valor de Cristo que se entregó por ti. Sabes que vale la pena tu amor, que vale la pena tu bondad, que vales la pena tú. Con Jesús Resucitado todo tiene sentido. Los demás podrán desesperarse, tú no..., porque tú sabes que tu Redentor vive y que en Él nunca se agota la esperanza.

“

**Como el grano de trigo
que al morir da mil frutos,
resucitó el Señor;
como el ramo de olivo
que venció la inclemencia,
resucitó el Señor;
como el sol que se esconde
y revive en el alba,
resucitó el Señor;
como pena que muere
y se vuelve alegría,
resucitó el Señor.
El amor vence al odio,
y el sencillo al soberbio,
resucitó el Señor.
La luz vence a las sombras
y la paz a la guerra,
resucitó el Señor».**

(José Antonio Olivar)

Meditación #21
PARA NUESTROS ESTUDIANTES

**EN UNA HORA
INDESEABLE**

GRACIAS

**CUANDO NO DAN GANAS
DE DAR GRACIAS**



Queridos muchachos, queridas niñas, los extraño un montón. Cada vez que doy una vuelta por el colegio veo tristemente todo en su sitio: el pasto podado, los jardines florecidos, la fuente de la Virgen manando agua, los salones limpios y en orden, las banderas ondeando, las canchas limpias...; sí, todo en su sitio, todo, menos ustedes. Ustedes no están. Y faltando ustedes, falta el alma, falta el corazón, falta la razón de ser de todo eso otro que está en su sitio.

Hace ya demasiados días que a ustedes los recluyeron en sus casas con dos disculpas, la de protegerlos y la de que era posible que fueran contagiadores de la pandemia que estamos viviendo. No dudo en las buenas intenciones de lo primero, pero lo segundo es cada vez más puesto en duda por expertos mundiales. A medida que pasan los días y que se prolonga más y más el confinamiento de los niños y adolescentes, hay más inquietudes sobre si todo esto que los han puesto a padecer y sufrir realmente se justifica.

Creo que ustedes han sido dignos de admiración. En medio de la indisciplina social de muchos, de la informalidad e incluso de la rebeldía de algunos, los niños y los adolescentes han estado ahí en sus casas, asistiendo a clases virtuales, adaptándose a las herramientas y plataformas online, haciendo el esfuerzo por poner la mejor cara ante las peores circunstancias, sobrellevando el alejamiento de familiares, amigos y compañeros, renunciando al picadito de fútbol o de baloncesto, llenando el tiempo con pantallas, salvando amistades por Whatsapp y viendo pasar los días mientras les

aplazan una y otra vez la fecha del día del regreso.

Comprendo que el paso del tiempo les ha ido haciendo mella a algunos. Me imagino que no es lo mismo la actitud del primer día de clases virtuales, a la actitud de “otra vez clases virtuales” después de un mes, o mes y medio, o más aún si siguen cambiando los plazos. De la tranquilidad se puede pasar a la zozobra, de la ilusión a la preocupación, de la sencilla alegría de la niñez o la juventud a la tristeza de la monotonía y la rutina, de los sueños del principio a los miedos de semanas después, de sentirse con fuerzas y ánimos a tener dolorosos bajones e incluso tocar fondo sin demasiadas ganas de levantarse. No les extrañe, mis niños y niñas, eso nos pasa a todos. Nada más difícil en la vida que soportar momentos de dificultad, nada más desafiante que tener que vivir esas horas que uno por nada del mundo desearía tener que vivir. Ciertamente que cuando todo pase, hasta diremos que aprendimos mucho, que nos volvimos más fuertes, que cambiamos para mejor; pero eso será después, porque, por ahora, mientras dure esta hora indeseable, cada día es un reto que a veces luce superior a nuestras fuerzas.

Por eso, hoy quiero acompañarlos con una sencilla reflexión, la de vivir dando gracias. El otro día una columnista del periódico *El Tiempo* se burlaba del Presidente porque todos los días comenzaba su programa dando gracias a Dios. Decía ella de manera sarcástica que “¿dar gracias de qué?”. Obviamente ante sus ojos críticos con todo esto de la pandemia, los contagiados, los muertos, las UCIs, la economía emproblemada, los empleos perdidos, el confinamiento, el

pico de la enfermedad que no llega, no hay ninguna razón para dar gracias. A lo mejor, algunos de ustedes, viendo como van las cosas y tal vez sufriendo realidades personales en sus propios hogares, han llegado a pensar lo mismo que ella. Y, sin embargo, yo quiero invitarlo a vivir dando gracias, sobre todo en este momento en que tal vez no dan ganas de dar gracias. Dar gracias, mis niños y niñas, les puede salvar la vida.

Hay dos maneras de mirar la realidad: la queja o el agradecimiento.

La realidad siempre es la misma, es simplemente la realidad. En verdad, la realidad no es ni infortunio ni fortuna. La realidad es sólo la realidad y verla como algo fantástico o terrible depende de nuestra mirada y no de la realidad misma. Hay una parábola oriental que habla de un granjero chino que, en medio de su humildad y su pobreza no juzga la realidad, sino que la recibe tal y como es:

““ *Un granjero chino vivía en una pequeña y pobre aldea. Sus vecinos le consideraban afortunado porque tenía un caballo con el que podía arar su campo. Un día el caballo se escapó a las montañas. Al enterarse los vecinos acudieron a consolar al granjero por su pérdida. “¡Qué mala suerte!”, le decían. El granjero les respondía: “¿Mala suerte, buena suerte?, ¡quién sabe!”.*

Unos días más tarde el caballo regresó trayendo consigo una manada de hermosos caballos salvajes. Los vecinos fueron a casa del granjero, esta vez a felicitarle por su buena suerte. “¿Buena suerte, mala suerte?, ¿quién sabe!”, contestó el granjero.

El hijo del granjero intentó domar a uno de los caballos salvajes, pero se cayó y se rompió una pierna. Otra vez, los vecinos se lamentaban de la mala suerte del granjero y otra vez el anciano granjero les contestó: “¿Mala suerte, buena suerte?, ¿quién sabe!”.

Días más tarde aparecieron en el pueblo los oficiales de reclutamiento para llevarse a los jóvenes al ejército. El hijo del granjero fue rechazado por tener la pierna rota. Los aldeanos, ¿cómo no!, comentaban la buena suerte del granjero y ¿cómo no!, el granjero les dijo: “¿Buena suerte, mala suerte?, ¿quién sabe!”.»

La realidad es la realidad; lo aterradora que sea o lo preciosa que sea, depende de cómo la miremos. Ella no tiene en sí la fortuna o el infortunio, la buena suerte o la mala suerte. La realidad simplemente sucede y está en nosotros verla como un milagro o como una perdición.

La mirada de la queja es la mirada llena de negatividad y pesimismo, es la que siempre encuentra una razón para lamentarse y enojarse o entristecerse. La queja halla un defecto en todo, encuentra siempre una crítica por hacer, tiene la capacidad de maximizar los peros y minimizar lo valioso. La queja tiene la habilidad de centrarse en los defectos propios y

en los de los demás, incluso en los de las personas más amadas. La queja no disfruta del todo un paseo —pudo ser mejor—, ni una fiesta —algo debió haber estado mal—, ni una comida —tal vez mucha sal o quizá poca sal—. Siempre ese tono gris que desvaloriza los esfuerzos y sobrevalora las limitaciones. La queja es miope para ver la bondad de un intento generoso y brillante para señalar acusadoramente eso que salió mal o que, a su juicio, podría haber sido mejor. La queja disfruta indignándose, considerando que se le trata siempre con injusticia, creyendo que si algo le dan —que siempre es menos de lo que tendría que ser— es porque se lo deben. La queja envía correos a todos los destinatarios posibles para enterarlos de sus molestias y reclamos y lamentos que considera químicamente puros. La queja disfruta derramando bilis en las redes sociales, indisponiendo a unos contra otros, afectando la honra de personas e instituciones sin ninguna consideración, pues para la queja, sólo ella tiene que ser tomada en cuenta. La queja no calcula las palabras que usa, ni los juicios que hace, ni el poder destructivo de sus observaciones. La queja se considera con el derecho inalienable de gritar, vociferar, insultar, manotear y, si es necesario, amenazar, todo con tal de imponer su percepción quejosa del mundo. Como la realidad es tan injusta con ella, la queja se queja y no deja de quejarse y de queja en queja, y de tanto quejarse, convierte la realidad en tragedia y la tragedia en catástrofe. Decía recientemente el Papa Francisco:

“ Ahí está el pesimismo. Aquí la letanía diaria es: “Todo está mal, la sociedad, la política, la Iglesia...” El pesimista arremete contra el mundo entero, pero permanece apático y piensa mientras tanto: “¿de qué sirve darse a los demás? Es inútil”. De esa manera, en el gran esfuerzo que supone comenzar de nuevo, qué dañino es el pesimismo, ver todo negro y repetir que nada volverá a ser como antes. Cuando se piensa así, lo que seguramente no regresa es la esperanza.»

La mirada del agradecimiento es la mirada de la alegría y de la esperanza, es la que siempre encuentra una razón para seguir creyendo, la que halla luz en la oscuridad, oportunidad en la dificultad, aprendizaje en el fracaso, consuelo en la pena y gozo en las lágrimas. El agradecimiento valora el esfuerzo, pondera el intento, aprecia las cualidades y los talentos, pone de relieve la bondad y coloca en sus justas proporciones los defectos, limitaciones o errores. El agradecimiento descubre la Verdad, la Belleza y la Bondad esenciales que habitan en el interior de sí mismo, en todas las personas y en toda la creación. El agradecimiento valora la propia vida, aprecia la vida de los otros, mira con asombro y admiración las maravillas del cosmos del cual hacemos parte. El agradecimiento disfruta con lo pequeño tanto como con lo grande, valora los detalles sencillos y le basta una sonrisa, una escucha, una presencia, una tierna caricia, la simple certeza de saber que el amor está ahí. El agradecimiento goza con el paseo del día lluvioso, con la

fiesta imperfecta, con la comida humilde, con la poesía coja, con la canción destemplada, con las pecas del rostro, con los ruidos que hace el niño al dormir. El agradecimiento bendice y valora lo recibido por poco que sea, porque para el agradecimiento aún lo poco parece mucho. El agradecimiento es dulce y paciente, respetuoso y elegante, digno y noble, enamorado de la vida porque la ve preciosa, afectuoso con todos porque los sabe hijos de Dios, admirado del esplendor de todo lo que existe, porque para el agradecimiento todo es un milagro. El agradecimiento agradece y de gratitud en gratitud sana su corazón, sana a quienes le rodean y sana el mundo, porque quien es capaz de mirarlo todo dando gracias, transforma la realidad en maravilla y la maravilla en milagros de Dios.

Por eso, aunque alguien pretenda burlarse de ustedes, no hagan caso, vivan cada día dando gracias, dando gracias a Dios. No se dejen amargar el alma, no dejen que las penas y las dificultades los lleven al fondo. Levántense valientes y poderosos sobre los escombros de un momento indeseable que les ha tocado vivir y conviertan lo terrible en maravilla dando gracias. Den gracias por cada día que despunta, por el sol del amanecer, por el agua fresca cayendo sobre sus cuerpos cansados, por el alimento que llevan a sus bocas, por la clase que en unos minutos comenzará. Den gracias por tener vida, por tener un nombre, por tener familia por sencilla o imperfecta que ésta sea. Den gracias por los ojos con que ven, por los oídos con que oyen, por poder respirar, por tener manos para agarrar y piernas para caminar, por despertar en la mañana y por

dormir en la noche, por el latir del corazón y el pensar de sus mentes. Den gracias por sus maestros que se esfuerzan para llevarlos al conocimiento a pesar de las dificultades de hoy, por los compañeros y compañeras que extrañan, por los amigos y amigas que quieren, por saber que ustedes tienen almas hermosas capaces de amar. Den gracias porque contra toda oscuridad hay luz, porque contra toda tristeza vence la alegría, porque contra toda pena prevalece la esperanza y porque, desde que el más humilde murió en una cruz y resucitó, contra toda muerte hay vida y contra todo final hay infinito, hay Eternidad. En todo caso, mis niños y niñas, vivan dando gracias y verán que el mundo no sólo es mejor, sino maravilloso.

“ Existen dos formas de ver la vida: una es creer que no existen los milagros, la otra es creer que todo es un milagro».

(Albert Einstein)

WHEN YOU BELIEVE

(STEPHEN SCHWARTZ)



«Many night's we've prayed
With no proof anyone could hear
In our hearts a hopeful song
We barely understood,
Now we are not afraid
Although we know there's much to fear
We were moving mountains
long before we knew we could

There can be miracles
When you believe
Though hope is frail
It's hard to kill
Who knows what miracles
You can achieve
When you believe
Somehow you will
You will, when you believe.»



CUANDO TIENES FE

Durante muchas noches hemos orado sin tener la certeza de que alguien nos escuche.

En nuestros corazones hay una canción de esperanza que apenas podemos entender. Ahora ya no tenemos miedo. Aunque sepamos que hay mucho que temer, estamos moviendo montañas, más allá de lo que creíamos poder hacerlo.

Puede haber milagros cuando tienes fe.

Aunque la esperanza sea frágil, es difícil de matar.

Quién sabe cuantos milagros puedes lograr, cuando tienes fe.

De alguna manera los harás, si tienes fe.



Meditación #22
PARA NUESTROS PAPÁS: EN EL DÍA DEL PADRE

RECUERDOS DE UN AMOR DE PADRE



Recuerdo la carrera 51D, Juan del Corral, por allá en los años sesentas.

Hacia las ocho de la noche se quedaba desolada, en una ciudad que en aquella época estaba libre de los peligros de hoy. Antes de irme a la cama, yo tomaba mi triciclo y me preparaba para corretear con él por la acera de mi calle, desde una esquina hasta la otra y bajando por la rampa de la Iglesia de Jesús Nazareno. Pero antes de iniciar mi aventura, yo iba a buscar a mi papá y le decía: “Papito, ¿me cuidas?” Y él se asomaba a la puerta y me decía: “Tranquilo, hijito, que aquí estoy mirándote”.

Yo no sé qué tenía esa mirada de él, pero para ese niño que era yo, la mirada de mi padre era más fuerte que todos los peligros del mundo. Protegido por su mirada yo no podía tener miedo; protegido por su mirada nada podía sucederme; protegido por su mirada la calle estaba menos sola y la noche mucho menos oscura; y todo porque yo estaba guardado, protegido, fortalecido por la luz de su mirada.

Mientras yo pedaleaba gozosamente por la acera, él miraba a su pequeño hijo, y lo veía valioso, único, irremplazable —como muchas veces me ha costado inmensamente verme a mí mismo.

Mientras yo bajaba veloz por la rampa de la Iglesia, él me miraba y pensaba quizá que yo había sido elegido para cosas grandes, porque cuando uno ve hermoso a alguien, siempre lo ve elegido para algo maravilloso.

Y cuando agotado por el trajín del día guardaba mi triciclo y me preparaba para dormir, él me miraba por última vez y me daba su bendición (decía: “Jesús, María y José”), una bendición con la que crecí profundamente convencido de que todo podría faltarme en la vida, menos el amor cariñoso de mi papá mirándome.

¿Lo sientes? También a ti te ha mirado tu Padre y te ha mirado porque tú eres su Amado. Mientras correteas por la vida, detente un momento y lo verás pendiente de ti. Él es el que vive y te ve, Él es el que te mira, y puedes andar con gozo por la vida, como un niño feliz en su triciclo, porque a la puerta de la existencia, Él te mira, Él te ve. Y Él te da su corazón.

Queridos papás calasancios:

En este día del padre de este año en que más que nunca han tenido que ser padres, regalen miradas de amor, bendiciones de fe, vean a sus hijos e hijas llamados y elegidos para algo maravilloso, regalen todo su corazón y sientan el inmenso privilegio de haber sido escogidos por Dios para ser imágenes vivas de Él, el Padre Eterno, aquí en la tierra.

Vuélvanse a Dios y díganle:

““

*Padre, Tú que siempre me ves como hijo amado,
dame tu mirada;*

Tú que todo lo perdonas, dame tu benevolencia;

Tú que todo lo soportas, dame tu aguante;

Tú que todo lo entregas, dame tu ternura;

Tú que todo lo puedes, dame tu fortaleza;

Tú que siempre crees en mí, dame tu esperanza;

*Tú que tanto amaste al mundo que me diste a tu propio
Hijo, dame tu manera de amar.*

Y ya que me diste el privilegio de ser papá,

hazme un Padre como Tú.

Amén.

**PARA NUESTRA
FIESTA CALASANCIA:
UNA VEZ MÁS**



Ilustración: José Rodríguez

**“ A veces nuestra luz se apaga,
pero su flama regresa
cuando nos encontramos
con otro ser humano
que nos la enciende.
Cada uno de nosotros
le debemos las gracias
a los que nos han vuelto a
encender
nuestra luz interior».**

(Albert Schweitzer)

Una vez más, un año más, es Calasanz, es nuestra fiesta.

Por unos días haremos diversas actividades para disfrutar nuestra pertenencia a este sueño colectivo, a esta esperanza compartida, a esta alegría existencial, a esto de ser Calasanz que nos hermana e identifica.

Sabemos muy bien lo que estos días de fiesta significarán para nosotros. Serán días en los que intentaremos en la virtualidad vivir un poco de la alegría que siempre hemos procurado tener cada vez que celebramos nuestras jornadas calasancias. Todos estaremos muy ocupados divirtiéndonos un poco o coordinando las actividades preparadas para el disfrute de los demás. Pero hagamos lo que hagamos y estemos en lo que estemos, todos sabremos siempre que hay alguien en el fondo sosteniéndolo todo, dándole sentido y razón a estos días nuestros. Y ese alguien es Calasanz.

En 1592 Calasanz llegó a Roma para buscar un cargo eclesiástico que le permitiera ayudar en la reforma de la Iglesia y que, además de darle la oportunidad de coronar su carrera clerical, le ofreciera la posibilidad de llevar una vida cómoda y asegurada. Sin embargo, Jesús —el mismo que a tantos les ha cambiado la vida— y los niños pobres de las barriadas romanas, le trastornaron todos los planes. En 1597 comenzó a dirigir una escuelita en la sacristía de la iglesia de Santa Dorotea y a partir de entonces ya no quiso ni pudo abandonar a los niños. Los

muchachos se le metieron en el alma y él sólo quiso entonces, meterse a su vez en el alma de los muchachos, para dejarles la más hermosa herencia: su propia persona llena de alegría y esperanza, enamorada de Jesús.

Esto es en últimas lo que celebramos cada año cuando llegan estas fiestas de agosto y estos días calasancios. Más allá de nuestras alegrías tan pasajeras y de nuestras diversiones momentáneas, hay algo que permanece, algo que nos convoca y que es lo que realmente nos identifica. Y ese algo es Calasanz, su persona, sus valores, su amor, su alegría, su esperanza.

Por eso, por un año más no sólo es fiesta,
no sólo son días de actividades,
no sólo es esparcimiento.
Por un año más,
incluso por este desconcertante año,
una vez más,
es Calasanz.



LA PERSONA DE CALASANZ

Encontrarnos con Calasanz es encontrarnos con su forma de vivir, con lo que movió cada segundo de su existencia, con lo que lo llevó a entregarse por los niños, con lo que le permitió permanecer alegre y fiel, aun cuando todo se derrumbaba.

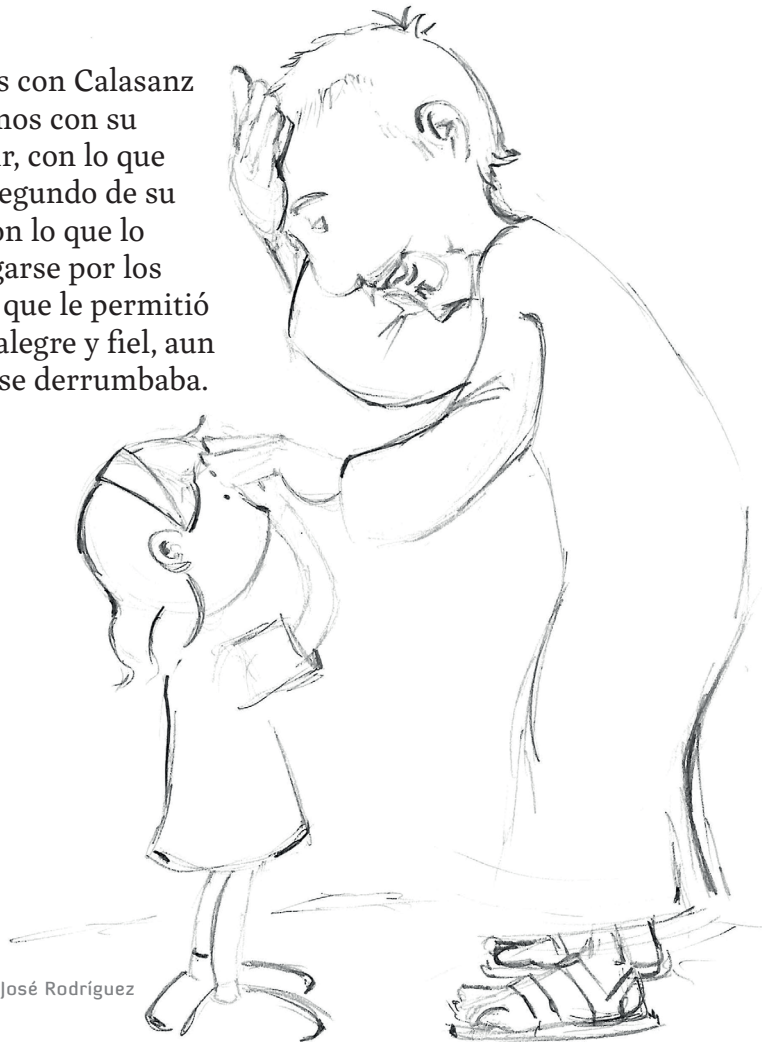


Ilustración: José Rodríguez

Tal vez creemos conocer a Calasanz porque conocemos los detalles anecdóticos de su vida: el nacimiento en Peralta de la Sal, los estudios en Valencia y Alcalá, el doctorado en Barcelona, el viaje a Roma, la infructuosa búsqueda de la canonjía, la escuelita del Trastévere, la fundación de la Orden de las Escuelas Pías, los sufrimientos de los últimos años, la muerte en la madrugada del 25 de agosto de 1648. Pero más allá de estos hechos que pueden parecer simplemente los datos de una historia, hay una persona viviente, un ser humano con sus ilusiones, sus sueños, sus amores y sus lágrimas. Calasanz no es un personaje del pasado. Calasanz es una Persona, es decir, es una manera de vivir y una manera de vivir que, aún hoy, interpela, inspira, convoca, ilusiona, anima e ilumina.

Encontrarse con Calasanz no es encontrarse con una pieza de anticuario, valiosa quizá, pero que no nos dice nada hoy, que no nos puede enseñar nada, pues está demasiado lejos en el espacio y en el tiempo. Encontrarnos con Calasanz es encontrarnos con su forma de vivir, con lo que movió cada segundo de su existencia, con lo que lo llevó a entregarse por los niños, con lo que le permitió permanecer alegre y fiel, aun cuando todo se derrumbaba. Y de esto no sólo podemos, sino que necesitamos aprender, porque cuando nuestra luz se apaga, es otro ser humano, otra persona, quien nos la puede de nuevo encender.

¿Quién es Calasanz?

- **Calasanz** es un hombre que se dejó encontrar por Dios y le permitió a Dios cambiarle la vida. Calasanz es, ante todo, un convertido. Acomodado, siendo un buen sacerdote y teniendo su vida asegurada, se dejó sin embargo cambiar la vida por un Dios que lo inquietó a los cuarenta años, cuando la mayor parte de las personas ya tiene su vida definida. Dios le llegó en la oración, en los pobres, en los niños, en las miserias de la Roma de la época y Calasanz lo dejó llegar, lo dejó entrar en su vida y le permitió relativizar todo lo que hasta ese momento era importante para él. Ante la irrupción de Dios en su existencia, todo lo que para él era ganancia, se le volvió basura, con tal de ser fiel a ese Dios que había visto entre los niños y al cual nunca quiso renunciar. Cuando después de años de espera al fin le comunicaron que había obtenido la anhelada canonjía que pretendió, respondió que ya había encontrado en Roma la manera definitiva de servir a Dios sirviendo a los niños pobres y que no la cambiaría por nada del mundo. Dios lo hizo sacerdote comprometido con la reforma de la Iglesia, Dios lo hizo maestro, Dios lo hizo religioso haciéndolo pobre, casto y obediente y Dios lo hizo santo. Dios le escribió la vida y Calasanz se dejó escribir.

- **Calasanz** es un hombre que se sintió llamado por Dios al Sacerdocio. Calasanz es un Sacerdote. En los sufrimientos de una enfermedad de juventud y delante de su padre, le prometió a Dios que sería sacerdote, y fue fiel a esta promesa hasta el fin. En los primeros años de sacerdocio se dedicó a la reforma de una Iglesia agobiada por la corrupción de algunos de sus miembros. Y luego, en las escuelitas fundadas por él en Roma descubrió una manera totalmente diferente de ser sacerdote. Sin honores, sin grandeza, sin poder, sin riqueza, el sacerdocio de Calasanz fue el sacerdocio del servicio humilde a los niños. Muchos no lo entendieron. En aquella época era una vergüenza ser maestro y una vergüenza aún mayor que un sacerdote se dedicara a educar a los niños. Sin embargo, este fue el sacerdocio calasancio. Su pueblo fueron los muchachos, su ministerio fue la entrega total a Dios siendo misericordioso con los niños, su sacrificio fue su propia vida clavada en la cruz de la actividad educativa y su labor sacramental. Fue sacerdote abajándose para enseñar a los pequeños la señal de la cruz, para escuchar con amor de padre las confesiones de los muchachos, para ser sacramento viviente de Jesús entre los niños.
- **Calasanz** es un hombre que se descubrió a sí mismo como Educador. Calasanz es también un Maestro. Al principio no lo sabía. Fueron tal vez los niños los

que le fueron descubriendo el tesoro precioso de la educación. Dice el Evangelio que quien encuentra un tesoro escondido en el campo, va y vende todo lo que tiene y adquiere ese campo para quedarse con el tesoro. Así le sucedió a Calasanz. Primero fueron las clases de Catecismo con la Cofradía de la Doctrina Cristiana y luego fueron las de ábaco, silabeo y lectura, en las nacientes escuelitas. Un buen día descubrió que eso era un tesoro y lo dejó todo, lo abandonó todo, lo vendió todo y sólo quiso saber de niños y escuelas. Y se dedicó a educar, lo que para él significaba guiar a cada niño por el camino de su más profunda inclinación, que es el camino que el Espíritu Santo va trazando en cada persona. Para lograr esto, se sirvió de la luz de la fe cristiana y de la luz de la ciencia humana, de la Piedad y las Letras, con el anhelo de ser para los muchachos, un ángel custodio que los condujera hacia la felicidad completa. Siglos antes de que la humanidad comprendiera que lo único que tiene el poder de transformar positivamente las vidas de las personas es la educación, Calasanz se inventó la educación integral en Piedad y Letras y a la dignidad de su sacerdocio, unió la humildad de ser maestro de pequeños y pobres.

- **Calasanz** es un hombre que se consagró por entero a Dios y a los niños. Calasanz es también un Consagrado. Descubrió que Dios le pedía ser educador de niños pobres, pero también descubrió que, para poder

comprenderlos, amarlos y servirlos, era necesario que fuera pobre como ellos y aún más que ellos, que su corazón no perteneciera a nadie sino sólo a ellos y que obedeciera a Dios y buscara su santa voluntad, para ser verdaderamente fiel a ellos. Así, a medida que fue arriesgando su vida entre los niños pobres, tres llamados surgieron con fuerza en su vida:

- **LA POBREZA:** para compartir la existencia toda entre los más humildes viviendo desapegado de los bienes e intereses del mundo y únicamente apegado al servicio de los niños;
- **LA CASTIDAD:** para no tener un corazón dividido, sino totalmente entregado a Dios y, por Dios, a los niños;
- **LA OBEDIENCIA:** para ser completa y rendidamente fiel a lo que Dios quería de él, de manera que la voluntad de Dios —«quien nos ama mucho más de lo que nosotros mismos nos amamos»— fuera el criterio último para guiar su propia vida y la vida de los niños.

Estos llamados lo llevaron a hacerse religioso y a fundar la Orden de las Escuelas Pías, siendo ésta la primera comunidad religiosa dedicada exclusivamente a la buena educación de la juventud y preferentemente de los más pequeños y pobres.

- **Calasanz** es un hombre que se dejó moldear y santificar por Dios. Calasanz es un santo. Todo lo que Dios toca lo vuelve como Él. Dios es la ausencia absoluta de egocentrismo, por eso cuando toca a alguien, le transmite siempre su propio ser: la santidad. Cuentan que cuando Calasanz murió, un niño romano salió por las calles gritando: «¡Ha muerto el santo, ha muerto el santo!». Y es verdad, Calasanz llegó a la santidad, pero no tanto a la santidad de los milagros y el olor a incienso, sino a la santidad sencilla de desgastarse un poco cada día, haciendo la voluntad de Dios entre los niños. Al ritmo de la vida y de los compromisos, día a día Calasanz fue descubriendo nuevas maneras de ser fiel a Dios. Llevar una vida recta, ser sacerdote, colaborar en la reforma de la Iglesia, ir a Roma, visitar a los pobres, orar, hacer una escolita para niños pobres, afianzar las escuelas fundando una comunidad religiosa dedicada a la educación, elegir la suma pobreza, sostener su obra aún en los más duros momentos, una a una éstas fueron las decisiones de Dios y una a una Calasanz las aceptó, las vivió y fue fiel aun cuando casi todo estuviera derrumbado. Por eso, llegó a asemejarse tanto a Jesús. Llevado por Dios, moldeado por Él, fue adquiriendo poco a poco el rostro precioso de Cristo, el rostro humano de Dios.
- **Calasanz** es un hombre. Pero, ante todo, Calasanz es un hombre, un hombre como tú, como yo, como

todos nosotros. Su vida, como la nuestra, estuvo llena de realidades profundamente humanas. Conoció la ambición y la pobreza; quiso ser perfecto por su propio esfuerzo, hasta que al fin descubrió que era necesario dejarse moldear por Dios; buscó la felicidad en algún honor eclesiástico y la encontró entre los pobres y pequeños; amó con gran intensidad y conoció la soledad de quien es incomprendido por seguir a Cristo; quiso llevar una vida segura y cómoda según la dignidad clerical y, sin embargo, vivió la mitad de su vida entre los pobres y murió anciano, con su obra casi destruida y aparentemente fracasado. No, no fue un héroe, no fue un personaje, no fue una figura. Fue un hombre, con pasiones como los hombres, con sufrimientos de hombre, con búsquedas de hombre y con el encuentro con Jesucristo el Hombre. Sólo un hombre, un hombre y su amor, un hombre y su felicidad, un hombre y su esperanza, eso fue, eso es, Calasanz.

2.

TAMBIÉN TU ERES CALASANZ

Ser calasancio, ser calasancia, es atreverse a ser uno mismo, arriesgarse a vivir a partir de la inclinación profunda del corazón, de aquellos valores y dones auténticos que Dios creó en el interior más interior de cada quien.



Ilustración: José Rodríguez

Y tú, ¿quién eres tú? En esta sociedad de seres despersonalizados, de criaturas hechas en serie, de muchachos y muchachas que dicen y opinan lo mismo que el montón para estar a la moda, de jóvenes que hasta para ser rebeldes necesitan copiar modelos y ser iguales a la masa, para pretender ser diferentes, sabes ¿quién eres tú?

Sí, es verdad, eres estudiante de un Colegio Calasanz, pero ¿eso es algo esencial en ti o es simplemente un hecho aislado, casual, un accidente y nada más?

Ser calasancio, ser calasancia, es algo más que estar matriculado en una institución y cumplir mal que bien algunos principios o normas internas. Es más que recibir unas enseñanzas. Es más que pasarse años en un sitio sin que nada por dentro haya sido interpelado ni transformado. Es más que utilizar alguna prenda con el escudo de un colegio, sin que el alma lleve el mismo compromiso que aquel escudo significa. Es más que unos años pasados en un centro educativo. Es más que la rutina de las horas de clase día tras día. Es más que unos compañeros que hoy están contigo y mañana se marcharán. Es más, mucho más.

A veces, somos como piedras de río, mojados por fuera y secos por dentro. Exteriormente nuestra vida puede estar inundada de Calasanz, pero el corazón puede estar lejos, dramáticamente lejos de lo que Calasanz nos anuncia. Por eso, ser calasancio, ser calasancia, no es una pertenencia a una institución, no es un saberse los ideales de un centro educativo, no es un repetir sin alma y sin vida dos o tres valores que no se llevan a la práctica.

Ser calasancio, ser calasancia, es una manera de vivir, es asumir la vida como personas auténticas y significativas y no como los personajes plásticos que este mundo superficial fabrica.

Ser calasancio, ser calasancia, es atreverse a ser uno mismo, arriesgarse a vivir a partir de la inclinación profunda del corazón, de aquellos valores y dones auténticos que Dios creó en el interior más interior de cada quien.

Ser calasancio, ser calasancia, es tomar conciencia de todo lo doloroso que habita dentro de uno y descubrir que junto a lo bello que uno tiene, existe también una extraña capacidad para hacer el mal que es necesario afrontar para no dejar que la existencia sea arrastrada por las tendencias torcidas que nos habitan.

Ser calasancio, ser calasancia, es dejarse transformar por Dios, dejarse moldear por Él e ir adquiriendo poco a poco el rostro de Cristo y creerse que la búsqueda de la felicidad está realmente en vivir una vida que sea según Dios, según su Sabiduría, según su Luz, según su Paz, según su Amor de Misericordia.

Ser calasancio, ser calasancia, es encontrar un amor por el cual dar la vida, es descubrir que la vida es la oportunidad que Dios nos da de servir y pasar por el mundo haciendo el bien.

Por eso, ser calasancio, ser calasancia, es tener un corazón sensible y solidario ante la realidad de los sufridos, los vulnerables, los pobres y los pequeños.

Ser calasancio, ser calasancia, es hacer la voluntad de Dios, es querer agradar sólo a Dios y a Él sólo pertenecer, es tener el coraje de querer ser santo en medio de este mundo corrupto y decadente, y es, ante todo y por sobre todo, ser Humanidad que se atreva a ser profundamente Humanidad.

No sabemos bien quién eres tú. Tal vez lo que sepamos de ti sea sólo la imagen que has procurado mostrar a lo largo del tiempo que llevas con nosotros. Quizá esa imagen tenga mucho de cierta y quizá, también, mucho de apariencia. No sabemos bien cuáles son tus valores. Tal vez los que aparentemente aceptas cuando te hablamos de Jesús, del Amor, del dar la vida por los demás, del servicio, de la humildad. Quizá este mundo decadente ya haya hecho su labor enajenadora contigo y, en la práctica, se te caen los valores que hemos querido ofrecerte y te calzas los valores violentos y llenos de codicia, ambición, materialismo, sensualidad y superficialidad que regala la sociedad. No sabemos bien qué es lo que sostiene tu vida. Tal vez has descubierto dentro de ti la presencia amorosa y viva de Aquel que te creó, de Aquel que confió en ti y que lo apostó todo por ti. Pero quizá nada te sostiene y por eso, tu vida de tumbo en tumbo, arrastrada hoy por un desánimo y mañana por una tristeza, manipulada por lo que te rodea, controlada por el mundo en el que vives, se dirige hacia ninguna parte.

No, no sabemos bien de ti. Porque los rostros son a veces impenetrables, porque es más lo que se suele callar que lo que se dice, porque uno tiende a hundir en el silencio lo que sería más urgente confesar, porque se puede vivir aparentando lo que

no se es, porque cada día los jóvenes se endurecen más pronto, más dolorosamente rápido.

Pero, aunque no lo sepamos todo de ti, hay algo que sí sabemos y es que tú, por el hecho de estar aquí compartiendo este tiempo de crecimiento con nosotros, has sido llamado a un sueño, a un amor, a una alegría, a una esperanza. Tú, has sido llamado a ser calasancio, a ser calasancia, porque también tú puedes ser Calasanz.

Renuncia si quieres a esto, desperdícialo si ese es tu deseo, olvídale si es que eso es posible. Pero de la misma forma que el que ve la luz jamás vuelve a dormir tranquilo, vayas a donde vayas y hagas lo que hagas, sabrás que también eres Calasanz, que hay un Calasanz queriendo surgir en ti, queriendo gritar por ti, hablar por ti, salvar niños por ti, amar a través de ti, consagrarse al servicio de los otros en ti, cambiar el mundo gracias a ti, vivir con belleza, nobleza y dignidad dentro de ti, aspirar al abrazo total con Dios en la plenitud por ti.

Sólo te encontrarás cuando lo encuentres.

No fuiste creado para ser del montón.

Lo mejor de Ti, es Calasanz.

Ha llegado agosto, agosto de este difícil año de incertidumbres y desafíos, de pérdidas y encierros, de miedos y frustraciones. Pero aun este año tenemos fiesta, la fiesta del hombre que le cambió la vida a los niños, y por la Piedad y las Letras les abrió el camino hacia la verdadera felicidad.

Deja que Calasanz se te acerque en estos días. Quita tus defensas, derrumba tus resistencias, límpiarte tus lágrimas, disipa tus desesperanzas, busca tu luz interior y déjate encontrar.

Tal vez la lámpara brillante de Calasanz te permita redescubrir ésa tu luz propia, en el centro de ti, llamándote al amor, a la alegría y a la esperanza.

Y si tú descubres encendida tu luz interior, tal vez una nueva oportunidad surja para ti, y quizá, a través de ti, para todos, para el mundo entero.



***Cuánto deseo comunicarte con
cariño paterno y caridad,
el espíritu que Dios me ha dado.
Por eso te exhorto con todo el afecto
posible,
a venir junto a mí por algún tiempo,
para que aprendas el camino
angosto que lleva al cielo,
el cual una vez aprendido se torna
fácil y seguro.»***

(San José de Calasanz).



Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"